

**Biblioteca de Patrística**

**MINUCIO FÉLIX**  
**octavio**



**Ciudad Nueva**

## Minucio Félix OCTAVIO

Minucio Félix, que probablemente procedía del norte de África, era un abogado convertido al cristianismo que ejercía su profesión en Roma. Los escasos datos que conocemos de su vida hacen suponer que vivió en la segunda mitad del siglo II y comienzos del III.

El *Octavio*, el único escrito suyo que ha llegado hasta nosotros, es uno de los primeros testimonios de la apologética cristiana escritos en latín. Se trata de una obra breve en forma de diálogo que presenta interesantes peculiaridades. En primer lugar, se apoya en modelos de la tradición clásica pagana y elabora un discurso culto, muy cuidado desde el punto de vista literario. Es, pues, un valioso testimonio del proceso de recepción de la tradición cultural grecorromana que tiene lugar en el seno del cristianismo y que constituye uno de los primeros ejemplos de la inculturación. Por otra parte, a lo largo del diálogo no se cita literalmente ningún texto de la Sagrada Escritura, caso único en la apologética cristiana, aunque sí se encuentran referencias indirectas a algunos pasajes, sobre todo del Nuevo Testamento. Esta actitud obedece al deseo de acercar el mundo pagano culto al cristianismo, haciendo ver que la religión cristiana es algo razonable. En contraste con el *Apologético* de Tertuliano, en el *Octavio* la defensa del cristianismo se sitúa en un plano filosófico y natural, sin apelar a los misterios sobrenaturales que resultarían difíciles de aceptar a la mentalidad pagana.

El diálogo concluye con la conversión del pagano Cecilio, quien hace una profesión de fe centrada en tres aspectos: la providencia, la existencia de Dios y la integridad moral del comportamiento cristiano. Aparece así con claridad el estrecho vínculo que se establece entre el cristianismo y la verdad, aspecto que proporciona a la obra una gran actualidad e interés para el lector de hoy día.



Director de la colección  
MARCELO MERINO RODRÍGUEZ

Minucio Félix



# OCTAVIO

Introducción, traducción y notas de  
Víctor Sanz Santacruz



**Ciudad Nueva**

Madrid - Bogotá - Buenos Aires - México - Montevideo - Santiago

© Víctor Sanz Santacruz

© 2000, Editorial Ciudad Nueva  
Andrés Tamayo 4 - 28028 Madrid

ISBN: 84-89651-91-4

Depósito Legal: M-46936-2000

Impreso en España - Printed in Spain

Preimpresión: MCF Textos. Madrid  
Imprime: Artes Gráficas Cuesta. Madrid

# INTRODUCCIÓN

## 1. EL AUTOR Y LA ÉPOCA

Los datos que poseemos de Marco Minucio Félix son muy escasos y se limitan a la escueta información que el texto mismo del *Octavio* proporciona en sus párrafos introductorios. Las pocas noticias de la antigüedad que han llegado hasta nosotros no parece que provengan de otra fuente distinta del diálogo mismo. Las más antiguas son las dos alusiones al autor y a su diálogo que hace Lactancio en las *Instituciones divinas*, obra escrita hacia el año 310. En la segunda de ellas, al referirse a las personas cultas que se dedicaron a defender la religión cristiana, escribe: «Entre las que yo conozco, se encuentra Minucio Félix, abogado no desdeñable entre los de su ciudad; su libro, que lleva por título *Octavio*, apunta lo buen defensor de la verdad que hubiera podido ser si se hubiese entregado totalmente a esta misión»<sup>1</sup>. Posteriormente, S. Jerónimo (347-419) alude en dos obras suyas y en tres de sus cartas a Minucio Félix, incluyéndolo entre los escritores cristianos en lengua latina y elogiando su erudición<sup>2</sup>. Una úl-

1. LACTANCIO, *Div. inst.*, v, 1, 22.

2. «Minucio Félix, abogado en el foro romano, en el libro que lleva por título *Octavio* y en otro contra los matemáticos, si el título

no miente en el nombre del autor, nada dejó sin tocar de las letras paganas», S. JERÓNIMO, *Epist.*, 70, 5 (a Magno). Sobre la segunda obra de Minucio Félix mencionada, cf. infra, notas 12-15.

tima referencia se encuentra en S. Euquerio de Lyon, un autor de mediados del siglo v, quien, en una carta al emperador Valentiniano, incluye el nombre de Minucio Félix entre los escritores cristianos «célebres por su elocuencia»<sup>3</sup>.

A partir de los testimonios con que contamos, se deduce que Minucio Félix era un abogado que ejercía su profesión en la ciudad de Roma y que se había convertido al cristianismo algún tiempo antes de escribir el *Octavio*. Respecto a su origen, la mayor parte de los estudiosos se inclinan por pensar que procedía del norte de Africa, aunque no hay datos que permitan afirmarlo con total certeza. No obstante, tanto la época, que coincide con el esplendor de la literatura cristiana norteafricana, como los autores a los que, por una u otra razón, Minucio Félix aparece asociado (Tertuliano, S. Cipriano, Arnobio, Lactancio), favorecen esta opinión. Es también muy significativo que en Africa del norte se hayan encontrado diversas inscripciones con los nombres de los diferentes personajes del diálogo<sup>4</sup>. Asimismo, en él se hace referencia dos veces, una de ellas sin nombrarlo expresamente, a Frontón, famoso orador procedente de la ciudad de Cirta, en el norte de Africa, al que se pone en relación con el pagano Cecilio, uno de los participantes en el diálogo<sup>5</sup>. Del otro participante, Octavio, que da nom-

3. S. EUCHERIUS, *Epist. paraenetica ad Valerianum* (ed. Migne, *Patrologia Latina*, vol. 50, p. 719).

4. Véase la introducción de Beaujeu a la edición y traducción del *Octavio*: MINUCIUS FELIX, *Octavius*, texte établi et traduit par J. BEAUJEU, Les Belles Lettres, París, 1964, pp. xxv-xxvii.

5. Cf. *Octavio*, 9,6 y 31,2. Cecilio habla del discurso de

«nuestro cirtense» (9,6) y Octavio corrobora esta afirmación cuando se dirige a Cecilio y le habla de «tu Frontón» (31,2). En la traducción he optado por traducir «nuestro conciudadano» y «tu compatriota Frontón», porque se acomoda mejor al castellano. No obstante, el empleo del posesivo no indica necesariamente que hayan nacido en la misma ciudad, aunque sí es

bre a la obra y que es presentado en ella como amigo íntimo de Minucio Félix, se afirma que llegó a Roma a visitarle en un viaje por mar<sup>6</sup>, lo cual, sin ser determinante, es un indicio más. Como puede observarse, ninguno de estos factores, a los que se podría añadir algún otro, es por sí solo concluyente, pero, tomados todos en conjunto, alimentan la predisposición en favor del origen norteafricano de Minucio Félix. Todo ello, si se admite –cuestión también debatida, sobre la que volveremos– el carácter histórico, al menos de la parte introductoria del diálogo.

Poco más se puede decir con cierto apoyo en los textos acerca de la biografía del autor del *Octavio*, que continúa siendo un enigma. La época en la que vivió y escribió Minucio Félix es también difícil de datar con precisión. Los testimonios a los que se ha aludido establecen un amplio margen de unos 150 años, que se extiende desde el año 160 al 310 aproximadamente. Esta última fecha es la más segura y procede de la datación aproximada de la obra de Lactancio antes mencionada. El año 160 viene dado por la época en que vivió Frontón. El intento de una mayor precisión cronológica suscita nuevos problemas de difícil solución. Así por ejemplo, una de las cuestiones más debatidas, que se tratará también más adelante, es la relación entre el *Apológico* de Tertuliano y el *Octavio* de Minucio Félix. Si, como piensa buena parte de los estudiosos, se acepta la anterioridad de Tertuliano, del que dependería el diálogo de Minucio Félix, se podría sostener que el *Octavio* es posterior al año 197. Por otra parte, se aprecian semejanzas muy grandes entre algunos pasajes del *Octavio* y otros de la obra *Ad Donatum* de S. Cipriano, que permiten deducir una cier-

probable. Ha de tenerse en cuenta, por último, que el dato no se refiere a Minucio Félix, que inter-

viene también en el diálogo, sino a otro de los participantes.

6. Cf. *Octavio*, 3,4.

ta influencia de aquél sobre éste. En ese caso, el *Octavio* sería anterior al menos al año 248. No obstante, no faltan quienes consideran que no se da tal influencia y que la obra de S. Cipriano es independiente de la de Minucio Félix y lo mismo cabe decir respecto a la anterioridad de Tertuliano, que algunos impugnan. Hechas estas salvedades, hay que decir que un buen número de investigadores tiende a situar la composición de la obra en la primera mitad del siglo III. La certeza, sin embargo, no es completa.

Partiendo de esta base y teniendo en cuenta el tono general de la obra y el hecho mismo de que esté escrita en forma de diálogo y no como una defensa de carácter forense o una requisitoria dirigida al emperador, como es habitual en las apologías, ha habido quienes han sostenido que probablemente fue escrita en un tiempo de relativa calma y tranquilidad para los cristianos, que podría coincidir con el imperio de Alejandro Severo, quien gobernó del año 222 al 235 y adoptó una política tolerante hacia la religión cristiana<sup>7</sup>. Vermander propone una datación más precisa, no alejada de esta última, que situaría el diálogo al final del imperio de Caracalla, concretamente entre los años 215 y 217<sup>8</sup>. Todo ello no dejan de ser conjeturas, ciertamente no infundadas, pero que no han logrado acabar con la polémica en la datación rigurosa del diálogo, que se vislumbra como una tarea imposible a la vista de las pruebas documentales de que disponemos en la actualidad y de la falta de referencias históricas claras en el diálogo. Así, no es de extrañar que, también con base en el tono de la obra, concretamente en

7. Cf. P. MONCEAUX, *Histoire littéraire de l'Afrique chrétienne depuis les origines jusqu'à l'invasion arabe*, Paris, 1901 (repr. Bruxelles, 1966), vol. I, p. 477.

8. Cf. J.-M. VERMANDER, *L'Octavio*

*de Minucius Felix, le règne de Caracalla et le pontificat du pape Calixte*, «Revue des Études Augustiniennes», 20(1974), pp. 225-233.

la descripción que hace el pagano Cecilio de los tormentos y suplicios reservados a los cristianos<sup>9</sup>, otros hayan sugerido que este pasaje evoca las palabras que, según recoge Eusebio de Cesarea, se pronunciaban en son de burla contra los cristianos de Lyon durante la cruel persecución del año 177, bajo el emperador Marco Aurelio: «¿Dónde está su Dios y de qué les aprovechó su religión, la que han preferido incluso a su propia vida?»<sup>10</sup>. Apoyándose en la semejanza de ambos pasajes, se ha sostenido que las palabras del *Octavio* «tuvieron que ser escritas en unos momentos en que algo grave, como en Lyon en el 177, había acaecido a los cristianos»<sup>11</sup>.

Es preciso, por último, aludir a una cuestión mencionada por S. Jerónimo en dos de los textos en los que cita a Minucio Félix. En ellos afirma que Minucio es también el autor de un escrito titulado *Sobre el destino o Contra los matemáticos*<sup>12</sup>. La atribución de esta obra a Minucio Félix

9. Cf. *Octavio*, 12,2-5, especialmente este texto: «¿Dónde está ese dios que puede ayudar a los que resucitan, pero que no puede ayudar a los vivos?» (12,4).

10. EUSEBIO DE CESAREA, *Hist. eccl.*, v, 1, 60.

11. S. BODELÓN, *El discurso anticristiano de Cecilio en el Octavio de Minucio Félix*, «Memorias de Historia Antigua», XIII-XIV (1992-93), p. 289. El autor insinúa aquí que hay datos para pensar que del contexto del diálogo puede también deducirse que no se escribió precisamente en un tiempo de calma y tranquilidad para los cristianos; a pesar de ello, sostiene que la obra fue escrita «a

principios del siglo III, entre 215 y 229 d. C.», *ibid.*, p. 248 e **Id.**, *El discurso antipagano de Octavio en la obra de Minucio Félix*, «Memorias de Historia Antigua», XV-XVI (1994-95), p. 89.

12. «Minucio Félix, insigne abogado en Roma, escribió bajo el título de *Octavio*, un diálogo que recoge la disputa entre un cristiano y un pagano. También bajo su nombre se ha divulgado otro *Acerca del destino o Contra los matemáticos*, el cual, aunque muestra también proceder de un hombre elocuente, me parece, sin embargo, que no se ajusta al estilo del libro anterior», S. JERÓNIMO, *De vir. ill.*, 58 (ed. Migne, *Patro-*

procede, con toda probabilidad, de un pasaje del *Octavio* en el que éste, tras una breve referencia a la cuestión del destino, aplaza para más adelante una discusión extensa sobre el tema<sup>13</sup>. El propio S. Jerónimo hace notar que el estilo de este libro no se adecúa al del *Octavio* y en una carta en que vuelve a hacer referencia a él, manifiesta también sus dudas acerca de la autoría de la obra<sup>14</sup>, que se ha perdido<sup>15</sup>.

## 2. ESTRUCTURA Y CONTENIDO DEL DIÁLOGO

El *Octavio* es una obra breve en forma de diálogo, en la que intervienen tres personajes y que posee una estructura sencilla. Las dos partes principales corresponden respectivamente a las intervenciones del pagano Cecilio y del cristiano Octavio, convertido él mismo del paganismo. Un interesante preámbulo, una breve intervención de Minucio —el tercer personaje, que hace de árbitro en el debate—, in-

*logia Latina*, vol. 23, p. 669). Cf. J. G. PRÉAUX, *A propos du 'De fato' (?) de Minucius Felix*, «Latomus», 9(1950), pp. 395-413. El autor se ocupa en este artículo de la doctrina acerca del destino expuesta en el *Octavio* y sostiene que, dado el buen conocimiento que Minucio Félix tenía de Cicerón, en el diálogo trata de combatir la doctrina de éste sobre el destino, incompatible con la enseñanza cristiana acerca de la providencia divina.

13. Cf. *Octavio*, 36,2.

14. Texto citado más arriba, en nota 2.

15. Como apunta von Geisau, con independencia de que Minucio Félix sea o no su autor, parece claro que ese libro ha existido, pues no sólo de las palabras de S. Jerónimo se deduce que lo ha leído y ha juzgado su estilo literario, sino que añade además el subtítulo, «Contra los matemáticos», que no puede obtenerse sólo a partir del *Octavio*: cf. H. VON GEISAU, «M. Minucius Felix», en *Paulys Realencyclopädie der Classischen Altertumswissenschaft*, neue Bearbeitung begonnen von G. Wissowa, Suppl. XI (A. Druckenmüller Verlag, Stuttgart, 1968), col. 953.

cluida entre las de los dos contendientes y una conclusión en la que se relata la disposición a convertirse de Cecilio, convencido por las razones de su oponente, completan la estructura del diálogo<sup>16</sup>.

La introducción o preámbulo (nn. 1-4)<sup>17</sup> es de gran valor literario y nos proporciona además algunos datos acerca del autor del diálogo. Constituye una lograda puesta en escena en la que Minucio Félix evoca en primera persona la memoria de un antiguo y excelente amigo, llamado Octavio y ya fallecido. Del relato se deduce que ambos se habían educado y crecido como paganos y que Octavio precedió a Minucio en su conversión al cristianismo, calificado por él como «la verdadera religión» (1,5). De entre sus numerosos recuerdos, Minucio entresaca uno, que constituirá la trama del diálogo, y que es el debate que, en el curso de una visita de Octavio a Roma, mantuvieron en su presencia éste y el pagano Cecilio, un amigo común, acerca del cristianismo y de la religión pagana, cuando los tres habían acudido a la playa de Ostia a pasear junto al mar, aprovechando el cese de la actividad forense con motivo de las fiestas de la vendimia.

El autor, dando muestras de un excelente dominio del lenguaje, se recrea en la descripción del paisaje, del ir y venir de las olas y del benéfico influjo para la salud de la brisa marina. Un pequeño detalle, el beso que Cecilio deposita con la mano al pasar ante una estatua del dios Serapis (2,4), proporciona el lance que desencadenará el debate, después de que Octavio recrimine a Minucio por no haber reaccio-

16. Monceaux, de modo escueto y preciso, describe así cada una de las partes: «Un prólogo, una requisitoria, un intermedio, una defensa, un epílogo», P. MONCEAUX, *op. cit.*, vol. I, p. 478.

17. Para mayor comodidad, se señalan entre paréntesis los números o párrafos en que se divide el diálogo y que se han respetado también en la traducción.

nado ante el gesto de Cecilio. No obstante, antes de iniciar el debate, el autor se detiene a evocar la tranquilidad reinante, las caprichosas formas que dejan las huellas de los pies bajo la acción del agua sobre la arena y narra con minucioso y poético detalle el juego de unos niños lanzando unas piedras que hacían saltar sobre la superficie marina (3,5-6), espectáculo que mantenía cautivados a los paseantes. Al observar Minucio que Cecilio permanecía taciturno y ajeno a esa distracción, se descubre que el comentario de Octavio, criticando a Cecilio por su gesto de veneración a Serapis, le había ofendido e, interrumpiendo el paseo, deciden sentarse y entablar una discusión para que Octavio y Cecilio expongan cada uno su postura, permaneciendo Minucio como juez imparcial. Finaliza así la introducción, que, desde el punto de vista literario, representa una pieza maestra de la literatura cristiana en lengua latina, tanto por la vivacidad del lenguaje como por la maestría del autor para plasmar las circunstancias más corrientes y ordinarias de un modo ágil y elegante.

La parte siguiente de la obra (5-13) la ocupa la intervención de Cecilio, en un largo monólogo ininterrumpido, tras el cual, seguro de su victoria y sin disimular un gesto de satisfacción, reta a Octavio a responder, si puede, a sus razones (14,1). El discurso de Cecilio se estructura en dos grandes partes: la primera (5-7) es una exposición relativamente breve y plagada de continuas referencias a los grandes personajes de la historia romana y de la tradición cultural y religiosa del paganismo, a la que Roma debe su grandeza; de ahí se sigue la conclusión de que hay un consenso general sobre la existencia de los dioses, aunque no acerca de su naturaleza (8,1). Acto seguido, inicia Cecilio un violento ataque al cristianismo, que constituye la segunda parte de su intervención (8-12) y contiene un amplio catálogo de las principales acusaciones que se dirigían contra los cristianos y que resultan en no pocos casos inverosímiles. Ello

es una buena prueba de la incomprensión a la que hubo de enfrentarse el cristianismo de los primeros siglos tanto entre amplios estratos del pueblo como entre los intelectuales<sup>18</sup>.

En la primera de las dos partes de su discurso, Cecilio deja clara su posición filosófica de partida, que se caracteriza por un escepticismo negador de la posibilidad de llegar a certezas firmes y concede un lugar relevante al destino o la fortuna en la explicación del devenir y del propio acontecer histórico (5,2-13). A ello se une un aire de suficiencia intelectual, que no admite que gentes incultas como los cristianos pretendan estar en posesión de tales certezas (5,4). Ante una situación así, Cecilio sugiere que atenerse a la tradición religiosa de los antepasados es el criterio más seguro en un mundo de dudas e incertidumbres (6-7). Tal criterio es confirmado por los hechos de la historia romana, que muestra que la divinidad ha recompensado la piedad y religión del pueblo romano y ha castigado la irreligiosidad y el desprecio de los augurios y presagios.

El ataque a los cristianos, que adquiere especial virulencia, comienza acusándoles de querer debilitar la religión romana. Las acusaciones son las habituales, transmitidas por otros apologistas y de las que hay abundantes testimonios, pero reunidas aquí en una enumeración muy completa. Tras una indirecta acusación de ateísmo, sirviéndose de alusiones a algunos filósofos que merecieron el nombre de ateos (8,2-3), Cecilio sitúa el resto de las denuncias en el marco de una acusación muy difundida en los primeros tiempos del cristianismo y que, desde el punto de vista de un pagano culto,

18. Una visión general de las acusaciones paganas contra el cristianismo se encuentra en: J. M.<sup>a</sup> BLÁZQUEZ, *La reacción pagana ante el cristianismo*, en D. RAMOS-LISSÓN, M. MERINO, A. VICIANO

(eds.), *El diálogo fe-cultura en la antigüedad cristiana*, Eunatc-Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona, 1995, pp. 173-198.

suponía ya una severa descalificación de la nueva religión: el hecho de que sus miembros pertenecen a las capas bajas de la sociedad y que entre ellos abundan también las mujeres (8,4). Esta manera de introducir y presentar las acusaciones hace ya suponer, como en efecto así ocurre, que recoge sobre todo aquellas que estaban difundidas entre el vulgo y que eran por eso más burdas e inverosímiles (9), pero no por ello menos peligrosas para los cristianos. A éstos les censura su secretismo y clandestinidad, su automarginación social, su pobreza miserable, la ilusoria fe en la otra vida y el desprecio de la muerte, así como la práctica de ritos y costumbres depravadas y ridículas, que van desde la adoración de un asno a las prácticas incestuosas, pasando por sacrificios cruentos de niños y banquetes orgiásticos. Cecilio insiste especialmente en el sinsentido que, a su juicio, supone la ausencia de templos y un concepto de Dios que, aunque invisible, los cristianos creen ver presente por doquier en todas las circunstancias de la vida (10,5). Una nueva serie de acusaciones se dirige esta vez a las creencias escatológicas de los cristianos (11), que contrapone a los tormentos y suplicios que padecen en esta vida y que Cecilio aduce como confirmación de la impotencia del Dios cristiano (12,4) y de la credulidad y vano idealismo de sus seguidores, que, empeñados en desentrañar los designios divinos, se desentienden de las ocupaciones y tareas más corrientes.

En la última fase de su alegato, retoma Cecilio el tono filosófico con el que había iniciado su discurso para alentar a los cristianos a imitar el escepticismo que ha presidido la especulación de muchos de los filósofos antiguos, como Sócrates, Carnéades y otros. La duda es así para Cecilio la actitud más segura (13).

Entre el discurso de Cecilio y el de Octavio se intercala una breve intervención de Minucio (14-15), en la que éste modera el prematuro optimismo de Cecilio, seguro de su

victoria, recordándole que es preciso escuchar antes a Octavio y que, además, no es la elocuencia, sino la fuerza de la verdad lo que hay que tener en cuenta a la hora de emitir el veredicto. Se incluye así el rechazo de la retórica pagana, tema habitual en la apologética cristiana, pero que en Minucio, sin embargo, no es absoluta, pues él mismo la emplea —como se puede ver también en el discurso del cristiano Octavio— y reconoce que, en sus justos límites, es útil y digna de elogio (14,7). De este modo, el intermedio entre ambos discursos es utilizado por el autor del diálogo como defensa de su propia actitud, novedosa en el ámbito cristiano, que no renuncia a servirse de las armas de la retórica clásica<sup>19</sup>. Una breve protesta de Cecilio por lo que considera actitud parcial de Minucio —que éste contesta, pues niega haber actuado en provecho propio, sino en bien de todos, que es la verdad misma—, cierra este entreacto (15) y da paso a la esperada intervención de Octavio.

El largo discurso de Octavio (16-38), que supera ampliamente en extensión al de Cecilio y adopta también la forma de monólogo ininterrumpido, se construye tomando como referencia la intervención de Cecilio, que Octavio rebate punto por punto<sup>20</sup>. Como ha señalado Beaujeu, el autor da muestras de una gran habilidad en la composición de la obra, de modo que la respuesta de Octavio, aunque exhaustiva, no resulta tediosa ni monótona, variando el orden de las cuestiones que trata e introduciendo algunos aspectos que no corresponden al discurso de Cecilio, pero que

19. Cf. P. G. VAN DER NAT, *Zu den Voraussetzungen der christlichen lateinischen Literatur: Die Zeugnisse von Minucius Felix und Laktanz*, «*Entrétiens sur l'antiquité classique*», 23(1976), especialmente las pp. 205-212.

20. Puede verse un esquema comparativo muy completo de ambas intervenciones en el estudio introductorio de Beaujeu al Octavio: J. BEAUJEU, *op. cit.*, pp. VIII-XIII.

son característicos de la apologética cristiana. Todo ello obedece a que en el plan de la obra la exposición de Octavio, aunque esgrimida como respuesta, constituye en realidad el núcleo del diálogo y la referencia a la que se adapta el discurso de Cecilio<sup>21</sup>.

Inicia Octavio su intervención subrayando las contradicciones de Cecilio, que son debidas a la ausencia de un concepto adecuado de verdad (16,1-4). Para remediarlo, se propone Octavio mostrar que hay una sola verdad y que ésta puede ser alcanzada por cualquiera, sin distinción de sexo y dignidad, pues se halla inscrita en la naturaleza racional (16,5-6). A partir de aquí, su exposición se divide en tres partes principales. La primera de ellas tiene por objeto mostrar la demostrabilidad de la existencia de Dios, en conformidad con gran parte de los filósofos (17-19). Octavio, con un lenguaje ágil y recurriendo a oportunas comparaciones, dirige su mirada al mundo circundante (17), en el que aprecia el orden, la mutua armonía y la finalidad inscrita en los diversos seres que pueblan el universo, lo cual lleva a inferir la existencia de una inteligencia superior que ha creado y gobierna todo y de la que la belleza de la figura humana es un reflejo. Hace ver después (18) la realidad de la providencia divina, que lo ha dispuesto todo del mejor modo, así como la conveniencia, que la razón admite, de un Dios único, invisible, inmenso, infinito, propiedades que son comúnmente aceptadas, también por los poetas y, sobre todo, por los filósofos (19); de estos últimos in-

21. Cf. *ibid.*, pp. VIII, XIII y XVI. En favor de esta tesis está el hecho del recurso a la filosofía, más asiduo en el discurso de Octavio, y que en el de Cecilio deja vislumbrar además un carácter un tanto forzado y externo, lo cual

muestra que el autor se vio en la necesidad de incluirlo para mantener el paralelismo de temas entre los dos discursos. Sobre este punto véase el apartado 4 de la presente introducción.

cluye Minucio una larga enumeración que comienza por Tales de Mileto, en la que merecen destacarse las elogiosas palabras, no exentas de un ligero reproche, dedicadas a Platón (19,14). La conclusión que obtiene es la sustancial coincidencia de los principales filósofos con lo que sostiene la religión cristiana, que le hace exclamar que, si es así, «cualquiera puede pensar que o ahora los cristianos son filósofos o los filósofos fueron ya antes cristianos» (20,1).

La segunda parte de su discurso (20-27) es una crítica de la religión pagana. Octavio contrapone las creencias de la religiosidad pagana a las afirmaciones de sus propios filósofos y se detiene a referir los falsos prodigios, exageraciones y absurdas creencias de los paganos, acudiendo para ello a los testimonios de historiadores y sabios (21), a los ritos y cultos religiosos y a las representaciones mismas de los dioses (22), así como a las ficciones de los poetas, que Octavio incita a desenmascarar (23-24), por cuanto no son sino fantasías e invenciones, que sólo aspiran a justificar los vicios humanos (23,7) y a tomar por dioses a quienes no son más que hombres. La superioridad política y militar de los romanos –alega– no es debida a su religiosidad, sino a los sacrilegios y crímenes que han acompañado la historia de Roma desde sus orígenes y que son un testimonio de su enorme superstición (25). Al final de esta parte dirige sus ataques a los auspicios y augurios (26,1-7) que, según Minucio, son obra de los demonios, como los propios filósofos y poetas reconocen (26,8-27,8). Finaliza así la segunda parte del discurso, que tiene en común con la primera que su desarrollo por parte de Octavio es mucho más amplio del que Cecilio le había dedicado.

La exposición de los demonios le sirve para introducir la tercera parte de su intervención (28-38), dedicada a refutar las acusaciones dirigidas contra los cristianos. Estas, replica Octavio, son infundadas y se hacen además sin darles a los acusados la oportunidad de hacerse escuchar, lo cual

sólo se explica como fruto de la instigación del demonio (28,1-6). En primer lugar, Octavio vuelve las acusaciones contra los propios paganos (28,7-31,5), pues ellos son quienes inventan esas infamias y, al hacerlo, admiten indirectamente que son capaces de cometerlas (29,1). Opone después a los excesos paganos el comportamiento de los cristianos, sobrio, casto y presidido por el amor mutuo (31,6-8), que no busca sino agradar a Dios –al que, por la fe, ven sin comprender– y que no tiene lugar en templos, sino en el interior del corazón (32). Tras una referencia al pueblo judío, cuya derrota atribuye a haber abandonado a Dios (33), pasa a las cuestiones escatológicas (34-35), acerca del fin del mundo y de la resurrección, alegando en su favor la doctrina de algunos filósofos, entre los que sobresale de nuevo Platón. Una breve alusión al destino (36,1-2) le sirve para referirse al valor de las obras y describir de nuevo algunas virtudes practicadas por los cristianos, como la pobreza, el heroísmo con que encaran el sufrimiento, la vida honesta, el desprecio de los honores, la renuncia a los espectáculos mundanos y la tranquilidad ante la muerte (36,3-38,4). Las últimas palabras de su discurso contienen un inesperado ataque a los filósofos (38,5-6). Es como si, traicionado por la vehemencia creciente de su exposición, olvidara su inclinación a buscar los puntos comunes, al menos en algunas cuestiones esenciales, mostrada a lo largo del discurso y el empeño por no abandonar el plano culto y razonado en el que trata de moverse.

La última parte constituye la conclusión del diálogo (39-40). Después de reconocer el propio narrador su sentimiento de admiración por las palabras de Octavio (39), especialmente por haber vencido a los filósofos con sus mismas armas, interviene Cecilio para felicitar públicamente a Octavio, admitir su victoria y testimoniar su conversión, dejando para más adelante la discusión de algunos puntos que, sin ser esenciales, quedan aún pendientes de aclarar (40,1).

### 3. LA SINGULARIDAD DEL «OCTAVIO»

El *Octavio* es, sin lugar a dudas, una obra del todo singular, que deja abiertos muchos interrogantes, algunos de ellos ya mencionados, de difícil solución con los datos de los que disponemos en la actualidad. En las páginas que siguen se procurará ofrecer al lector una panorámica de sus características más sobresalientes, así como de las cuestiones controvertidas que continúan ocupando a los estudiosos<sup>22</sup>.

#### 3.1. *La forma dialogal*

En primer lugar, la forma dialogal de la obra es un caso único en la primitiva apologética cristiana, aunque no está completamente ausente entre los autores cristianos de los primeros siglos, como lo atestigua el *Diálogo con Trifón* de S. Justino. La decisión de acudir al género dialogal es un claro indicio de la intención del autor de tomar como modelo la tradición clásica, principalmente Cicerón; pero de ello se hablará más adelante.

El *Octavio* es, no obstante, un diálogo un tanto peculiar, que en realidad consta de dos largos monólogos, dispuestos uno a continuación del otro. Este tipo de construcción es también característico de los diálogos filosóficos de la antigüedad, como los de Platón, donde el verdadero intercambio de opiniones es muy reducido, pues lo que prima son las largas exposiciones del personaje principal, y sobre todo el *De natura deorum* de Cicerón, donde hace intervenir con largos discursos a los representantes de tres grandes escue-

22. Un resumen de las principales cuestiones objeto de controversia se encuentra en A. M.<sup>a</sup> AL-

■AMA, *El Octavius de Minucio Félix. Puntos discutidos*, «Estudios Clásicos», 29(1987), pp. 55-64.

las filosóficas. El preámbulo y la conclusión del *Octavio* revelan también esa influencia clásica, así como la existencia de un narrador en primera persona, que coincide aquí con el tercer personaje y árbitro de la controversia, que es a su vez el propio autor del diálogo. La figura de árbitro o juez tampoco es del todo novedosa y se encuentra, por ejemplo, en Aulio Gelio, un autor del siglo II en el que pudo haberse inspirado Minucio Félix, pues aquél, en sus *Noches Aticas*, sitúa también en la playa de Ostia un diálogo entre dos filósofos pertenecientes a diferentes escuelas moderado por Favorino, un filósofo escéptico contemporáneo suyo<sup>23</sup>.

La elección del género dialogal, a imitación del patrón clásico, no sólo pone de manifiesto las dotes literarias del autor, sino también su empeño por elaborar un discurso culto, que no desmerece de la tradición clásica pagana y que adopta, pese a las graves acusaciones que se intercambian ambos contendientes, un tono sosegado, respetuoso y correcto<sup>24</sup>. Es, pues, un valioso testimonio del proceso de recepción de la tradición cultural grecorromana que tiene lugar en el seno del cristianismo y que constituyó el primer ejemplo de inculturación<sup>25</sup>.

### 3.2. *Estilo y valor literario*

En directa relación con la forma dialogal se halla la cuestión del valor literario de la obra. En este punto no se han

23. Cf. AULO GELIO, *Noctes Atticae*, XVIII, 1. Acerca de Favorino como posible ocasión del *Octavio*, cf. infra, nota 55.

24. Según von Geisau, en el tono correcto y educado del diálogo se aprecia una resonancia de

la *urbanitas* ciceroniana: cf. H. VON GEISAU, *art. cit.*, col. 977-979.

25. Cf. P. POUPARD, *Los Padres de la Iglesia: actualidad de una inculturación de la fe*, en D. RAMOS-LISSÓN, M. MERINO, A. VICIANO (eds.), *op. cit.*, pp. 27-46.

escatimado elogios al *Octavio*, que ha sido considerado como «una tentativa original de expresión literaria del cristianismo latino, en particular en el orden del estilo»<sup>26</sup>. No cabe duda de que Minucio Félix da pruebas de una consumada técnica, por ejemplo en el uso de un lenguaje arcaizante, en el modo en que describe el carácter de los personajes, especialmente de Cecilio, y presenta la trama misma del diálogo, en el recurso frecuente a ejemplos y comparaciones muy gráficas inspiradas en sencillas observaciones de la vida corriente, o en la habilidad para evitar que, pese al considerable componente retórico de los dos monólogos, incurra en la pedantería o decaiga la viveza del discurso, que no pierde agilidad. También es de admirar la singular maestría que despliega el autor en sus consideraciones acerca de la naturaleza<sup>27</sup>. Se advierten, no obstante, algunas inconsistencias y contradicciones en el contenido del discurso, como la oscilación que se aprecia en equiparar los dioses unas veces a los hombres y otras a los demonios, que parecen confirmar que su autor ha sacrificado la profundidad conceptual al carácter retórico del diálogo. En líneas generales, se puede decir que el conjunto transmite la impresión de que el aspecto cuantitativo, del que es una buena muestra el profuso desfile de personajes y escenas de la historia y la mitología romanas, parece dominar sobre el cualitativo, si por éste entendemos el contenido de las ideas expuestas y el rigor de la argumentación.

La composición del preámbulo constituye un modelo de puesta en escena que ha recibido el unánime y merecido elogio de los estudiosos y que sigue deleitando a cuantos lo leen.

26. J. FONTAINE, *Aspects et problèmes de la prose d'art latine au III<sup>e</sup> siècle. La genèse des styles latins chrétiens*, Bottega d'Erasmio, Torino, 1968, p. 98.

27. Un buen ejemplo de ello

lo constituye el capítulo 17 de la obra, donde la referencia al cielo (5-6) y al ciclo de las estaciones (7-8) culmina en una más amplia, dirigida al conjunto de la naturaleza en sus variadas manifestaciones (9-11).

Es quizá la parte más jugosa del diálogo, donde el autor, liberado de toda obligación apologética, muestra sus capacidades narrativas, que aprovecha para ofrecernos deliciosos detalles, como su cálido elogio del amigo muerto, la delicada referencia a los hijos pequeños de Octavio, la descripción del paisaje al borde del litoral marino, el esmerado detalle con que relata el juego de los niños en la playa, o el casi insignificante gesto de Cecilio ante la estatua de Serapis, que da ocasión al entero diálogo, por mencionar sólo algunos. Con independencia de la veracidad histórica o no de esta parte, o al menos de algunas de las referencias que en ella se hacen, y del hecho probable de que Minucio Félix se inspirara en algún modelo anterior, queda claro su alto valor literario y su logrado acento poético<sup>28</sup>. Todo ello da a la obra una gran originalidad, que la distingue del tipo habitual de apología, sobre todo merced al abundante recurso a las fuentes y modelos literarios paganos, como se verá a continuación. La dependencia de la tradición clásica no impide, sin embargo, que en su lenguaje aparezcan también elementos novedosos, característicos del latín cristiano, como el significado religioso otorgado a algunos términos, o el uso de figuras y comparaciones que revelan asimismo la presencia de un trasfondo cristiano que desemboca en lo que Fontaine ha denominado «una expresión cristiana, o más bien discretamente cristianizada»<sup>29</sup>.

### 3.3. *Fuentes e influencias*

Un rasgo que sobresale especialmente en el diálogo de Minucio Félix es el frecuente recurso a expresiones y ejem-

28. «Minucio se revela el primer poeta en prosa de las letras latinas cristianas», J. FONTAINE, *op.*

*cit.*, p. 121.

29. *Ibid.*, p. 119.

plos tomados de la literatura pagana. Cicerón es el autor del que el *Octavio* toma un mayor número de préstamos y se puede decir con toda probabilidad que el diálogo ciceroniano *De natura deorum* es aquí la fuente principal de inspiración<sup>30</sup>, como lo será en muchos otros casos a lo largo de la historia, también en el ámbito cristiano. Junto a Cicerón, se aprecia asimismo la influencia de Séneca y, en menor grado, de Salustio, Aulo Gelio, Lucrecio, Frontón, Ennio, Virgilio y un largo etcétera.

En esta relación ocupa un lugar especial Platón, mencionado en seis ocasiones, todas ellas en el discurso del cristiano Octavio<sup>31</sup>. Se trata de una figura que, por su indudable autoridad y la proyección de su pensamiento, sirve de puente entre el paganismo y el cristianismo, que veía con satisfacción cómo muchas de las doctrinas platónicas no estaban lejos de sus propios postulados. Eso es lo que en un momento de su exposición señala explícitamente Octavio, tras referirse a un pasaje del *Timeo*<sup>32</sup>. Respecto al grado de conocimiento que Minucio Félix pudo haber tenido de Platón, lo más razonable es pensar que no se trata de un profundo conocedor de su doctrina, limitándose a mencionar algunos de los pasajes de sus diálogos que la todavía reciente tradición cristiana comenzaba a considerar como lugares comunes para aducir en su favor el testimonio de la incontestable autoridad de Platón. Por otra parte, en su alabanza al maestro ateniense, Minucio no deja de mostrar una prudente reserva, que no oculta los límites en los que aquélla ha de mantenerse<sup>33</sup>.

Con excepción de Platón, la mayor parte de los autores en que se inspira el *Octavio* no son citados en la obra –el

30. Véase el citado estudio introductorio de J. BEAUJEU, especialmente, las pp. XXXII-XXXIII y LXXXII-LXXXVI.

31. Cf. *Octavio*, 19,14; 23,2; 26,12; 27,1; 34,4; 34,6.

32. Cf. *Octavio*, 19,15.

33. Cf. *Octavio*, 19,14; 34,6.

ejemplo más llamativo es el de Cicerón, al que no menciona ni una sola vez<sup>34</sup>— o, si lo son, desde luego no todas las veces en que Minucio se apropia de sus ideas e incluso de sus mismas palabras; y ello, a pesar del elevado número de nombres propios que aparecen explícitamente mencionados en el diálogo y que le valió el elogio admirado de S. Jerónimo<sup>35</sup>. Se manifiesta así un rasgo que revela la singular capacidad de su autor para componer y ensamblar frases, expresiones y figuras tomadas en préstamo, sin que apenas se resienta la unidad de la obra. Lo que ciertamente sorprende en Minucio Félix es el efecto de originalidad que logra transmitir a partir de elementos de procedencia ajena<sup>36</sup>. Todo ello, en efecto, «demuestra que Minucio era un hombre muy hábil. Ha compuesto una obra armoniosa, de apariencia original, con elementos muy variados que, casi todos, son de fuentes previas»<sup>37</sup>. Este modo de proceder no ha de extrañar, pues la imitación de los grandes autores precedentes era una característica de los usos retóricos de la antigüedad, aunque lo más habitual era citar la procedencia de los textos que reproducían, cosa que no hace Minucio. Es preciso señalar, en todo caso, que la armonía que caracteri-

34. Leclercq apunta que el hecho de que éste no cite ni una sola vez a Cicerón se puede quizá achacar a que piensa que «sus lectores son gentes lo bastante cultivadas para reconocerle en el pasaje sin que tenga necesidad de indicarlo», H. LECLERCQ, «Minucius Félix», en *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie*, Letouzey et Ané, Paris, 1934, col. 1393.

35. Cf. supra, nota 2.

36. «El estudio de las fuentes del *Octavio* conduce, pues, a la

conclusión sorprendente de que esta obra encantadora es, en gran parte, un mosaico de ideas, de escenas y de detalles tomados de todos lados. Si, no obstante, se relea el diálogo después de esta constatación, no se encuentra que sea indiferente ni impersonal, y se saborea de nuevo su lectura con un vivo placer», P. MONCEAUX, *op. cit.*, vol. 1, p. 490.

37. A. M.<sup>a</sup> ALDAMA, *El Octavio de Minucio Félix. Puntos discutidos*, p. 57.

za al *Octavio* no es debida tan sólo al dominio de la técnica compiladora por parte de su autor, sino que a ello contribuye también, como trataré de mostrar más adelante, la existencia de una intención teológica latente, que vertebra el diálogo y constituye su entramado de fondo.

No puede omitirse la cuestión de las fuentes escriturísticas. En el *Octavio* no se cita literalmente ningún texto de la Sagrada Escritura, pero sí se hallan referencias indirectas a algunos pasajes, sobre todo del Nuevo Testamento. Beaujeu, quien habla de «alusiones al texto sagrado reconocibles sólo a los iniciados» y de «ecos velados» de ambos Testamentos, ha reunido un elenco de las referencias más claras, que son poco más de veinte<sup>38</sup>. Fontaine, por su parte, ha detectado también la presencia de algunos biblismos en el lenguaje minuciano, que explicarían el empleo de expresiones desusadas en latín<sup>39</sup>. Lo peculiar del diálogo es que la fuente bíblica aparece disimulada y en ningún momento se hace explícita. Sin duda, esto obedece a la finalidad que el autor se ha propuesto y a la estrategia empleada, que implica una estrecha compenetración de fondo y forma: si el

38. Cf. J. BEAUJEU, *op. cit.*, p. XXXVII. El índice de referencias a la Sagrada Escritura que incluye Clarke al final su traducción y comentario del *Octavio* es mucho más extenso, pero el criterio al que se atiene es menos estricto: cf. *The Octavius of Minucius Felix*, translated and annotated by G. W. CLARKE, Newman Press, New York/Ramsey, 1974, pp. 381-382. Mucho más riguroso se muestra Wiesen, quien considera que sólo hay dos préstamos verbales del texto bíblico, concretamente del

*Génesis* (*Octavio*, 19,4) y de los *Hechos de los Apóstoles* (*Octavio*, 33,1): cf. D. S. WIESEN, *Virgil, Minucius Felix and the Bible*, «Hermes», 99(1971), pp. 82-83.

39. Cf. J. FONTAINE, *op. cit.*, pp. 114-116. Más adelante, escribe Fontaine que el estilo de Minucio Félix deja traslucir «una impregnación escrituraria que, siendo muy discreta, no es por ello menos considerable y sin duda mucho más eficaz ante todo posible lector», *ibid.*, p. 119.

propósito era acercar el mundo pagano culto al cristianismo, debía hacerse, en consecuencia, mediante un lenguaje y estilo que resultara familiar a sus lectores y cuyo valor literario no desmereciera<sup>40</sup>. En este punto, como ha mostrado Van der Nat, Minucio Félix representa un caso particular en el conjunto de la patrística, en cuanto que su decisión de atenerse al modelo retórico clásico le lleva a renunciar a incluir citas textuales de la Sagrada Escritura, que producirían el efecto de un cuerpo extraño y de inferior calidad desde el punto de vista literario<sup>41</sup>.

En lo que respecta, por último, a otras fuentes de procedencia cristiana, el *Octavio*, prescindiendo del caso aparte de Tertuliano, no contiene préstamos directos, aunque parece fuera de duda que Minucio Félix conocía la literatura cristiana anterior de lengua griega y en ella pueden estar inspirados algunos pasajes del diálogo. En nuestra traducción, el lector encontrará en las notas a pie de página abundan-

40. Téngase en cuenta la crítica que, a este respecto, dirige en el diálogo el pagano Cecilio a los cristianos: cf. *Octavio*, 5,4; 8,4; 12,7. Es también significativo que, en su referencia a los judíos, Octavio habla de los textos sagrados como *scripta eorum* y a continuación manifiesta claramente su disposición a pasarlos por alto para centrarse en otros escritos, literariamente más logrados: «Relee sus escritos o, si prefieres a los romanos para pasar por alto los más antiguos...», *Octavio*, 33,4. La mayor parte de los comentadores han visto en la expresión «los más antiguos» (*vete-*

*res*) una referencia al Antiguo Testamento.

41. Cf. P. G. VAN DER NAT, *art. cit.*, pp. 197-202. Véase también el artículo de A. H. M. JONES, *El trasfondo social de la lucha entre el paganismo y el cristianismo*, en A. MOMIGLANO (ed.), *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV*, Alianza, Madrid, 1989, especialmente las pp. 34-35. Es muy ilustrativo que S. Agustín, siendo todavía pagano, quedara decepcionado al leer por vez primera la Sagrada Escritura, según él mismo relata, por parecerle muy inferior a las obras de Cicerón: cf. S. AGUSTÍN, *Confesiones*, III, 5, 9.

tes referencias a pasajes de contenido semejante de los apologistas griegos más antiguos.

### 3.4. *La cuestión de la historicidad*

Las alusiones a la forma literaria, estilo e influencias recibidas no deben hacernos olvidar otra cuestión muy debatida, que es la de la historicidad misma del diálogo. Si tenemos en cuenta, como se dijo más atrás, que los datos que poseemos de su autor proceden exclusivamente del diálogo mismo, se advierte que estamos ante una cuestión relevante. En este punto, las opiniones de los estudiosos son muy variadas y van desde quienes admiten el carácter histórico de todo el diálogo hasta quienes lo niegan completamente, pasando por toda una gama de posiciones intermedias<sup>42</sup>.

Al hablar de la datación de la obra se ha aludido a las referencias que en ella hay a personajes y sucesos, que sirven de ayuda para fijar la cronología del diálogo, pero que no permiten gran precisión y dejan abierto un arco de tiempo demasiado amplio. Por otro lado, esos elementos tampoco son suficientes para emitir un juicio definitivo acerca de si las personas y los hechos ahí relatados son o no históricos. Se requiere, pues, un análisis interno del diálogo. De él no parece, en efecto, que a primera vista quepa concluir que se trata de una simple ficción literaria. No obstante, se debe establecer aquí una distinción entre el preámbulo, los dos monólogos centrales y la conclusión del diálogo.

En primer lugar, el preámbulo es el que parece aportar un mayor número de datos que avalan la historicidad del

42. Una sucinta exposición de las diversas posturas se encuentra en A. M.<sup>a</sup> ALDAMA, *art. cit.*, pp.

62-63 y en J. BEAUJEU, *op. cit.*, pp. XXII-XXIII.

hecho relatado y, sobre todo, de los personajes que intervienen en él. Como ya se dijo, viene en apoyo de esta tesis las diversas inscripciones encontradas que contienen los nombres de esos personajes, pero tampoco esto es definitivo, pues se trata de nombres bastante difundidos. La razón de más peso en la defensa de la historicidad de los párrafos iniciales es la sorprendente vivacidad de lo narrado por Minucio Félix, que produce la impresión –aunque aquí podría inducir a error, claro está, su reconocida habilidad literaria– de que se trata de una verdadera y profunda amistad entre dos personas que han existido realmente, una de las cuales lo evoca y decide ponerlo por escrito. Si no fuera así, habría que hablar de una extraordinaria puesta en escena, que consigue transmitir una clara impresión de verosimilitud; pero, en principio, nada impide pensar, y es la conjetura más admisible, que la buena técnica literaria se apoya en sucesos reales. También parece avalar esta opinión la referencia a lugares geográficos –aunque hay quienes se basan en algunas imprecisiones referidas a Ostia para negar toda credibilidad histórica al diálogo<sup>43</sup>– y la detallada descripción de algunos hechos.

La controversia de Cecilio y Octavio pudo, ciertamente, haber tenido lugar<sup>44</sup>, pero lo que no parece probable es que siguiera el desarrollo transcrito en el diálogo, que es una composición literaria bastante elaborada, plena de referen-

43. Cf. W. SPEYER, *Octavius, der Dialog des Minucius Felix: Fiktion, oder historische Wirklichkeit?*, «Jahrbuch für Antike und Christentum», 7(1964), pp. 45-51.

44. «Se puede, sin temor a equivocarse, admitir que alguna vez sucedió que intelectuales de uno y otro lado –sobre todo cuan-

do les unían lazos de amistad, como es aquí el caso– se pusieran a discutir de tesis religiosas de la filosofía por entonces más apreciada en Roma», J.-M. VERMANNER, *Celse, source et adversaire de Minucius Felix*, «Revue des Études Augustiniennes», 17(1971), p. 25.

cias a personajes y sucesos de la tradición romana y en la que, además, la réplica se ajusta casi punto por punto al desarrollo de la acusación, como se ha visto. Por otra parte, el lenguaje, aunque es ágil y vivo, deja ver claramente que no posee la espontaneidad y las limitaciones mismas de lo hablado a viva voz. Pero eso no impide que nos encontremos ante un arreglo literario de un suceso real, acontecido de manera más prosaica y menos brillante y acabada.

El desenlace no parece, sin embargo, que haya ocurrido en la forma en que es presentado por Minucio Félix. Deja el regusto de lo que es demasiado artificial y apresurado y, dada la incompleta exposición de la religión cristiana que hace Octavio –cuestión que en seguida se abordará–, es difícil pensar que realmente tuviera lugar una conversión sólo «filosófica» o intelectual a la religión cristiana, sobre todo cuando en su presentación se echan en falta aspectos esenciales del cristianismo<sup>45</sup>. En este sentido, una de las insuficiencias que pueden achacarse al diálogo es no advertir que la propia dimensión religiosa posee tal virtualidad que eso le dota también de un alcance intelectual, es decir, de una capacidad para sorprender y ser apreciada incluso por quien busca ante todo argumentos racionales. Con ello no se pretende negar que Cecilio pudo efectivamente haberse convertido, pero sí parece razonable dudar de que lo hubiera hecho de ese modo y, sobre todo, fundado sólo en esas razones<sup>46</sup>.

45. Leclercq observa agudamente que «es un error pretender que al final de la obra Cecilio se convierte; esta expresión no es del todo justa, es más exacto decir que está completamente dispuesto a hacerse cristiano», H. LECLERCQ, *art. cit.*, col. 1409.

46. Como hace notar Labriolle: «¿No es verdad que Cecilio es, al fin de la discusión, casi tan ignorante como al principio acerca de la fe a la que benévolamente se adhiere?», P. DE LABRIOLLE, *Histoire de la littérature latine chrétienne*, revue et augmentée par G.

Así las cosas, cabe sostener que el diálogo posee un carácter histórico, al que se añade una cuidada elaboración literaria. Esta, más que por una ficción, debería ser tenida por una manera de transmitir y de otorgar carácter universal a un acontecimiento particular y concreto que, a grandes rasgos y con las salvedades que se acaban de hacer, bien pudo haber ocurrido de un modo no totalmente ajeno a como, en sustancia, es narrado.

### 3.5. *Minucio Félix y Tertuliano*

La cuestión de la precedencia y consiguiente influencia entre el *Octavio* de Minucio Félix y el *Apologético* de Tertuliano es, sin duda, el tema que ha suscitado una más amplia y duradera controversia entre los estudiosos<sup>47</sup>, que sigue abierta y que, según la épocas, parece inclinarse definitivamente hacia un lado para iniciar después un giro brusco hacia el lado contrario, como si de un movimiento de acción-reacción se tratara. Es, por otra parte, una cuestión decisiva para la fijación cronológica del *Octavio*, con lo que esto supondría de ayuda para aclarar muchos de los problemas aún sin solución, a los que se ha hecho referencia en las páginas anteriores. Por último, la discusión acerca de la prioridad implica en este caso a cuál de los dos autores le compete el honor de ser el más antiguo escritor cristiano en lengua latina.

BARDY, Paris, 1947, p. 172. Ya Monceaux había señalado que Octavio no ha probado la verdad del cristianismo, lo cual hace muy inverosímil la conversión de Cecilio en los términos en que es relatada en el diálogo: «Evidentemente —sentencia Monceaux— la

conclusión sobrepasa las premisas», P. MONCEAUX, *op. cit.*, vol. I, p. 499.

47. Speyer considera esta cuestión como «uno de los problemas más debatidos de la historia de la literatura romana», W. SPEYER, *art. cit.*, p. 45.

Fundamentalmente, las posturas son dos: la de quienes sostienen la precedencia de Tertuliano, de quien dependería Minucio Félix, y la de quienes piensan que éste es anterior y, por tanto, no depende del autor del *Apologético*. Se ha propuesto asimismo una solución intermedia, que remitiría una y otra obra a una fuente común, pero esta tesis parece demasiado rebuscada y sin apoyo textual alguno y tiene el inconveniente de plantear un nuevo y quizá más irresoluble interrogante, acerca de la identidad de esa presunta fuente. Lo que, en cualquier caso, está fuera de duda es la gran afinidad que hay entre las dos obras, que no se limita a las ideas o a los argumentos, que se encuentran en la mayoría de los apologistas, sino a la literalidad misma de no pocas expresiones y ejemplos<sup>48</sup>. No menos indiscutible es que tanto la forma como el objetivo específico de ambas apologías –pues en su finalidad general, como es lógico, coinciden– es muy diferente: en el caso de Tertuliano, se trata de una requisitoria jurídica, un verdadero alegato defensivo, dirigido a los gobernadores de las provincias romanas y escrito en un lenguaje apasionado y lleno de fuerza, en el que predomina la razón política y jurídica, pero que busca conscientemente la paradoja y la antítesis e incluso la provocación<sup>49</sup>, mientras que Minucio Félix opta por

48. Así lo resume, por ejemplo, Aldama: «Tienen el mismo método de argumentación, las mismas ideas, los mismos ejemplos, las mismas expresiones, hablan de los crímenes secretos de los cristianos, del culto de los dioses y los sacrificios humanos de Africa, de la fabricación de estatuas, los dioses de Homero y las antiguas leyendas, la cabeza de asno, las enseñas en forma de cruz,

Dios y los demonios, las divinidades nacionales de Roma, la Providencia, la vida de los fieles, la persecución considerada como una prueba, la Resurrección y el martirio», A. M.<sup>a</sup> ALDAMA, *art.cit.*, p. 56. En la traducción del *Octavio* se señalan en nota los pasajes que remiten a textos paralelos del *Apologético* de Tertuliano.

49. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 50, 12.

un diálogo de carácter académico y literario, de tono mesurado, en el que «en lugar de la antítesis, es el “no sólo... sino también” el rasgo determinante de su manera de pensar y de expresarse»<sup>50</sup> y donde el aspecto filosófico es fundamental, lo cual contrasta claramente con los ataques a la filosofía que dirige Tertuliano. En suma, las dos apologías muestran dos talentos muy diferentes en sus respectivos autores.

No seguiremos aquí el desarrollo de esta larga polémica<sup>51</sup>. Nos bastará señalar que en favor de la anterioridad de Tertuliano, que parece ser la opinión que goza de más adeptos, se puede alegar el modo característico en que Minucio Félix procede con otros autores, principalmente Cicerón, consistente en servirse de elementos previos que compone y ordena con gran habilidad y maestría. En él falta, además, la originalidad e innovación lingüística que es propia de Tertuliano, por lo que una influencia en sentido contrario parece totalmente descartada. Todo lo más, los estudiosos que defienden la anterioridad del *Octavio*, insisten en su independencia respecto de Tertuliano, que no se puede decir que esté plenamente demostrada. En suma, en cuanto a la relación entre Tertuliano y Minucio Félix no parece que el análisis mismo de los textos permita una solución definitiva. Como Harnack señaló hace ya muchos años, el estudioso se encuentra ante este problema como ante un reloj de arena: un ligero toque es suficiente para que cambie de sentido<sup>52</sup>.

50. C. BECKER, *Der 'Octavius' des Minucius Felix. Heidnische Philosophie und frühchristliche Apologetik*, Bayer. Akademie der Wissenschaften, München, 1967, p. 99.

51. Un detenido análisis com-

parativo del *Apologético* y el *Octavio* se encuentra en J. BEAUJEU, *op. cit.*, pp. LIV-LXVII.

52. Cf. A. VON HARNACK, *Die Chronologie der altchristlichen Literatur*, Leipzig, 1904, vol. 2, p. 326.

### 3.6. *Una exposición incompleta del cristianismo: objetivo y destinatarios del diálogo*

De todas las cuestiones suscitadas por el *Octavio*, la más llamativa y sorprendente es la ausencia de toda referencia a la persona de Cristo, así como a los principales dogmas cristianos. Como ya se ha visto, tampoco se menciona texto alguno de la Sagrada Escritura, caso único en el conjunto de la apologética cristiana, y las alusiones a la cruz de Cristo que aparecen en el diálogo no son nada clarificadoras y parecen más bien evasivas<sup>53</sup>. Por todo ello, el diálogo constituye una exposición incompleta y claramente insuficiente de la religión cristiana, lo cual ha dado lugar a varias hipótesis que tratan de explicar las razones de este hecho.

En síntesis, dos son las interpretaciones principales que se han apuntado: la primera sostiene que Minucio Félix sería un recién convertido, con un conocimiento más bien escaso de las verdades cristianas, que da señales de ser un racionalista o un humanista semipagano y que, según algunos, pertenecería incluso a una secta herética<sup>54</sup>. Quienes rechazan esta hipótesis la consideran precipitada y demasiado simple, pues no tiene en cuenta el contexto de la época y la situación en la que se encontraba el cristianismo, y tam-

53. Cf. *Octavio*, 29,2-3 y 6-8.

54. Hay quien va aún más lejos y sostiene que «Minucio se hizo cristiano por necesidades tácticas; como abogado tenía clientes que eran cristianos y debía defender sus causas; no conocía a fondo los dogmas, ni los textos cristianos, pero sí había llegado filosóficamente a la conclusión de la necesidad de un único

Dios, especialmente por la vía del estoicismo y del neoplatonismo, cuyas ideas afloran en su obra literaria por doquier», S. BODELÓN, *El discurso antipagano de Octavio en la obra de Minucio Félix*, p. 138. El juicio de intención se apoya aquí en una suposición gratuita que no puede ser probada y que menoscaba su valor como argumento.

co se detiene a considerar qué finalidad buscaba el autor con el diálogo y la estrategia seguida para ello. Una datación más exacta del diálogo sería de gran ayuda; pero, a pesar de todo, de su análisis interno se puede inferir una explicación diferente, que entiende que el diálogo tiene como destinatarios a los paganos cultos de la alta sociedad romana, imbuidos de un escepticismo de fondo, pero respetuosos con la religión tradicional, a los que trata de hacerles ver que la religión cristiana, acerca de la cual se habían difundido gran número de ataques y calumnias, es algo razonable<sup>55</sup>. Por eso, el *Octavio*, y en esto reside su singularidad, se sitúa en una perspectiva filosófica, desde la que se da razón del mono-teísmo y de algunos aspectos centrales de la religión cristiana, accesibles a la razón. No se debe olvidar, que, como observa Leclercq, «el *Octavio* no tiene la pretensión de ser

55. Cf. B. ALAND, *Christentum, Bildung und römische Oberschicht. Zum «Octavius» des Minucius Felix*, en H.-D. BLUME/F. MANN (Hrsg.), *Platonismus und Christentum. Festschrift für Heinrich Dörrie*, Aschendorff, Münster, 1983 («Jahrbuch für Antike und Christentum», Ergänzungsband 10), pp. 11-30. Con independencia de su destinatario general, se ha apuntado que la ocasión próxima del mismo pudo haber sido el eco todavía vigente del discurso contra los cristianos pronunciado por Frontón, según se afirma en el *Octavio* (cf. 9,6 y 31,2). El discurso, que no se conserva, fue pronunciado hacia el año 162: cf. P. FRASINETTI, *L'orazione di Frontone contro i cristiani*, «Giornale italia-

no di Filologia classica», 3(1949), pp. 238-254 y C. Bammel, *Die erste lateinische Rede gegen die Christen*, «Zeitschrift für Kirchengeschichte», 104(1993), pp. 295-311. Baehrens planteó también la hipótesis de que el *Octavio* se hubiera escrito en polémica no con Frontón, sino con el filósofo esceptico Favorino, a cuyo círculo pertenecía aquél: cf. W. A. BAEHRENS, *Zu Minucius Felix*, «Hermes», 50(1915), pp. 456-463; cf. supra, nota 23. Algunos se han inclinado a pensar que, más que Frontón o alguno de sus seguidores, el adversario que Minucio Félix tiene en mente es Celso y su *Discurso verdadero*: cf. J.-M. VERMANDER, *Celse, source et adversaire de Minucius Felix*, pp. 13-25.

un tratado de teología; no es más que una preparación a la conversión de las gentes del mundo»<sup>56</sup>.

En definitiva, lo que se cuestiona es el contenido y la intensidad del cristianismo de Minucio Félix, que unos consideran un tanto tibio, demasiado intelectual y alejado de la ortodoxia<sup>57</sup>, y cuya fidelidad y sincera piedad otros, en cambio, defienden. En favor de la primera opinión está la literalidad misma de lo afirmado en el diálogo y, sobre todo, lo que en él se omite, en lo que a aspectos centrales de la doctrina cristiana se refiere. La segunda opinión, más matizada y articulada, trata de explicar esas omisiones por lo que Monceaux denomina «el propósito intencionado de no decirlo todo»<sup>58</sup>.

La tesis que sostiene un escaso conocimiento de la doctrina cristiana por parte de Minucio Félix y que hace de él un neófito aún poco formado o incluso un hereje o cristiano perteneciente a un grupo marginal, ha sido considerada por von Albrecht, con razón, como una suposición precipitada<sup>59</sup>. Una valoración semejante pasa por alto un juicio detenido de no pocos elementos presentes en el diálogo, que contribuyen a aclarar la intención de su autor y, en consecuencia, la intensidad y alcance de su fe cristiana. Por limitarnos a un ejemplo, la larga exposición referida a Dios que despliega Octavio en los capítulos 17 a 19 del diálogo, en

56. H. LECLERCQ, *art. cit.*, col. 1408.

57. Así, por ejemplo, afirma Bodelón que la obra no puede ser calificada propiamente como apologética, porque «Minucio Félix en el *Octavius* no hace apologética del cristianismo» y la describe como «un diálogo platónico-ciceroniano sobre un telón de fondo más bien teosófico, más que cris-

tiano: se habla de Dios, pero no se habla de Cristo», S. BODELÓN, *El discurso anticristiano de Cecilio en el Octavio de Minucio Félix*, p. 248.

58. P. MONCEAUX, *op. cit.*, vol. I, p. 491.

59. M. VON ALBRECHT, *Geschichte der römischen Literatur*, K. G. Saur, München, 2. Aufl., 1994, vol. II, p. 1238.

lugar de ser prematuramente calificada como teosófica o simplemente teísta, puede dar lugar, si se examina de cerca, como ha hecho Fontaine centrándose en el capítulo 18 del mismo<sup>60</sup>, a descubrir la presencia de lo que él llama el «estilo teológico» de Minucio Félix, lo cual hace problemático pensar en «una especie de extravío intelectual del cristiano Octavio Januario, en una especulación de alcance más filosófico, en definitiva, que propiamente cristiano»<sup>61</sup>.

Es en la conclusión del diálogo donde parece encontrarse la posible clave explicativa que solucionaría el problema. En efecto, en los dos últimos párrafos se indica explícitamente, por un lado, que la presunta intención del autor no es otra que la de defender el cristianismo con los solos argumentos de los filósofos<sup>62</sup>, situándose, por lo tanto en un plano meramente natural, sin apelar a los misterios sobrenaturales que resultarían difíciles de aceptar a los extraños. Por otro lado, cuando Cecilio manifiesta haberse convertido a la nueva religión, expresa una profesión de fe que se limita a tres aspectos: la providencia, la existencia de Dios y la integridad moral del comportamiento cristiano<sup>63</sup>. Ciertamente, se trata de una confesión insuficiente, si se considera el cristianismo en su integridad, pero también puede entenderse que esos tres puntos constituyen el objetivo preciso al que se ciñe el largo discurso de Octavio y el entero diálogo, a los que se debe añadir la fe en la resurrección y en la recompensa o castigo en la otra vida, tratada también por Octavio en la última parte de su intervención. Porque, además, el propio Cecilio reconoce a continuación que quedan aún pendientes de aclarar algunos aspectos, para que su identificación con la religión

60. Cf. J. FONTAINE, *op. cit.*, pp. 103-111.

61. *Ibid.*, p. 106.

62. Cf. *Octavio*, 39.

63. Cf. *Octavio*, 40,2.

cristiana sea plena, y aplaza su solución a una conversación posterior<sup>64</sup>.

Si se tiene en cuenta, como me parece que debe hacerse, el carácter literario de la conclusión –lo cual no impediría necesariamente que el hecho mismo de la conversión de Cecilio hubiera acontecido en la realidad como fruto de un debate con un amigo suyo cristiano–, no resulta entonces del todo descabellada la hipótesis de un proyecto de apología en dos fases, de las cuales en el diálogo se aborda sólo la primera, de carácter propedéutico o preparatorio, que pretende conducir al lector pagano a aceptar unos principios teístas que no rebasan el ámbito filosófico, con el fin de que admita la existencia y la providencia divinas, así como la superioridad del comportamiento moral de los cristianos<sup>65</sup>. La segunda fase, que tendría por objeto dar a conocer de modo más teológico y completo el contenido de la revelación cristiana y debería presentar entonces un carácter más catequético, queda fuera del propósito del diálogo, pero habría sido suficientemente preparada por él e incluso quizá anunciada en las palabras finales de Cecilio. No es, por eso, aventurado suponer que a lo largo del diálogo hay una intencionalidad teológica de fondo que subyace bajo la forma y pretensión filosófica que adopta. Es preciso, por tanto, estudiar más detenidamente el papel que desempeña la filosofía en el *Octavio* y su relación con el cristianismo, tarea que se emprende a continuación antes de

64. Cf. *ibid.*

65. «De los tres elementos que se componen las primeras apologías: justificación de los cristianos, crítica de las creencias paganas, exposición dogmática del cristianismo, [Minucio Félix] ha desarrollado los dos primeros y ha

descuidado o aplazado el tercero. Táctica de abogado, si se quiere (Minucio Félix conocía muy bien los artificios del foro, como se advierte por doquier), pero táctica legítima, en suma», P. DE LABRIO-ILIE, *op. cit.*, p. 187.

poner punto final a estas páginas introductorias y dejar paso al texto mismo de Minucio Félix.

#### 4. FILOSOFÍA Y RELIGIÓN EN MINUCIO FÉLIX

Uno de los puntos que se suele mencionar al hablar de las diferencias entre Tertuliano y Minucio Félix es la actitud tan distinta que uno y otro muestran respecto a la filosofía y los filósofos. El claro rechazo del primero contrasta con el respeto y aprecio que el autor del *Octavio* manifiesta hacia el saber filosófico.

En este sentido, resulta especialmente significativo el hecho de que en el diálogo sea Octavio quien más uso hace del recurso a la filosofía, mientras que Cecilio se limita a unas breves alusiones, demasiado generales y no siempre elogiosas, que buscan sobre todo reforzar la tesis escéptica, subrayando las dificultades de los filósofos para llegar a certezas firmes en las cuestiones decisivas<sup>66</sup>. Lo cual confirma la intención del autor de situar la defensa del cristianismo en un plano filosófico. Esto tiene sus inconvenientes, que pesan en el discurso de Octavio y están en la raíz de uno de los reproches más frecuentes que se le han dirigido: la explícita ausencia de aspectos fundamentales de la doctrina cristiana. En efecto, no cabe duda de que tomar como modelo un diálogo filosófico-religioso pagano, como es el *De natura deorum* ciceroniano, no está exento de consecuencias, en la medida en que impone una serie de limitaciones y condicionamientos que no afectan sólo al orden estilístico, sino también al contenido filosófico acerca de la naturaleza de la divinidad y de algunos rasgos peculiares de la religión romana<sup>67</sup>. Pero,

66. Cf. *Octavio*, 5,4; 8,2-3; 13,1-14,1.

67. Cf. C. BECKER, *op. cit.*, pp. 102-103.

como ha observado Aland, tal modo de proceder ofrece también sus ventajas, en cuanto que así «se despoja al cristianismo de la extrañeza que tanto dificultaba a la capa superior de la sociedad romana (y a otros) acceder a él»<sup>68</sup>.

Minucio Félix se apoya en la autoridad de los filósofos para mostrar cómo la nueva religión, a la que él se ha adherido, es algo razonable y no se halla en contradicción con algunas ideas y planteamientos que, de modo imperfecto y fragmentario, apuntaron ya los principales filósofos de la antigüedad, sobre todo Platón. No se limita, sin embargo, a acudir a textos y autores próximos a las tesis cristianas, sino que, ya al comienzo de su discurso, plantea Octavio un problema esencial, de carácter netamente filosófico, que integra en su concepción de la religión cristiana como un factor decisivo e imprescindible: la cuestión de la verdad<sup>69</sup>. Son varios los aspectos a los que alude en su defensa de la verdad: la firme convicción de la existencia de una sola verdad, la capacidad natural de la inteligencia humana para alcanzarla y la preeminencia del contenido mismo de la verdad frente al argumento de autoridad<sup>70</sup>; todo ello conduce a sostener una coherencia o trabazón entre las diversas verdades, que culmina en la trascendencia de la verdad divina, de la que la humana es un reflejo<sup>71</sup>. Minucio Félix insiste

68. B. ALAND, *art. cit.*, p. 15.

69. Cf. *Octavio*, 16,3-4. Me he ocupado de este punto en otro lugar: cf. V. SANZ SANTACRUZ, *Filosofía y teología en el Octavius de Minucio Félix*, «Scripta Theologica», 31(1999), especialmente pp. 354-359. En las páginas que siguen, me baso fundamentalmente en esa exposición.

70. Cf. *Octavio*, 16,4-6. También en la breve intervención del

árbitro o juez del debate —el propio Minucio—, incluida entre los discursos de ambos contendientes, se halla un claro alegato en favor de la fuerza de la verdad, frente a la apariencia engañosa de una retórica vacía: cf. *Octavio*, 14,2-7 y 15,2. Sobre este aspecto véase el artículo ya citado de P. G. VAN DER NAT, especialmente las pp. 201-212.

71. Cf. *Octavio*, 17,2.

en el perjuicio a la verdad causado por la falsa autoridad de los poetas, con sus fábulas y leyendas<sup>72</sup>, y defiende que una mente inquisidora, que no cesa de buscar sinceramente la verdad, acaba por dar con ella, pues la verdad sale al encuentro de quienes la buscan<sup>73</sup>.

Esta visión optimista contrasta con el escepticismo de Cecilio. Algunos han pensado que tal actitud no es sino una confirmación del racionalismo que caracteriza la postura de Minucio Félix, pero en contra de esta opinión se halla la referencia a la trascendencia, con su explícita alusión a Dios. El concepto de verdad presente en la obra no tiene un carácter meramente operativo, no se limita a las verdades de hecho ni a mostrar la falsedad de afirmaciones que remiten a acontecimientos y situaciones que no han tenido lugar; aunque también se da entrada a esta dimensión de la verdad, no se olvida el auténtico alcance teológico de ésta, como lo muestra un breve pasaje al final de la intervención de Octavio, sobre el que Buchheit ha llamado la atención<sup>74</sup>, que aparece además revestido de una especial fuerza retórica: «¿Por qué hemos de ser ingratos y perjudicarnos a nosotros mismos, si la verdad acerca de la divinidad ha llegado a la madurez en nuestra época?»<sup>75</sup>. Como apunta Buchheit, el que en el texto aparezca la noción de verdad en primer plano no viene sólo exigido por la trama del diálogo, que reclama una respuesta al escepticismo de Cecilio, sino que se apoya también en la concepción cristiana –bíblicamente fundada–, según la cual la verdad viene de Dios, que es además la verdad misma, manifestada en Cristo<sup>76</sup>. La frase citada de Octavio evoca un conocido pasaje paulino

72. Cf. *Octavio*, 23,1.

73. Cf. *Octavio*, 23,8.

74. Cf. V. BUCHHEIT, *Die Wahrheit im Heilsplan Gottes bei Minucius Felix* (Oct. 38,7), «Vigi-

liae Christianae», 39(1985), pp. 105-109.

75. *Octavio*, 38,7.

76. Cf. V. BUCHHEIT, *art. cit.*, p. 106.

de la carta a los Gálatas<sup>77</sup>, aunque, según el proceder habitual de Minucio Félix, no se cita literalmente ningún texto de la Sagrada Escritura.

La verdad trasciende así el ámbito de lo sensible y observable<sup>78</sup>, sin que eso signifique restringir el número de quienes pueden acceder a ella. Ya al comienzo de su discurso, Octavio da la vuelta a la argumentación elitista de Cecilio y subraya que «todos los seres humanos, sin distinción de edad, sexo, dignidad, han sido creados dotados de razón y de inteligencia y que no se encuentran con la sabiduría como por azar, sino que la tienen inscrita por naturaleza», pues «no se otorga el talento a la riqueza ni se obtiene a base de esfuerzo, sino que es engendrado con la formación misma del alma»<sup>79</sup>. Por esta razón, «no hay que indignarse ni lamentarse cuando uno cualquiera indaga, opina, se pronuncia acerca de las cosas divinas, pues lo que importa no es la autoridad de quien interviene en la discusión, sino la verdad misma de aquello sobre lo que se discute»<sup>80</sup>.

Después de una rápida revisión de las opiniones de los principales filósofos acerca de Dios, llega Minucio a la conclusión de que «cualquiera puede pensar que o ahora los cristianos son filósofos o los filósofos fueron ya antes cristianos»<sup>81</sup>. Esta frase, una de las más conocidas del diálogo,

77. «Mas al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo», Ga 4, 4; cf. Jn 16, 12. En el amplísimo aparato de notas con que Clarke ilustra su traducción comentada del *Octavio*, no remite sin embargo en este lugar a texto escriturístico alguno: cf. *The Octavius of Minucius Felix*, translated and annotated by G. W. CLARKE, Newman Press, New York/Ram-

sey, 1974, p. 374 (nota 665); tampoco lo hace Beaujeu en su ya citada introducción a la edición y traducción del *Octavio*.

78. «Es un gran sacrilegio buscar en la tierra lo que se debe encontrar en lo más alto», *Octavio*, 17,2.

79. *Octavio*, 16,5.

80. *Octavio*, 16,6.

81. *Octavio*, 20,1.

refuerza la intención central de Minucio Félix de mostrar el carácter razonable del cristianismo, esta vez acudiendo a la comparación con los filósofos. Y, si se pone en relación con el reconocimiento de que «hombres sin letras, pobres, ignorantes se dignan discutir acerca de las cosas celestes»<sup>82</sup>, estamos entonces ante un concepto de filosofía no como una tarea u ocupación específica de unos pocos, sino como una actividad a la que todo ser humano se halla inclinado por naturaleza. Tal es el punto de partida sobre el que cabe llegar a un acuerdo; pero para que sea fructífero y haga posible seguir avanzando, requiere además, según Minucio, una labor previa de purificación de la cultura recibida<sup>83</sup> y la convicción de que «la verdad es algo accesible, pero para quienes la buscan»<sup>84</sup>, es decir, exige por parte de éstos un esfuerzo intelectual, no en el sentido reductivamente teórico y especulativo que se puede dar al término, sino revestido de un alcance y significado existencial<sup>85</sup>, donde la verdad es presentada con un atractivo singular capaz de arrastrar a la entera persona<sup>86</sup>.

Se puede decir, por tanto, que la cuestión de la verdad es una de las claves del mensaje que Minucio Félix, por medio de Octavio, desea transmitir en el diálogo. Es significativo, a este respecto, que en la primera frase que pronuncia Octavio se halle una referencia a la verdad, como objetivo de su intervención<sup>87</sup>; poco después, explica que las contradicciones en que ha incurrido Cecilio son propias de «quien no posee un juicio firmemente asentado en la ver-

82. *Octavio*, 16,5.

83. Cf. *Octavio*, 23,1 y 8.

84. *Octavio*, 23,8.

85. Cf. *Octavio*, 17,1.

86. Minucio –árbitro de la contienda– interviene al final del diálogo para alabar a Octavio por-

que en su discurso, entre otras cosas, había sido capaz de mostrar «que la verdad no sólo es algo asquible, sino también amable», *Octavio*, 39.

87. Cf. *Octavio*, 16,1.

dad»<sup>88</sup> y, por último, según acabamos de ver, las palabras puestas en boca del árbitro del debate aluden explícitamente a la verdad como algo asequible y amable. El vínculo que establece entre el cristianismo y la verdad es la razón de que haya buscado por encima de todo que el diálogo discurra por derroteros filosóficos y puede quizá explicar la sorprendente ausencia de toda referencia a Cristo y a los dogmas sobrenaturales del cristianismo.

Este entramado constituye el plano de superficie, si se permite la expresión, en el que se mueve el entero diálogo, cuyo objetivo es mostrar la razonabilidad de los principios en que se funda el cristianismo. Y así lo corrobora el oportuno comentario que el propio narrador y árbitro del debate hace al final del mismo, donde confiesa su admiración hacia Octavio por la capacidad de argumentar que éste había demostrado y, sobre todo, «porque había refutado a los malintencionados con las mismas armas de los filósofos»<sup>89</sup>.

Plantea, sin embargo, una cierta dificultad un pasaje del final del discurso de Octavio, donde la actitud respetuosa deja paso a un inesperado y agrio ataque a los filósofos, que contrasta con el tono general mantenido en el diálogo. Octavio acusa a los filósofos de impostores, falaces y orgullosos, que predicán lo contrario de lo que viven y condenan los vicios a los que ellos mismos se entregan, para reconocer acto seguido la superioridad del cristianismo, la única religión que logra alcanzar esa sabiduría a la que, desde antiguo, aspiraron los filósofos en esforzada búsqueda sin poder encontrarla<sup>90</sup>. Si antes se había referido a diversas opiniones de los filósofos paganos –en especial de Platón– con palabras claramente aprobatorias<sup>91</sup>, llama ahora la atención

88. *Octavio*, 16,3.

89. *Octavio*, 39.

90. Cf. *Octavio*, 38,5-6.

91. Cf. *Octavio*, 19,15.

el duro ataque dirigido a los filósofos en la conclusión de su discurso.

La proximidad en cuestiones teóricas –la existencia y la unicidad de Dios, así como su providencia– contrasta con la oposición que se establece entre la conducta moral de los cristianos y la de los paganos, que abre una diferencia casi insalvable. Este punto muestra, por un lado, las limitaciones de la filosofía y pone de manifiesto, como ha señalado Becker, que Octavio «no ve la filosofía como una fase previa del cristianismo, de modo que éste constituyera su persecución y su coronación definitiva; al contrario, una y otro son decididamente separados»<sup>92</sup> en el diálogo. Se trata de dos instancias de orden diferente, una de las cuales se entiende como preparación o atisbo lejano de la verdad que representa el cristianismo, y en ese sentido preparatorio o protréptico es en el que insiste Minucio Félix para llegar a los paganos instruidos y abrir al cristianismo las puertas del mundo intelectual de la época, sin que ello signifique el establecimiento de una continuidad natural entre ambas esferas, como lo muestra precisamente el mencionado cambio de actitud en lo que respecta a la filosofía.

La intención, bien determinada y precisa, de hacer accesible el cristianismo al mundo culto pagano es la que explica la llamativa ausencia de elementos declaradamente cristianos, sobre todo en lo que al dogma se refiere. Esto es lo que ha llevado a Fontaine a hablar de «criptocristianismo» en Minucio Félix, entendiendo por ello «un cristianismo au-

92. C. BECKER, *op. cit.*, p. 61. Un poco más adelante (pp. 66-67) hace ver que el pasaje del discurso de Octavio en el que éste ataca duramente a la filosofía no significa, en contra de lo que se ha sostenido, una ruptura con el resto de

la obra, sino que es suficientemente preparado a lo largo de la misma y tiene por objeto impedir que se confunda la filosofía con el cristianismo y situar así a éste como la única verdad.

téntico, pero aceptable también para un pagano monoteísta, familiarizado con el estoicismo vulgarizado de la época»<sup>93</sup>. Se ve ahora con más claridad que el recurso a la filosofía, con las limitaciones propias de un autor que –como abogado– no es un experto en la materia, obedece a un motivo religioso, del que no está ausente un aspecto propiamente teológico, en el sentido amplio de la expresión, al que se subordina el discurso filosófico. Se trata, no obstante, de una intención latente tras la faz filosófica bajo la que se muestra. Por eso, los temas de los que se ocupa desde el punto de vista filosófico son aquellos que tienen que ver con la teología natural –parte fundamental de su discurso– y con la inmortalidad del alma, que corresponden a dos cuestiones teológicas de primera magnitud, como son la trascendencia divina y la escatología.

Lo que resulta clave es la cuestión de la verdad, pues constituye el punto de engarce entre el plano natural y el revelado. Todo ello presentado en una forma declaradamente retórica y deudora de la costumbre clásica de la *imitatio*, lo cual puede inducir a engaño y desviar la atención de los supuestos de fondo que vertebran el diálogo. Una lectura atenta del mismo permite apreciar, en suma, que «Minucio Félix se muestra en su obra mucho más auténticamente cristiano de lo que algunos han creído»<sup>94</sup>. Esto no impide que continúen abiertos muchos de los interrogantes suscitados por el diálogo y debidos en gran parte a los escasos datos y testimonios que, al margen del diálogo mismo, poseemos. Pero, a pesar de todo, parece razonable pensar que nos encontramos ante un autor convertido al cristianismo que, sin pretensiones de gran precisión ni profundidad teológicas, posee, no obstante, unas convicciones religiosas que no se apartan, en lo esencial, del cristianismo,

93. J. FONTAINE, *op. cit.*, p. 119.

94. *Ibid.*

aunque se silencien algunos puntos centrales de éste. Su postura contiene elementos suficientes para apreciar la presencia de una intención teológica de fondo que permite hablar de una teología cristiana implícita en el diálogo. Por último, en lo que se refiere al reconocimiento de la capacidad de la razón para alcanzar la verdad y al lugar central que ésta ocupa en la especulación teológica cristiana, se puede decir, sin temor a exagerar, que el *Octavio*, con todas sus limitaciones, constituye un valioso testimonio, merced a su antigüedad, de un rasgo definidor del presupuesto gnoseológico fundamental del mensaje cristiano, que subraya su apertura a la realidad natural y revelada.

## 5. TRANSMISIÓN DEL TEXTO Y PRINCIPALES EDICIONES Y TRADUCCIONES

El texto más antiguo del *Octavio* se contiene en un manuscrito del siglo IX (*Codex Parisinus latinus* 1661), conservado en la Biblioteca Nacional de París, del que procede una copia del siglo XI (*Codex Bruxellensis latinus* 10.847). Por confusión en el título del diálogo, éste figura como libro octavo a continuación de los siete libros *Adversus nationes* de Arnobio y así fue editado por primera vez en el año 1543 en Roma por Faustus Sabeus y después en Basilea, en 1546 y 1560, por Gelenius, hasta que el francés Baudoin (Balduinus) descubrió que ese presunto octavo libro no era sino el *Octavio* de Minucio Félix y como tal lo publicó en Heidelberg el mismo año de 1560. El texto del manuscrito es muy deficiente y contiene muchos errores que las sucesivas ediciones han tratado de corregir, no siempre con buen sentido, llegando en ocasiones casi a desfigurar algunas partes del texto, en su afán por mejorarlo y adaptarlo al estilo de los diálogos de Cicerón, en quien sin lugar a dudas se inspira Minucio Félix. A comienzos del siglo XX se realizaron

diferentes ediciones más respetuosas con el texto original, fruto de un método textual más riguroso, entre las que sobresalen las tres ediciones de J.-P. Waltzing (1903, 1909 y 1912). Destacan asimismo las ediciones posteriores de B. Axelson (1944), M. Pellegrino (1947 y 1950), G. Quispel (1949), J. Beaujeu (1964) y B. Kytzler (1982), algunas de ellas dotadas de valiosas notas y explicaciones. Existen varias traducciones a las principales lenguas, las más importantes de las cuales, al igual que las ediciones más relevantes, se mencionan a continuación.

Desde su descubrimiento a mediados del siglo xvi, el *Octavio* ha sido editado en numerosas ocasiones, seis de ellas en el mismo siglo xvi, y muchas más a partir de entonces. Las traducciones son también abundantes y algunas de ellas muy antiguas. La primeras ediciones a las principales lenguas aparecieron en las siguientes fechas: 1617 (francés), 1682 (inglés), 1712 (flamenco), 1756 (italiano), 1792 (español), 1836 (alemán). Se señala a continuación, por orden cronológico, una selección de las principales ediciones, así como de las traducciones más recientes:

FAUSTUS SABEUS BRIXIANUS, *Arnobii Disputationum adversus gentes libri octo*, Roma, 1543. (Es la *editio princeps*. El *Octavio* aparece aquí, por error, como octavo libro de la obra de Arnobio).

S. GELENIUS, *Arnobii Disputationum adversus gentes libri octo*, Basilea, 1546 y 1560. (Incluido también como octavo libro de Arnobio).

FRANCISCUS BALDUINUS, *Minucii Felicis Octavius restitutus a Fr. Balduino*, Heidelberg, 1560. (Primera edición en la que se atribuye el diálogo a Minucio Félix; ediciones posteriores en 1588 y 1610).

F. URSINUS, *Minucii Felicis Octavius*, Roma, 1583.

N. RIGALTIIUS, *Minucii Felicis Octavius*, París, 1643.

J. GRONOVIIUS, *Minucii Felicis Octavius*, Leiden, 1709.

- J. G. LINDNER, *Minucii Felicis Octavius*, Langensalza, 1760.
- J.-P. MIGNE, *Marci Minucii Felicis Octavius*, en *Patrologia Latina*, t. III, Paris, 1844.
- C. HALM, *M. Minucii Felicis Octavius*, en *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum*, vol. II, Viena, 1867. (Es la primera edición crítica).
- H. BOENIG, *Minucii Felicis Octavius*, Leipzig, 1903.
- J.-P. WALTZING, *Minucii Felicis Octavius*, Louvain, <sup>1</sup>1903; Bruges, <sup>2</sup>1909 (con traducción francesa); Leipzig, <sup>3</sup>1912.
- W. A. BAEHRENS, *Minucii Felicis Octavius*, Leiden, 1912.
- G. RAUSCHEN, *Minucii Felicis Octavius*, en «Florilegium Patristicum», Bonn, 1913.
- A. MÜLLER, *Des Minucius Felix Dialog Octavius*, en «Bibliothek der Kirchenväter», Bd. II, Kempten/München, 1913. (Traducción al alemán con notas breves).
- A. VALMAGGI, *Minucii Felicis Octavius*, Torino, 1916.
- J. MARTIN, *M. Minucii Felicis Octavius*, en «Florilegium Patristicum», Bonn, 1930.
- A. DOUGLAS SIMPSON, *Minucii Felicis Octavius*, New York, 1938.
- B. AXELSON, *Textkritisches zu Florus, Minucius Felix und Arnobius*, Lund, 1944.
- M. PELLEGRINO, *Minucii Felicis Octavius*, Torino, <sup>1</sup>1947; <sup>2</sup>1955. (Traducción al italiano comentada); en «Corpus Scriptorum Latinorum Paravianum», Torino <sup>1</sup>1950; <sup>2</sup>1963. (Edición crítica).
- R. ARBESMANN: *Minucius Felix, Octavius*, en «The Fathers of the Church», vol. 10, Washington, <sup>1</sup>1950; <sup>2</sup>1962. (Traducción al inglés con breves notas).
- J. BEAUJEU: *Minucius Felix, Octavius*, en «Les Belles Lettres», Paris, 1964; <sup>2</sup>1974. (Edición crítica con un amplio comentario y traducción al francés).
- B. KYTZLER: *Minucius Felix, Octavius*, München, <sup>1</sup>1965; Stuttgart, <sup>2</sup>1977. (Traducción al alemán); en «Bibliotheca Teubneriana», Leipzig, 1982; <sup>2</sup>1992. (Edición crítica).

- E. PARATORE: Marcus Minucius Felix, *Ottavio*, Bari, 1971. (Traducción italiana).
- G. W. CLARKE, *The Octavius of Minucius Felix*, en «Ancient Christian Writers», vol. 39, New York/Ramsey, 1974. (Traducción al inglés con numerosas notas).

Hay dos traducciones españolas recientes:

- S. DE DOMINGO: Minucio Félix, *El Octavio*, Madrid, '1946; Sevilla, <sup>2</sup>1990. (Prólogo, traducción con notas breves).
- S. BODELÓN, *El discurso anticristiano de Cecilio en el Octavio de Minucio Félix*, «Memorias de Historia Antigua», XIII-XIV (1992-93), pp. 247-294; ID., *El discurso antipagano de Octavio en la obra de Minucio Félix*, «Memorias de Historia Antigua», XV-XVI (1994-95), pp. 51-142. (Traducción con numerosas notas).

Para la traducción se ha seguido el texto de la edición crítica de B. KYTZLER citada, aunque teniendo también en cuenta algunas sugerencias de la edición de BEAUJEU.

Minucio Félix

*OCTAVIO*

## PREÁMBULO

### ESCENIFICACIÓN DEL DIÁLOGO Y PRESENTACIÓN DE LOS PERSONAJES

#### 1. *Nostalgia del amigo muerto*

1. Mientras pensaba<sup>1</sup> y meditaba a solas en Octavio, mi buen y fidelísimo compañero, me invadió una dulzura y un afecto tan grandes, que más que evocar en el recuerdo aquellos tiempos ya transcurridos, me parecía que, en cierto modo, era yo mismo quien retornaba al pasado; 2. hasta tal punto la contemplación de su imagen se halla grabada en mi corazón y en mis sentimientos más profundos<sup>2</sup>, aunque los ojos no pueden ya gozar de ella. 3. Con razón, el varón docto y santo, al marcharse, nos ha dejado de él una inmensa nostalgia<sup>3</sup>, pues siempre ardía en un amor tan grande hacia nosotros, que, tanto en la diversión como en los asuntos serios, su voluntad coincidía con la mía en querer y rechazar las mismas cosas<sup>4</sup>; puedes creer que es como si una sola alma se hubiera dividido en dos<sup>5</sup>. 4. El era mi único

1. *Cogitanti mihi*: con estas mismas palabras comienza CICERÓN su diálogo *De or.*, 1, 1, 1.

2. Cf. CICERÓN, *Ad Att.*, 5, 10, 3.

3. Cf. ID., *Brut.*, 1, 2.

4. Cf. SALUSTIO, *De coniur. Cat.*, 20, 4.

5. Cf. CICERÓN, *De amic.*, 25, 92. La idea expresa un lugar común del que se hacen eco muchos autores.

confidente en los amores, el compañero en los errores<sup>6</sup> y, cuando, disipada la oscuridad, logré ascender de lo más profundo de las tinieblas a la luz de la sabiduría y de la verdad, no me rechazó como compañero, sino, lo que es aún más glorioso, fue por delante. 5. Por eso, cuando mi pensamiento recordaba la época en que convivimos e intimamos, mi atención se detuvo sobre todo en aquella conversación en la que, en un profundísimo debate, convirtió a la religión verdadera a Cecilio, adherido todavía a las vanidades supersticiosas.

## 2. *Visita de Octavio y excursión a Ostia*

1. Había acudido a Roma por diversos asuntos y también para visitarme, dejando en su casa a su mujer y a sus hijos, que –cosa particularmente agradable en los hijos– se hallaban todavía en la edad de la inocencia y trataban de pronunciar medias palabras, con esa lengua aún balbuceante que hace más dulce incluso su modo de hablar<sup>7</sup>. 2. No puedo expresar con palabras la alegría desbordante que me produjo su llegada, acrecentada por la inesperada presencia de un amigo tan querido.

3. Así, cuando después de dos días el trato frecuente había colmado ya la avidez del deseo y nos habíamos ido contando lo que, debido a la ausencia mutua, ignorábamos el uno del otro, nos apeteció dirigirnos a Ostia, una ciudad muy agradable, para que encontrara mi cuerpo en los baños marinos un tratamiento suave y apropiado para secar sus humores; además, las fiestas de la vendimia habían hecho disminuir la actividad forense. En esta estación del año, des-

6. Cf. *Id.*, *Ad Att.*, 1, 18, 1. V, 230.

7. Cf. LUCRECIO, *De rer. nat.*,

pués del verano, el otoño ofrecía una temperatura moderada. 4. Cuando al amanecer nos dirigíamos hacia el mar para pasear por la playa<sup>8</sup>, a fin de que la brisa estimulara suavemente los miembros y sentir con gran placer cómo la arena se hundía cediendo a la blanda huella de nuestros pies, Cecilio, al ver una estatua de Serapis<sup>9</sup>, se llevó la mano a la boca y depositó un beso con los labios, como suele hacer la gente supersticiosa.

### 3. *Crítica a la superstición de Cecilio*

1. Entonces dijo Octavio: «No es conforme a un hombre de bien, mi querido Marco<sup>10</sup>, dejar en una ceguera propia de una vulgar ignorancia a un hombre que, en tu casa y fuera de ella, está a tu lado, cuando en un día tan luminoso consientes que tropiece contra las piedras, aunque tengan forma de estatua y estén ungidas y coronadas, sabiendo que la infamia de este error recae no menos sobre ti que sobre él mismo».

2. Mientras así hablaba, habíamos atravesado ya la ciudad y llegado a la playa. 3. Allí las suaves olas inundaban la arena del borde allanándola como en un paseo; el mar, incluso cuando cesan los vientos, siempre está inquieto, y llegaba hasta la tierra, no con olas blancas y rebosantes de

8. Cf. AULO GELIO, *Noctes Atticae*, 18, 1, 1-3. El debate que relata Aulo Gelio entre un filósofo estoico y otro aristotélico, moderado por el escéptico Favorino, está ambientado también en la playa de Ostia y se desarrolla al atardecer.

9. Divinidad egipcia, cuyo

culto se extendió por el mundo helenístico y llegó a Roma, donde se introdujo a mediados del siglo II. Después de haberse prohibido durante algún tiempo, Caracalla volvió a autorizarlo a principios del siglo III y le consagró un templo: cf. infra 22,1.

10. Marcus Minucius Felix.

espuma, sino rizadas y sinuosas, con rodeos que nos deleitaban en grado sumo, cuando mojábamos los pies al borde mismo del agua, cuyo vaivén unas veces se aproximaba a nuestros pies y otras, como en un juego, retrocediendo y volviendo hacia atrás, se absorbía de nuevo en sí mismo.

4. Así avanzábamos pausada y tranquilamente recorriendo la orilla levemente curvada de la playa y entreteniéndolo el camino con la conversación en la que Octavio nos relataba su travesía marítima. 5. Después de recorrer un buen trecho mientras hablábamos, dimos la vuelta y seguimos el mismo camino en sentido inverso y, al llegar al lugar hasta el que habían sido arrastradas algunas pequeñas embarcaciones que descansaban sobre unos armazones de roble para evitar que se pudrieran al contacto con la tierra, vimos a unos niños que con gran regocijo jugaban a lanzar piedras al mar. 6. Este juego consiste en coger de la orilla una piedra redondeada, pulida por el batir de las olas, y manteniéndola horizontalmente entre los dedos y agachándose, hacerla rodar lo más posible sobre el agua de modo que el proyectil, o bien roza la superficie del mar y nada deslizándose con un leve impulso, o bien salta y emerge sobre la cresta de las olas, elevándose mediante brincos repetidos. Se consideraba vencedor aquél de los niños cuya piedra llegara más lejos y diera mayor número de saltos.

#### 4. *Cecilio propone un debate sobre la religión*

1. Todos nos hallábamos cautivados por el placer de ese espectáculo; Cecilio, en cambio, no mostraba interés ni le hacía sonreír la competición, sino que callado e inquieto, se mantenía separado de nosotros, reflejando su rostro no sé qué dolor. 2. Le dije: «¿Qué sucede? Echo en falta, Cecilio, esa vivacidad tuya y esa alegría característica de tus ojos, incluso en los asuntos serios». 3. Me respondió: «Ya desde

hace un rato me angustian y desasosiegan enormemente las palabras de nuestro amigo Octavio con las que, dirigiéndose a ti, reprochó tu negligencia, para, de modo indirecto, acusarme así más gravemente de ignorancia<sup>11</sup>. 4. Iré aún más lejos: se trata exclusivamente de un asunto entre Octavio y yo. Si estáis de acuerdo en que yo, un hombre que no pertenece a la misma secta<sup>12</sup>, dispute con él, comprenderá perfectamente que es más fácil disputar entre compañeros que librar un combate erudito. 5. Sentémonos ahora en estos muros de piedra contruidos para proteger el baño y que se adentran en el mar, de manera que podamos descansar del camino y discutir con mayor atención».

6. Dicho esto, nos sentamos, quedando yo en medio, no por cuestión de deferencia, rango u honor, ya que la amistad siempre acepta la igualdad o la establece, sino para que, como árbitro, pudiera escuchar de cerca a ambos y quedara situado entre los dos contendientes.

11. Cf. supra 3,1.

12. En el sentido de grupo re-

ligioso, confesión o creencia determinada.

## PRIMERA PARTE

### INTERVENCIÓN DEL PAGANO CECILIO. DEFENSA DEL PAGANISMO Y ATAQUE A LA RELIGIÓN CRISTIANA

#### *5. El azar como única explicación de lo real*

1. Entonces comenzó así Cecilio: «Aunque a ti, mi querido Marco, no te ofrece duda alguna lo que vamos a tratar, puesto que, habiendo tenido honda experiencia de ambos modos de vida, rechazas uno y apruebas el otro, has de comportarte en la circunstancia presente de manera que mantengas equilibrada la balanza, como juez imparcial, sin inclinarla hacia uno u otro lado, para que no parezca que la sentencia final es más fruto de tus opiniones que de nuestra discusión.

2. Por tanto, si ante mí te sientas a juzgar como si fueras alguien ajeno y desconocedor de una y otra parte, mostraré sin dificultad que en las cosas humanas todo es dudoso, incierto, indeciso y más verosímil que verdadero; 3. y, lo que es más admirable, que algunos, hastiados de la investigación de la verdad, ceden temerariamente a cualquier opinión en vez de perseverar con tenaz solicitud en su examen. 4. Por eso, a todos indigna y aflige que algunos, carentes además de estudios y de cultura y desconocedores incluso de los oficios más viles, se atrevan a decretar alguna certeza en los asuntos más importantes y sublimes, acerca de los que la filosofía misma, por medio de una gran variedad de

sectas<sup>13</sup>, delibera desde hace tantos siglos hasta el día de hoy.

5. Y es justo que así sea, pues la mediocridad humana está tan alejada de poder investigar lo divino, que no le es dado conocer, ni se le permite escrutar, ni se considera religioso hacer conjeturas acerca de los cuerpos suspendidos por encima de nosotros en los cielos, ni de los que se hallan sumergidos en las profundidades de la tierra, y con razón podríamos estimarnos bastante felices y prudentes si, siguiendo el antiguo oráculo de un sabio, nos conociéramos íntimamente a nosotros mismos<sup>14</sup>. 6. Pero, puesto que, indulgentes con nuestro esfuerzo insensato y necio, nos aventuramos más allá de los límites de nuestra baja condición y, arrojados a la tierra, nos elevamos con audaz anhelo por encima del cielo y de los mismos astros, tratemos al menos de no envolver nuestro error con vanas y espantosas opiniones.

7. Si resultara que, al principio, las semillas de todas las cosas se han condensado por la unión de la naturaleza consigo misma, ¿por qué decir que un dios es el autor? Si los elementos del entero universo se hubieran desarrollado, ordenado y formado mediante encuentros fortuitos<sup>15</sup>, ¿quién es entonces el dios constructor<sup>16</sup>? Si admitimos que el fuego ha encendido los astros, que la bóveda celeste ha quedado suspendida en virtud de su propio principio, la tierra asentada por su propio peso y el mar se ha formado a partir del líquido elemento, ¿de dónde procede esta religión, este temor, que es superstición?

8. Así como el hombre y todo animal que nace, respira y crece es una agregación espontánea de elementos, en los que, a su vez, el hombre y todo animal se divide, se disuelve

13. En el sentido de escuelas, corrientes, movimientos filosóficos.

14. La inscripción «conócete a ti mismo» se hallaba grabada en el frontón del templo dedicado a

Apolo en Delfos.

15. Cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, III, 14, 30.

16. *machinator*: constructor, artífice, arquitecto.

y se destruye, de modo semejante todas las cosas retornan a su fuente y vuelven a sí mismas, sin intervención de artífice, juez ni autor alguno. 9. De este modo, por la acumulación de partículas ígneas resplandecen de continuo nuevos soles, por los vapores que proceden de la tierra se desarrollan sin cesar nieblas, de cuya condensación y agrupamiento surgen nubes más altas; cuando éstas se deslizan, fluyen las lluvias, soplan los vientos, bate el granizo o, cuando colisionan, retumban los truenos, brillan los relámpagos, resplandecen los rayos; caen por todas partes, irrumpen en las montañas, se precipitan sobre los árboles; llegan indistintamente a lugares sagrados y profanos, golpean a hombres culpables y con frecuencia también a los piadosos. 10. ¿Qué decir de las cambiantes e inciertas tempestades, que, sin orden ni concierto, lo arrasan todo con su violencia; de los naufragios, en los que se mezclan los destinos de buenos y malos y se confunden sus méritos; de los incendios, donde perecen conjuntamente inocentes y culpables? Y cuando una región del cielo queda infectada por la peste, ¿acaso no perecen todos, sin discriminación? Y cuando se desata el ardor de la guerra, ¿no son más bien los mejores los que caen? 11. También en la paz no sólo el vicio se equipara a las virtudes, sino que incluso se cultiva, hasta tal punto que en muchos no sabes si hay que detestar su depravación o envidiar su felicidad. 12. Si el mundo estuviera gobernado por la providencia divina y por la autoridad de algún numen<sup>17</sup>, nunca habrían merecido Fálaris<sup>18</sup> y Dionisio<sup>19</sup> un reino, Rutilio<sup>20</sup> y

17. Divinidad, naturaleza divina.

18. Tirano de Agrigento, de mediados del siglo vi a. C., que hacía quemar a sus víctimas en el interior de un toro de bronce.

19. Dionisio el Anciano, tira-

no de Siracusa, en el siglo iv a. C., célebre también por su crueldad.

20. Publio Rutilio Rufo, cónsul en tiempo de Sila, se exilió el año 92 a. C. por estar en desacuerdo con éste. Cicerón lo cita en *De natura deorum* (III, 32, 80)

Camilo<sup>21</sup> el destierro, Sócrates<sup>22</sup> el veneno. 13. Mira, los árboles están ya repletos de fruta, la mies ya está dorada, a la uva ya henchida la pudre la lluvia y la destroza el granizo<sup>23</sup>. En consecuencia, o la verdad, que nos resulta incierta, se oculta y disimula, o, lo que es más digno de crédito, la fortuna es la que reina, libre de toda ley, por medio de sus azares mudables e inseguros.

## 6. Elogio de la tradición religiosa romana

1. Ya se trate de la fortuna cierta, ya de la naturaleza incierta, cuánto más respetable y mejor es que los maestros de la verdad acepten la enseñanza de los antepasados, que cultiven las religiones tradicionales, que adoren a esos dioses a los que de tus padres antes has aprendido a temer que a conocer íntimamente, que no opinen acerca de la divinidad, sino que se fíen de los antepasados, quienes, viviendo en una época inculta, en el nacimiento mismo del mundo, merecieron tener a los dioses favorables o tomarlos por reyes. Esta es la razón de que en todos los imperios, provincias y ciudades vemos que cada pueblo tiene los ritos sagrados propios de su nación y da culto a los dioses locales, como los eleusinos a Ceres<sup>24</sup>, los frigios a la Madre<sup>25</sup>, los

como tío de Cotta, uno de los personajes del diálogo.

21. Publio Furio Camilo, militar y político, célebre por su victoria en Veyes, padeció el destierro y murió el año 365 a. C.

22. La escena de la muerte de Sócrates es relatada por PLATÓN, *Fedón*, 116 c-118c.

23. Cf. CICERÓN, *De nat.*

*deor.*, II, 66, 167.

24. En honor de la diosa Ceres o Deméter, diosa de las mieses, se celebraban cada cuatro años los misterios eleusinos, en Eleusis, ciudad del Atica. Los ritos eran famosos por su carácter secreto y estaban reservados sólo a los iniciados.

25. La diosa Cibeles (la griega Rea), esposa de Saturno.

epidaurios a Esculapio<sup>26</sup>, los caldeos a Belo<sup>27</sup>, los sirios a Astarté<sup>28</sup>, los de Táuride a Diana<sup>29</sup>, los galos a Mercurio<sup>30</sup>, y los romanos a todos ellos<sup>31</sup>.

2. Así, su poder y autoridad ha llenado el orbe entero, y su imperio se ha extendido más allá de los caminos del sol y de los confines del océano, ya que en el combate no han dejado de practicar la piedad, fortaleciendo la ciudad con sus cultos, con la castidad de sus vírgines, con los muchos honores y títulos de sus sacerdotes; como cuando, sitiados y asediados por el enemigo, con excepción del Capitolio, tras rendir culto a los dioses, lo que cualquier otro hubiera evitado por considerarlos enojados, sin otras armas que la práctica de su religión, atravesaron las filas de los galos, sorprendidos de la audacia de su piedad<sup>32</sup>; o cuando, en la conquista de las murallas enemigas, apenas lograda la victoria, veneran a las divinidades vencidas, pues en todas partes buscan a los dioses extranjeros y los hacen suyos, de-

26. Esculapio o Asclepio, hijo de Apolo y de Cornis, era dios de la medicina. En Epidauro se hallaba el santuario más célebre consagrado a él.

27. Belo o Baal, que significa «señor», fue rey de Babilonia y a su muerte se le veneró como un dios. A veces se le confundió con Zeus o Saturno.

28. Divinidad siria, diosa del amor y de la belleza, equivalente a Venus o Afrodita. Es citada por CÍCERÓN, *De nat. deor.*, III, 23, 59.

29. Diosa de la caza, equivalente a la Artemisa griega, a la que los tauros, habitantes de la península de Crimea, al norte del Mar Negro, daban culto y le sacrificaban a los extranjeros que llegaban hasta allí.

30. Mercurio (el Hermes griego), dios del comercio, era el dios más representativo de la Galia romana.

31. Una característica de la religiosidad romana, aquí mencionada, era su tendencia a incorporar las divinidades de los diferentes pueblos conquistados y a darles culto: cf. *infra*, 6,2 y 7,2.

32. Se refiere al asedio del Capitolio por los galos, en el año 390 a. C., después de saquear Roma; el hecho es relatado, entre otros, por TITO LIVIO, *Ab urbe cond.*, V, 46, 1-3.

dicando altares incluso a los dioses desconocidos y a los Manes<sup>33</sup>. 3. De este modo, al aceptar los cultos de todos los pueblos, se hicieron merecedores también de sus reinos. Desde entonces se ha mantenido siempre en alto grado el respeto, que no sólo no disminuye con el tiempo, sino que aumenta, como quiera que los años suelen conceder a las ceremonias y a los templos tanta santidad cuanto vejez les añaden.

### *7. Pruebas del poder de las divinidades romanas*

1. No por casualidad nuestros antepasados –que me sea permitido entretanto hacer un concesión y equivocarme así más fácilmente– han puesto gran cuidado en la observación de los augurios, en la consulta de las vísceras, en el establecimiento de los cultos o en la dedicación de los templos. 2. Mira lo que has leído en los libros: descubrirás que nuestros antepasados, al introducir los ritos de todas las religiones, lo hicieron bien para agradecer la complacencia divina, bien para alejar su cólera inminente o para aplacarla, si ya se había desatado y desencadenado. 3. La Madre de Ida<sup>34</sup> es testigo, la cual probó con su llegada la castidad de una matrona y liberó a la ciudad del miedo al enemigo; testigos son las estatuas erigidas junto al lago en honor de los dos hermanos a caballo, que los representan tal como se aparecieron, cuando, con los caballos jadeantes que echaban espuma y vaho, anunciaron la victoria sobre Perseo el día mismo en que la habían obtenido<sup>35</sup>; testigo es la repetición, como

33. Espíritus de los muertos, a los que se daba culto.

34. Madre de Ida: Cibele, llamada Madre de los dioses o

Gran Madre (*Magna Mater*), a la que se daba culto en el monte Ida.

35. Se refiere a la leyenda de la aparición a caballo de los dos

consecuencia del sueño de un hombre de la plebe, de los juegos en honor de un Júpiter ofendido<sup>36</sup>; testigo es también el sacrificio que hicieron los Decios<sup>37</sup>; testigo es Curcio, quien, con la mole del jinete y con las ofrendas que se le hicieron, llenó el profundo abismo que se había abierto<sup>38</sup>.

4. Los desprecios de los auspicios han atestiguado, con mayor frecuencia de lo que quisiéramos, la presencia de los dioses. Así, Alia es un nombre infausto<sup>39</sup>, Claudio y Juno no recuerdan el combate contra los cartagineses, sino un

hermanos gemelos Cástor y Pólux, llamados los Dióscuros o Castores –personajes legendarios–, junto a la fuente Iuturna en Roma, el día mismo en el que el ejército romano derrotó a Perseo, rey de Macedonia, en la batalla de Pidna (168 a. C.). CICERÓN (*De nat. deor.*, II, 2, 6; III, 4-5, 11-13), entre otros autores, recoge la leyenda, de donde pudo haberla tomado Minucio Félix. Un hecho semejante se relata también a propósito de la batalla del lago Regilo (499 a. C.), donde se han encontrado fragmentos de una estatua a los Dióscuros. Esta batalla es mencionada por TITO LIVIO, *Ab urbe cond.*, II, 19-20.

36. El año 491 a. C. se repitieron los juegos por la insistencia del plebeyo Titus Latinus, quien alegaba un sueño que había tenido. El episodio es narrado, entre otros, por CICERÓN (*De divin.*, I, 26, 55) y TITO LIVIO (*Ab urbe cond.*, II, 36).

37. Tres miembros de tres su-

cesivas generaciones de la familia de los Decios se lanzaron a la batalla contra el enemigo, ofreciendo su vida a los dioses a cambio de la victoria. Publius Decius Mus murió en la batalla en el año 340, su hijo en 295 y su nieto en 275: cf. CICERÓN, *De divin.*, I, 24, 51 y *De nat. deor.*, III, 6, 15; TITO LIVIO, *Ab urbe cond.*, VIII, 9 y X, 28.

38. El año 362 se abrió una profunda brecha en medio del Foro romano y el oráculo anunció que alguien debía sacrificarse a sí mismo para llenarlo. Eso hizo Marcus Curtius, precipitándose junto con su caballo. Según recoge Tito Livio, la multitud arrojó gran número de ofrendas y así se llenó la brecha: cf. TITO LIVIO, *Ab urbe cond.*, VII, 6, 1-6 y VALERIO MÁXIMO, *Facta et dicta mem.*, V, 6, 2.

39. Cf. VIRGILIO, *Aen.*, VII, 717. El año 390 a. C. los romanos fueron vencidos por los galos junto al río Alia, afluente del Tíber.

naufragio funesto, Flaminio despreció los augurios para que el lago Trasimeno fuera mayor y se tiñera de la sangre de los romanos<sup>40</sup>, y Craso, para que rescatáramos nuestros estandartes de los Partos, se hizo merecedor de los malos presagios y se burló de ellos<sup>41</sup>. 5. Omito numerosos hechos del pasado y dejo de lado las composiciones de los poetas acerca de las genealogías de los dioses y de sus dones y regalos; paso también por alto los vaticinios y oráculos acerca del destino, para que la antigüedad no os parezca demasiado fabulosa. Dirige tu mirada a los templos y santuarios de los dioses que protegen y embellecen la ciudad de Roma: son más venerables por las divinidades que en ellos habitan, residen y están presentes, que suntuosos por el culto, el ornato y las ofrendas. 6. Además, ahí es donde los adivinos, saciados y poseídos por el dios, se adelantan al futuro, preparan contra los peligros, proporcionan remedio en las enfermedades, esperanza a los afligidos, ayuda a los necesitados, consuelo en las calamidades, alivio en las fatigas. Es en el sueño cuando vemos, oímos, reconocemos a los dioses a los que durante el día negamos, rechazamos y ofendemos con perjurio.

## 8. *Ataque a los cristianos, acusados de conspiradores*

1. Así, pues, hay un firme consenso entre todos los pueblos acerca de los dioses inmortales, aunque su naturaleza y

40. Cf. CICERÓN, *De divin.*, II, 8-9, 20-22 y *De nat. deor.*, II, 3, 7. Claudio y Juno eran cónsules el año 249 a. C., durante la primera guerra púnica. La batalla junto al lago Trasimeno, en la que el cartaginés Aníbal derrotó al ejército ro-

mano mandado por Flaminio, tuvo lugar el año 217 a. C.

41. Craso fue derrotado por los Partos el año 53 a. C. Los estandartes fueron recuperados por los romanos el año 20 a. C., hecho al que parece referirse Cecilio.

origen sean inciertos<sup>42</sup>. Por eso no soporto que nadie, engreído y lleno de audacia y de no sé qué irreligiosa sabiduría, trate de destruir o debilitar una religión tan antigua, tan útil y tan saludable como ésta. 2. Tanto Teodoro de Cirene<sup>43</sup>, como, antes de él, Diágoras de Melos<sup>44</sup>, al que la antigüedad le puso el sobrenombre de ateo, los dos negaron la existencia de los dioses y con ello suprimieron completamente todo respeto y todo temor, con cuya ayuda se gobierna el género humano: y, sin embargo, nunca gozarán de renombre y autoridad con la doctrina impía de su falsa filosofía.

3. Si los atenienses expulsaron a Protágoras de Abdera<sup>45</sup> y quemaron públicamente sus escritos, siendo así que se dedicaba a disertar acerca de la divinidad más por medio de argumentos que de modo sacrílego, ¿cómo no vamos a deplorar que haya hombres —me permitiréis que dé libre curso a mi impetuosidad en la defensa de esta causa—, hombres, decía, pertenecientes a un grupo lamentable, ilícito y desesperado<sup>46</sup> que atacan a los dioses? 4. Eligen entre la escoria más profunda a los más ignorantes<sup>47</sup> y a las mujeres crédulas que se dejan arrastrar por la misma fragilidad de su sexo y forman así una multitud dispuesta a la conjuración sacrílega, que por

42. Cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 17, 44; II, 2, 5.

43. Filósofo de la escuela cirenaica que vivió en los siglos V-IV a. C. y que, debido a su ateísmo, fue expulsado primero de Cirene y luego de Atenas, ciudad en la que se había refugiado.

44. Poeta contemporáneo de Sócrates (s. V a. C.), fue condenado a muerte en Atenas por haberse burlado de los misterios de Eleusis, pero logró escapar.

45. Célebre sofista, nació

hacia el año 485 y murió hacia el 415 a. C. Acusado de ateísmo, fue expulsado de Atenas. La quema de sus libros es mencionada por DIÓGENES LAERCIO, *Vitae philos.*, IX, 52. Es citado, junto con Teodoro de Cirene y Diágoras de Melos, por CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 1, 2; I, 23, 63; I, 42, 117, etc.

46. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 38, 1 y 50, 4.

47. Cf. CELSO, *Discurso verdadero*, citado por ORÍGENES, *Contra Celso*, I, 27; III, 44; VI, 12.

medio de reuniones nocturnas<sup>48</sup>, de ayunos frecuentes y de alimentos indignos del ser humano, sellan una alianza no mediante una ceremonia sagrada, sino sacrílega; gente que busca el secreto y huye de la luz, muda en público y charlatana en los rincones; desprecian los templos como si fueran tumbas<sup>49</sup>, escupen sobre los dioses, se ríen de las ceremonias sagradas, siendo dignos de compasión (si es lícito tenerla), se compadecen de los sacerdotes, desprecian los honores y dignidades<sup>50</sup>, ellos, que están medio desnudos. 5. ¡Qué admirable necedad y audacia más increíble! Desdeñan los tormentos de la vida presente, mientras temen inciertos suplicios futuros y, temiendo morir después de la muerte, no temen entretanto morir: hasta tal punto la esperanza falaz burla su pavor y les engatusa con el consuelo de una nueva vida<sup>51</sup>.

## 9. *Carácter abominable de los ritos y costumbres cristianas*

1. Y en la actualidad, a medida que las costumbres depravadas se difunden de día en día, los ritos<sup>52</sup> repugnantes de esta turba impía se extienden por todo el orbe, como la

48. Plinio el Joven, gobernador de Bitinia, en las cartas que escribe al emperador Trajano a comienzos del siglo II, confirma que los cristianos se reunían antes de salir el sol: cfr. PLINIO EL JOVEN, *Epist.*, x, 96 (97), 7.

49. Cf. TERTULIANO, *De spect.*, 13, 4; CELSO, citado por ORÍGENES, *Contra Celso*, VII, 62.

50. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 38, 3.

51. Entre los paganos era frecuente el reproche a los cristianos

por su desprecio de la muerte: cf. MARCO AURELIO, *Med.*, XI, 3; CELSO, citado por ORÍGENES, *Contra Celso*, II, 45 y VIII, 49; EPICETO, *Diss.*, IV, 7, 6. Los cristianos, por su parte, explicaron y defendieron su actitud: cf. TERTULIANO, *Apol.*, 50, 10; S. JUSTINO, *Apol.* II, 3 (4); etc.

52. *sacraria*: podría también traducirse como «lugares de culto», que en este caso no serían iglesias o templos, sino casas privadas en las que se organizaban las ceremonias.

mala hierba que crece más rápidamente. Se trata de una conspiración que hay que sacar completamente a la luz y condenar. 2. Se conocen entre sí mediante marcas<sup>53</sup> y signos<sup>54</sup> secretos y se profesan amor mutuo casi antes de conocerse; por todas partes se difunde entre ellos una especie de religión libidinosa, y hasta se llaman indistintamente hermanos y hermanas, convirtiendo así en incesto el frecuente adulterio, mediante el recurso a un nombre sagrado<sup>55</sup>. Hasta tal punto se vanagloria de sus crímenes su vana y loca superstición.

3. Si no hubiera un fondo de verdad, no circularía acerca de ellos un rumor<sup>56</sup> tan grande, variado y, con perdón, sagaz. He oído que adoran, ignoro por qué necia convicción, la cabeza del más torpe de los animales domésticos, el asno<sup>57</sup>: ahí se ve la dignidad de una religión capaz de tales costumbres y nacida de ellas. 4. Otros cuentan que rinden culto a los genitales de su jefe religioso y de su sacerdote, como si de ese modo adoraran el sexo de su propio padre<sup>58</sup>: no sé si será una falsedad, pero, en todo caso, se trata de

53. Es probable que Cecilio se refiera aquí, erróneamente, a la circuncisión: cf. TERTULIANO, *Apol.*, 21, 2. Véase más abajo la réplica de Octavio (cf. infra 31,8).

54. Seguramente alude al signo de la cruz y a otros saludos y gestos rituales, habituales entre los cristianos, así como a los símbolos tradicionales usados desde los primeros tiempos.

55. Son numerosos los autores cristianos que recogen estas calumnias y las refutan: cf. S. JUSTINO, *Apol.* 1, 26, 7; *Apol.* 11, 12, 5-7; *Dial.*, 10, 1; TACIANO, *Orat.*, 25; ATENÁGORAS, *Legatio*, 3; TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad*

*Autol.*, III, 4; TERTULIANO, *Apol.*, 8.

56. Sobre la proliferación del rumor como instrumento para calumniar a los cristianos cf. TERTULIANO, *Ad nat.*, I, 7; ID., *Apol.*, 7.

57. Cf. TERTULIANO, *Ad nat.*, I, 11; ID., *Apol.*, 16, 1-5. Ya TACITO (*Hist.*, 5, 3) había dirigido esa acusación contra los judíos, como explica Tertuliano en el lugar citado del *Apologético*.

58. No hay otros testimonios de esta calumnia contra los cristianos. Se piensa que pudo haberse inspirado en actos semejantes practicados por religiones de tipo sincretista.

una sospecha que casa muy bien con las ceremonias secretas y nocturnas. Hay quien habla de que veneran en sus ceremonias a un hombre castigado al mayor suplicio por su delito y la madera funesta de una cruz<sup>59</sup>, y les atribuye altares apropiados a depravados y criminales, de modo que les hace así venerar lo que merecen.

5. Por lo que respecta a la iniciación de los principiantes, las habladurías son tan detestables como conocidas. Delante de quien va a iniciarse en los ritos sagrados se pone a un niño cubierto de harina, para engañar a los más incautos. El niño muere como consecuencia de las heridas invisibles y encubiertas producidas por el principiante, incitado por la capa de harina a asestar golpes que cree inofensivos. Luego, oh impiedad, lamen con avidez la sangre de este niño y se reparten sus miembros; con esta víctima sellan una alianza y con la conciencia de este crimen se comprometen a guardar mutuo silencio. Esos ritos sagrados son más abominables que todos los sacrilegios<sup>60</sup>.

6. También es conocido lo concerniente a su banquete<sup>61</sup>, pues todo el mundo habla de ello por doquier; así lo atestigua el discurso de nuestro conciudadano de Cirta<sup>62</sup>. En un día señalado se reúnen para el banquete personas de todos

59. Es la única referencia que Cecilio hace a Cristo, que será respondida, en un texto muy discutido, por Octavio: cf. *infra* 29,2 y nota 311.

60. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 8, 2. La referencia que hace aquí Tertuliano es mucho más breve y menos descriptiva que la de Minucio Félix.

61. Se refiere a la eucaristía. Entre otros testimonios que confirman que efectivamente eran

muy conocidas esas reuniones, se encuentra el de PLINIO EL JOVEN, *Epist.*, x, 96 (97), 7.

62. Marco Cornelio Frontón, famoso orador que nació en la ciudad de Cirta hacia el año 100: cf. *infra* 31,2. Véanse las notas 5 y 55 de la Introducción. De este texto del *Octavio*, que por otra parte es el único testimonio, se deduce que Frontón pronunció un discurso contra los cristianos.

los sexos y edades con todos sus hijos, hermanas y madres. Allí, después de un copioso festín, cuando el ambiente del banquete se ha caldeado y la embriaguez ha inflamado el ardor de la pasión incestuosa, incitan a un perro, que ha sido atado a un candelabro, a realizar saltos y brincos, echándole una pizca de carne más allá del perímetro de la cuerda con la que está atado<sup>63</sup>. 7. Derribada y extinguida así la luz que sirve de testigo, se entregan, protegidos por las tinieblas impuras, a las sollicitaciones de una pasión repugnante por medio de la incertidumbre del azar, de manera que aunque no todos sean de hecho incestuosos, son sin embargo igualmente cómplices del incesto, pues cualquier cosa que cada uno de ellos pueda realizar responde al deseo de todos<sup>64</sup>.

#### 10. *Secretismo de la religión cristiana e impotencia de su Dios*

1. Dejo de lado a propósito muchas cosas, pues éstas son ya demasiadas y la oscuridad misma de su depravada religión pone de manifiesto la verdad de todas o de la mayor parte de ellas. 2. En efecto, ¿por qué se afanan tanto en ocultar y esconder todo lo que veneran, siendo así que lo que es honesto se complace siempre en la publicidad, mientras que los crímenes se mantienen en secreto? ¿Por qué no tienen altares, ni templos<sup>65</sup>, ni estatuas conocidas, por qué nunca hablan en público ni se reúnen a la vista de todos, si no es porque lo que veneran y ocultan es algo criminal y vergonzoso?

63. De manera menos detallada, esta calumnia es recogida también por TERTULIANO, *Apol.*, 8, 7; *Id.*, *Ad nat.*, 1, 7.

64. Cf. *Id.*, *Apol.*, 7, 1 y 8, 3; *Id.*, *Ad nat.*, 1, 7; S. JUSTINO, *Apol.*

1, 26, 7 y *Dial.*, 10, 1.

65. Cf. CELSO, citado por ORIGENES, *Contra Celso*, VII, 62 y VIII, 17-20; ATENÁGORAS, *Legatio*, 13; TERTULIANO, *De spect.*, 13, 4. Cf. *infra* 32,1.

3. ¿De dónde procede, quién es y dónde habita ese dios único, solitario, abandonado, al que ni los pueblos libres, ni los reinos, ni siquiera la superstición<sup>66</sup> romana han conocido? 4. Sólo el miserable pueblo judío ha honrado a un dios único, pero públicamente, con templos, altares, víctimas y ceremonias; aunque, por otra parte, no tiene fuerza ni poder alguno, siendo como es prisionero de los romanos junto con su pueblo<sup>67</sup>.

5. Por añadidura, ¡cuántas monstruosidades y portentos inventan los cristianos! A ese dios suyo, al que no pueden mostrar ni ver, tratan diligentemente de descubrirlo en las costumbres de todos, en los actos de todos, en las palabras y hasta en los pensamientos más ocultos, como si acudiera a todos lados y estuviera presente en todas partes; se lo imaginan molesto, inquieto, indiscreto hasta la desvergüenza, si es cierto que está presente en todos los actos y merodea por todas partes, aunque ni puede atender a cada uno, ya que está atareado con todos, ni puede llegar a todos, pues está ocupado con cada uno<sup>68</sup>.

## 11. *Creencia cristiana en el fin del mundo y en la resurrección*

1. ¿Y qué más decir? ¿No amenazan acaso con un incendio<sup>69</sup> a todo el orbe y al mismo firmamento con sus as-

66. *Superstitio* tiene aquí un matiz peyorativo, aunque podría ser traducido también por «religión».

67. Los judíos fueron vencidos el año 70 por Tito, quien destruyó el templo de Jerusalén. Más tarde, el año 135, fue aplastada

cruelmente una sublevación judía. Véase la réplica de Octavio infra 33,2-5.

68. Cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 20, 52-54 y III, 39, 93; SENECA, *Epist.*, 95, 50. Cf. infra 18,3.

69. Cf. Ap 18, 8-9; 2 P 3, 7 y 10.

tros y anuncian su ruina, como si fuera a desbaratarse el orden eterno establecido según las leyes divinas de la naturaleza o, resquebrajado el vínculo entre todos los elementos y dividida la estructura celeste, se derrumbara la mole que nos contiene y envuelve? 2. No contentos con esta creencia delirante, inventan y añaden fábulas más propias de ancianas<sup>70</sup>: cuentan que tras la muerte, el polvo y las cenizas, ellos renacen y con no sé que osadía creen mutuamente en sus propias mentiras; se diría que ya han resucitado<sup>71</sup>. 3. Es doble locura y reduplicada maldad anunciar la destrucción del cielo y de los astros, que dejamos tal como los encontramos, y prometerse en cambio a sí mismos, una vez muertos y desaparecidos, la eternidad, cuando es propio de nuestra condición que, así como nacemos, perecemos<sup>72</sup>.

4. De ahí que maldigan las piras fúnebres y condenen la incineración<sup>73</sup>, como si todo cuerpo, por mucho que se libre

70. Cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, III, 5, 12.

71. La resurrección de la carne era una de las doctrinas cristianas que, por su novedad, más resistencia encontraron entre los paganos, como lo muestra el conocido pasaje de S. PABLO en el Areópoago ateniense: *Al oír la resurrección de los muertos, unos se burlaron y otros dijeron: «sobre esto ya te oiremos otra vez». Así salió Pablo de en medio de ellos* (Hch 17, 32-33). Son numerosas las obras dedicadas a este tema por los primeros autores cristianos: ATENÁGORAS, *Sobre la resurrección de los muertos*; TERTULIANO, *Sobre la resurrección de la carne*; se conservan algunos fragmentos de una

obra de S. JUSTINO que lleva por título *Sobre la resurrección*; también Clemente de Alejandría escribió un tratado *Sobre la resurrección*, que se ha perdido: cf. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Paed.*, I, 47, 1 y II, 104, 3. Todo ello prueba la centralidad e importancia de la doctrina sobre la resurrección en el cristianismo, así como su novedad y el fuerte rechazo que causó en el mundo pagano, pues, como advierte TERTULIANO, «ninguna filosofía admite la resurrección de la carne», *Contra Marción*, v, 19; cfr. ID., *De praescr. haeret.*, VII, 4. Cf. infra 11,7-9.

72. Cf. EPICURO, *Sent. Vat.*, 60.

73. Cf. infra 34,10 y nota 395.

de las llamas, no acabara con el paso de los años y los siglos volviéndose tierra y como si no fuera indiferente que las fieras lo despedacen, el mar lo consuma, la tierra lo recubra o las llamas lo hagan desaparecer<sup>74</sup>, ya que cualquier sepultura es para los cadáveres un sufrimiento, en el caso de que tengan sensibilidad, pero si no la tienen, es la mejor medicina, por la rapidez misma con que opera la destrucción. 5. Engañados por semejante error, se prometen a sí mismos, por ser virtuosos, una vida feliz y eterna después de la muerte, y a los demás un castigo eterno, por ser injustos.

Muchas cosas podría añadir a éstas, si no me apremiara el tiempo. Ya he mostrado que ellos mismos son injustos, no tengo necesidad de insistir más en ello. Si, no obstante, concediera que son justos, la culpa o la inocencia habría que atribuirle al destino, según la opinión más generalizada: en esto estáis también de acuerdo, 6. pues vosotros decís que todo lo que hacemos viene de Dios, como los otros dicen que proviene del destino<sup>75</sup>; por esta razón se incorporan a vuestra secta<sup>76</sup> no aquellos que espontáneamente quieren, sino los elegidos. Así pues, el juez que imagináis es inicuo, ya que lo que castiga en el ser humano no es la voluntad, sino la suerte.

7. Quisiera, en todo caso, preguntar si se resucita con los cuerpos y con qué cuerpos, los propios u otros nuevos<sup>77</sup>. ¿Sin cuerpo?, pero esto, en cuanto puedo entender, no es mente, ni alma, ni vida<sup>78</sup>. ¿Con el mismo cuerpo?, no es posible, pues ya se ha descompuesto antes. ¿Con otro

74. Cf. SÉNECA, *Epist.*, 92, 34-35.

75. Cf. CICERÓN, *De divin.*, II, 8, 20.

76. En el sentido de grupo religioso.

77. Cf. 1 Co 15, 35. Véase supra nota 71.

78. Cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 12, 30; I, 13, 33; I, 18, 48; I, 31, 87.

cuerpo?, entonces se trata de un hombre nuevo que nace y no del antiguo que ha sido regenerado. 8. Por otra parte, es mucho el tiempo transcurrido, innumerables los siglos que han pasado: ¿hay uno solo que haya regresado de los infiernos<sup>79</sup>, aunque sea en la condición de Protesilao<sup>80</sup>, con un permiso concedido al menos por unas horas, para que nos sirva de ejemplo en el que creer? 9. Movidos por vuestra credulidad, habéis adaptado torpemente a vuestro dios todas esas ficciones de una imaginación enfermiza, así como los consuelos vanos con los que juegan los poetas mentirosos para dar encanto a sus versos.

## 12. *La vida miserable y desgraciada de los cristianos*

1. Hasta tal punto os engañan los deseos inútiles de una promesa vana, que ni siquiera sacáis experiencia de vuestra situación presente. Mientras estáis aún vivos reflexionad, desdichados, en lo que os espera después de la muerte. 2. La mayor y, según decís, la mejor parte de vosotros estáis necesitados, pasáis frío, soportáis la fatiga y el hambre, y dios lo consiente, lo pasa por alto, no quiere o no puede socorrer a los suyos<sup>81</sup>; de donde hay que deducir que o es impotente o inicuo. 3. Tú, que sueñas con la inmortalidad definitiva, cuando te ves abatido por el peligro, abrasado por

79. Cf. S. JUSTINO, *Apol.* I, 19, 3; TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, I, 13; CELSO, *Discurso verdadero*, citado por ORIGENES, *Contra Celso*, II, 16 y 55; V, 57.

80. Héroe homérico, del que se habla en la *Iliada*, II, 698-709. Era rey de Tesalia y murió en la batalla de Troya a manos de Héc-

tor. Estando ya en el Hades, se le permitió regresar a la tierra durante unas horas para estar con su esposa Laodamia. Esta, para no perderle, se suicidó y ambos pudieron así reunirse definitivamente en el Hades.

81. Cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 2, 3.

la fiebre, lacerado por el dolor, ¿no comprendes entonces tu verdadera condición, no reconoces tu fragilidad? Muy a tu pesar queda demostrada tu debilidad, desdichado, y no la reconoces.

4. Omíto lugares comunes. Os esperan amenazas, suplicios, tormentos, cruces no para adorar, sino para padecer, así como el fuego, que predecís y teméis: ¿dónde está ese dios que puede ayudar a los que resucitan, pero que no puede ayudar a los vivos<sup>82</sup>? 5. ¿No es cierto que los romanos, sin vuestro dios, gobiernan, reinan, gozan del orbe entero y dominan sobre vosotros? Mientras tanto, angustiados y vacilantes, os abstenéis de los placeres honestos: no asistís a los espectáculos, no participáis en los desfiles, estáis ausentes de los banquetes públicos, sentís aversión a los certámenes sagrados, a los alimentos cogidos antes de tiempo y a las bebidas ofrecidas sobre los altares<sup>83</sup>. ¡Mostráis así vuestro temor a los dioses que negáis! 6. No adornáis vuestras cabezas con flores, no ennoblecéis vuestros cuerpos con perfumes; reserváis los ungüentos para las ceremonias fúnebres e incluso os negáis a depositar coronas en las tumbas<sup>84</sup>; se os ve pálidos, temblorosos, dignos de misericordia, pero por parte de nuestros dioses. Así, ni resucitáis, desgraciados, ni mientras tanto vivís.

82. Cf. Sal 115 (113 B) 2. Véanse las notas 9 a 11 de la Introducción.

83. Frecuentes reproches dirigidos a los cristianos, que se encuentran, por ejemplo en CELSO, *Discurso verdadero*, citado por ORÍGENES, *Contra Celso*, VIII, 21-24 y 55. Muchos de los apologistas se hacen también eco de ellos y TERTULIANO, por ejemplo, dedicó una entera obra a los espectá-

culos: *De spectaculis*. Véase también: ATENÁGORAS, *Legatio*, 35; TACIANO, *Orat.*, 22-23, TEÓFILO DE ANTIQUÍA, *Ad Autol.*, III, 15; TERTULIANO, *Apol.*, 35, 1-5; 38, 4; 42, 4-5; S. CIPRIANO, *Ad Don.*, 6-8. Véase infra 37,11-38,1.

84. Cf. TERTULIANO, *De corona*, passim; ID., *Apol.*, 42, 6; CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Paed.*, II, 72, 1-4; S. JUSTINO, *Apol.* I, 24, 2.

7. Por consiguiente, si hay todavía en vosotros algo de sabiduría o de vergüenza, dejad de escudriñar los espacios celestes y los destinos y secretos del mundo; basta mirar lo que se tiene delante de los pies<sup>85</sup>, sobre todo tratándose de gente indocta e inculta, ignorante y rústica, pues a quienes no les ha sido dado el comprender las cuestiones relativas a la vida política, con mucha más razón les es denegado discutir acerca de las cosas divinas.

### 13. *Ventajas de la actitud escéptica*

1. Si, no obstante, os acucia el deseo de filosofar, que cualquiera de vosotros imite, si puede, a Sócrates, el príncipe de la sabiduría<sup>86</sup>. Conocida es su respuesta siempre que se le preguntaba por las cosas celestes: “Lo que está por encima de nosotros, nada tiene que ver con nosotros”<sup>87</sup>. Con razón mereció del oráculo el reconocimiento de una singular sabiduría<sup>88</sup>. 2. El mismo advirtió que el oráculo le había antepuesto a todos, no por comprender todas las cosas, sino por enseñar que nada sabía<sup>89</sup>; de este modo, la mayor prudencia consiste en confesar la propia ignorancia.

3. De esta fuente brotó segura la duda de Arcesilao, y mucho después de Carnéades y de la mayor parte de los

85. Cf. CICERÓN, *De divin.*, II, 13, 30.

86. Cf. ID., *Tuscul.*, V, 16, 47; ID., *De nat. deor.*, II, 66, 167.

87. El texto, tal como lo cita aquí Minucio Félix, se encuentra sólo en escritores cristianos: cf. TERTULIANO, *Ad nat.*, II, 4; LACTANCIO, *Div. inst.*, III, 20, 10; ID., *Epit. Div. inst.*, 32, 3; S. JERÓNIMO,

*Contra Rufinum*, III, 28. Tertuliano se lo atribuye a Epicuro, Lactancio y S. Jerónimo a Sócrates.

88. A la pregunta de un discípulo de Sócrates, el oráculo de Delfos respondió que no había nadie más sabio que Sócrates: cf. PLATÓN, *Apología de Sócrates*, 21 a.

89. Cf. ID., *Apología de Sócrates*, 23 a.

Académicos<sup>90</sup>, en lo referente a las cuestiones de mayor importancia, por medio de la cual pueden los ignorantes filosofar prudentemente y los sabios gloriosamente. Pues, ¿qué? ¿Acaso no es digna de ser admirada por todos e imitada la irresolución de Simónides? 4. Cuando el tirano Hierón preguntó a Simónides qué pensaba acerca de la naturaleza y características de los dioses, éste solicitó primero un día para deliberar, al día siguiente lo prorrogó a dos, luego, una vez amonestado, obtuvo otro tanto; por último, cuando el tirano le interrogó por las causas de semejante demora, respondió que a medida que su investigación, de suyo lenta, avanzaba, tanto más oscura se le volvía la verdad<sup>91</sup>.

5. Yo también opino que hay que dejar las cosas dudosas tal como son, sin pronunciarse de modo temerario y audaz en uno u otro sentido, máxime siendo tan numerosos e ilustres los hombres que han deliberado sobre ello, para no caer así en una superstición más propia de viejas ni acabar destruyendo toda religión<sup>92</sup>».

90. Arcesilao (316-240 a. C.) y Carnéades (214-129 a. C.) fueron dos representantes de la Academia, escuela filosófica que había fundado Platón y que, a partir de Arcesilao, derivó hacia el escepticismo. Minucio Félix se inspira muy probablemente en un pasaje de Cicerón, donde se cita a ambos filósofos: cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 5, 11.

91. La anécdota entre el

poeta Simónides y el tirano Hierón, que gobernó en Siracusa de 478 a 467 a. C., es relatada por CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 22, 60. Tertuliano hace también una rápida referencia a ello en dos escritos suyos, aunque confundiendo a Simón con Tales y a Hierón con Creso: cf. TERTULIANO, *Ad nat.*, II, 2; ID., *Apol.*, 46, 8.

92. Cf. CICERÓN, *De divin.*, I, 4, 7; II, 72, 148.

## INTERMEDIO

### INTERVENCIÓN DE MINUCIO, JUEZ DE LA CONTIENDA

#### 14. *Peligros de la elocuencia y valor de la verdad*

1. Así habló Cecilio y, sonriendo (pues el ímpetu de su efusivo discurso había relajado la indignación que le excitaba), dijo: «¿Se atreve Octavio, hombre del linaje de Plauto y, como él, primero entre los panaderos y último entre los filósofos<sup>93</sup>, a responder a esto?».

2. «Abstente —dije— de considerarte vencedor; no es justo que te regocijes de lo armonioso de tu discurso antes de que las dos partes hayan terminado su exposición, máxime cuando vuestro debate no busca la alabanza, sino la verdad.

3. Y aunque tu discurso me ha agradado mucho por la sutileza y variedad<sup>94</sup>, hay algo que me hace vacilar profundamente, no sólo en este caso, sino en todo tipo de discursos, y es el hecho de que, a menudo, debido al vigor de quienes disputan y a la fuerza de la elocuencia, cambia la con-

93. El comentario de Cecilio está lleno de mordacidad, pues Plauto (250-184 a. C.), comediante romano, en su juventud fue un esclavo que trabajó moliendo harina —de ahí la alusión a su condición de panadero—, y escribió co-

medias llenas de expresiones vulgares y procaces. Cf. AULO GELIO, *Noctes Atticae*, III, 3, 14; SENECA, *Epist.*, 90, 22.

94. Cf. CICERÓN, *De fin.*, II, 1, 3.

dición de la verdad<sup>95</sup>, aun de la más transparente. 4. Es bien conocido que esto sucede por la inclinación de los oyentes, apartados por la seducción de las palabras de la atención al contenido, a asentir sin discernimiento a todo lo dicho, no distinguiendo lo verdadero de lo falso e ignorando que hay verdad en lo increíble y falsedad en lo verosímil<sup>96</sup>. 5. Así, cuanto más a menudo prestan su asentimiento, con mayor frecuencia son puestos en evidencia por los más hábiles; de este modo, engañados continuamente por su ligereza, convierten su error de apreciación en un lamento por lo incierto de la cuestión<sup>97</sup>, de tal manera que, condenándolo todo, antes prefieren dudar de todas las cosas que juzgar acerca de las que son engañosas<sup>98</sup>. 6. Debemos, por tanto, estar precavidos, para no caer continuamente en el rechazo de todo discurso, tal como suelen hacer los más simples, que llegan a maldecir y aborrecer a los hombres<sup>99</sup>. Pues las personas crédulas se dejan envolver incautamente por aquellos a quienes tuvieron por buenos; luego, por un error semejante, acaban sospechando de todos y rechazando como malvados incluso a los que pudieron considerar que eran los

95. Cf. SÉNECA, *Epist.*, 90, 20; TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, I, 1.

96. Los párrafos 4 a 6 de este capítulo guardan una gran semejanza, como los diversos comentaristas han hecho notar, con un pasaje del diálogo platónico *Fedón*, 88 c-91 c. Ahí plantea Sócrates el problema de quienes, engañados por la elocuencia de un discurso falso, desconfían en adelante de todo razonamiento y se refugian en la duda. Se trata, por otro lado, de un lugar común en

la apologética cristiana de los primeros siglos, que miraba con recelo la elocuencia y la fuerza persuasiva de la retórica clásica, que acababa siendo un sucedáneo de la verdad: cf. TERTULIANO, *Apol.*, 48, 1; TACIANO, *Orat.*, 29; ATENÁGORAS, *Legatio*, 11; S. CIPRIANO, *Ad Don.*, 2; TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, I, 1; etc.

97. Cf. PLATÓN, *Fedón*, 90 d; SALUSTIO, *Bellum Jugurth.*, I, 4.

98. Cf. PLATÓN, *Fedón*, 88 c.

99. Cf. ID., *Fedón*, 89 d.

mejores<sup>100</sup>. 7. Dado que en ambos lados se argumenta con empeño y, de una parte, la verdad es a menudo oscura y, de otra, se da una admirable sutileza que, a veces, debido a la riqueza expresiva, simula la certeza de una demostración incontestada, hemos de ponderar con cuidado y atentamente cada una de ellas, para que podamos, ciertamente, alabar la agudeza, pero elegir, aprobar y aceptar lo que es recto».

### 15. *Discusión e invitación a Octavio*

1. «Te apartas –dijo Cecilio– de tu función de juez escrupuloso<sup>101</sup>, pues es una grave injusticia destruir con tu intervención la fuerza de mis argumentos en un debate tan importante; es a Octavio a quien compete refutar, si puede, cada uno de ellos en toda su integridad». 2. «Eso que criticas –dije– lo he afirmado, si no me engaño, en provecho común, con el fin de que sometamos nuestro juicio a un examen escrupuloso, que no se deje arrastrar por la ostentación de la elocuencia, sino por la solidez del contenido. Pero no distraigamos por más tiempo nuestra atención, como deploras, sino escuchemos en completo silencio la respuesta de nuestro Ianuario<sup>102</sup>, que se muestra ya impaciente».

100. Cf. ID., *Fedón*, 89 d-e.

28.

101. Cf. CICERÓN, *Verr.*, I, 10,

102. Octavius Ianuarius.

## SEGUNDA PARTE

### INTERVENCIÓN DEL CRISTIANO OCTAVIO. REFUTACIÓN DE LAS ACUSACIONES DE CECILIO Y DEFENSA DEL CRISTIANISMO

#### 16. *Contradicciones de Cecilio y universalidad de la verdad*

1. Octavio tomó entonces la palabra: «Hablaré como pueda, según mis fuerzas, y tendrás que esforzarte conmigo para que disolvamos la mancha tan ácida de las injurias en la corriente de las palabras de verdad<sup>103</sup>. Para empezar, no ocultaré que el discurso de mi querido Natalis<sup>104</sup> ha sido tan errático, vago e inseguro<sup>105</sup>, que no sabemos si ese desorden ha sido buscado intencionadamente o, por el contrario, se debe a la vacilación de quien anda extraviado.

2. En efecto, unas veces afirmaba creer en los dioses, otras cambiaba y decía que no estaba seguro de ello, de modo que la incertidumbre de su posición hace aún más incierto el sentido que ha de tener nuestra respuesta. Pero no creo ni quiero admitir malicia alguna en mi buen amigo Natalis; una educación demasiado sutil se halla lejos de su sencillez.

3. Entonces, ¿a qué es debido? Así como quien desconoce el buen camino se queda dudando angustiado cuando, como

103. Cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, II, 7, 20; PLATÓN, *Fedro*, 243 d.

104. Cecilius Natalis.

105. Cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, II, 1, 2.

suele ocurrir, se encuentra ante varias ramificaciones y no se atreve a decidirse por ninguna de ellas ni a probarlas todas<sup>106</sup>, de manera semejante, quien no posee un juicio firmemente asentado en la verdad, cuanto más se dispersan sus inseguros indicios tanto más se disipa su dubitativa opinión.

4. Por tanto, no tiene que resultar asombroso que Cecilio haya vacilado y se haya visto agitado repetidas veces por la duda entre extremos contrarios e incompatibles. Para que esto no continúe así, refutaré e impugnaré lo que se ha dicho, aunque sea muy contradictorio, después de haber confirmado y demostrado que hay una sola verdad. De este modo, en adelante no dudará ni andará descaminado.

5. Y puesto que mi amigo ha reaccionado con violencia, aceptando mal e irritado, indignado y dolido de ver que hombres sin letras, pobres, ignorantes se dignan discutir acerca de las cosas celestes<sup>107</sup>, que sepa que todos los seres humanos, sin distinción de edad, sexo, dignidad, han sido creados dotados de razón y de inteligencia y que no se encuentran con la sabiduría como por azar, sino que la tienen inscrita por naturaleza<sup>108</sup>; que sepa que incluso los mismos filósofos, así como los demás inventores que han pasado a la posteridad, antes de alcanzar la fama gracias a su ingenio, fueron tenidos por plebeyos, incultos, desarrapados; hasta tal punto están los ricos atados a su fortuna que suelen mirar al oro más que al cielo, mientras que los pobres entre nosotros se han ejercitado en la prudencia y han transmitido a los demás esa enseñanza<sup>109</sup>. De aquí resulta que no se otor-

106. Cf. VIRGILIO, *Aen.*, VI, 540; OVIDIO, *Fasti*, V, 3-6.

107. Cf. *supra* 5,4.

108. Cf. CÍCERÓN, *De fin.*, IV, 2, 4; ID., *De nat. deor.*, I, 17, 44; SÉNECA, *Epist.*, 90, 1; 44, 3; CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Protr.*, II,

25, 3; ID., *Strom.*, I, 182, 1 y V, 133, 7-9.

109. Cf. S. JUSTINO, *Apol. I*, 60, 11; ID., *Apol. II*, 10, 8; TACIANO, *Orat.*, 32; ATENÁGORAS, *Legatio*, 11.

ga el talento a la riqueza ni se obtiene a base de esfuerzo, sino que es engendrado con la formación misma del alma<sup>110</sup>.

6. Por consiguiente, no hay que indignarse ni lamentarse cuando uno cualquiera indaga, opina, se pronuncia acerca de las cosas divinas, pues lo que importa no es la autoridad de quien interviene en la discusión, sino la verdad misma de aquello sobre lo que se discute<sup>111</sup>. Además, cuanto menos hábil es el discurso, entonces brilla con más luz la razón, porque no queda disfrazada por la pompa de la elocuencia y de la elegancia, sino que, tal como es, se apoya sólo en la regla de lo justo.

### 17. *El orden y variedad del universo manifiestan que existe Dios*

1. No niego que Cecilio se ha esforzado en subrayar la importancia de que el hombre debe conocerse a sí mismo<sup>112</sup> y examinar qué es, de dónde viene, por qué existe, si es un agregado de elementos, un compuesto de átomos o más bien ha sido hecho, formado, animado por Dios<sup>113</sup>. 2. Esto no podemos, sin embargo, explorarlo y descubrirlo sin investigar el entero universo, pues todas las cosas se hallan tan vinculadas, conectadas y concatenadas<sup>114</sup> que, si no se ha examinado con atención la naturaleza de la divinidad, no se puede conocer la de la humanidad, ni se puede tampoco dirigir bien los asuntos civiles si no se conoce antes

110. Cf. infra 37,10. El término latino es *mens*, que puede traducirse también por espíritu, mente, inteligencia.

111. Cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 5, 10; PLATÓN, *Cármide*, 161 c; S. CIPRIANO, *Ad Don.*, 2.

112. Cf. supra 5,5. Cf. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Paed.*, III, 1, 1.

113. Cf. supra 5,7.

114. Cf. CICERÓN, *Somm. Scipion.*, IV; ID., *De nat. deor.*, II, 38, 97; MARCO AURELIO, *Med.*, VIII, 52.

esa ciudad común a todos que es el mundo<sup>115</sup>; sobre todo, si tenemos en cuenta que nos diferenciamos de las bestias en el hecho de que éstas, inclinadas y vueltas hacia la tierra, no han nacido sino para mirar el pasto, mientras que a nosotros, provistos de un rostro erguido y de una mirada dirigida hacia el cielo<sup>116</sup>, a quienes nos han sido dadas la palabra y la razón mediante las cuales podemos conocer, comprender e imitar a Dios, no nos está permitido ni nos es lícito ignorar la claridad celeste que se impone a nuestros ojos y a nuestros sentidos; es un gran sacrilegio buscar en la tierra lo que se debe encontrar en lo más alto<sup>117</sup>.

3. Me parece, por eso, que quienes no quieren ver en la prestancia de todo el universo una obra perfecta de la razón divina<sup>118</sup>, sino un conglomerado de varios fragmentos ensamblados al azar, están ellos mismos privados de inteligencia, de buen juicio e incluso de ojos. 4. Pues, cuando diriges los ojos hacia el cielo y recorres con la vista lo

115. Cf. CICERÓN, *De fin.*, III, 19, 64; ID., *De nat. deor.*, II, 62, 154; SÉNECA, *Epist.*, 28, 4; 48, 3; 95, 52; MARCO AURELIO, *Med.*, 3, 11; 6, 44; TACIANO, *Orat.*, 28; TERTULIANO, *Apol.*, 38, 3.

116. Cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, II, 56, 140; SALUSTIO, *De coniur. Cat.*, I, 1. Este modo de diferenciar al hombre del animal irracional es un lugar común de la filosofía antigua y se encuentra ya en Platón.

117. Cf. supra 12,7.

118. Comienza a exponer Octavio la demostración de la existencia de Dios a partir del orden, belleza y armonía del mundo, que

remite a una inteligencia ordenadora y providente. Se trata de una argumentación ya aludida en la Sagrada Escritura y frecuente también en algunos autores cristianos de los primeros siglos (TERTULIANO, *Apol.*, 17; ATENÁGORAS, *Legatio*, 4; TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, I, 4 y 6), pero que se encuentra asimismo en muchos filósofos paganos y que recoge, entre otros, Cicerón, especialmente en el libro segundo del *De natura deorum*, que parece haber sido la fuente de inspiración de Minucio Félix, como lo muestra la presencia en el texto de algunas expresiones típicamente ciceronianas.

que está debajo y alrededor de ti, ¿hay acaso algo tan patente, manifiesto y evidente, como la existencia de algo divino dotado de una inteligencia eminentísima, que inspira, mueve, sustenta y gobierna todas las cosas?<sup>119</sup> 5. Mira el cielo mismo, cómo se extiende a lo lejos, cómo gira rápidamente, ya se adorne de astros por la noche o lo ilumine el sol durante el día: comprenderás qué admirable y divino es el equilibrio que en él puso el supremo moderador. Mira también el año, fruto de la trayectoria circular del sol, y mira el mes, al compás de la luna que crece, mengua y se eclipsa<sup>120</sup>. 6. ¿Y qué diré de la sucesión regular de las tinieblas y de la luz, que establece la cadencia de nuestro trabajo y nuestro descanso<sup>121</sup>? Dejemos a los astrólogos que hablen más extensamente acerca de los astros, tanto en lo que atañe al gobierno del curso de la navegación<sup>122</sup>, como a la determinación del tiempo de arar y de recoger la cosecha. Cada una de estas cosas ha necesitado un sumo artífice y una razón perfecta no sólo para ser creadas, realizadas y dispuestas, sino que tampoco se pueden comprender, percibir y entender sin una inteligencia y razón supremas<sup>123</sup>.

7. Y cuando se advierte la regular variedad del orden de las estaciones y de los cultivos<sup>124</sup>, ¿no es cierto que la primavera con sus flores, el verano con la mies, la adecuada sazón de los frutos en otoño y la necesaria recogida invernal de la aceituna dan testimonio igualmente de su autor y padre? Un orden así fácilmente sería alterado si no estuvie-

119. Cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, II, 2, 4 y I, 36, 100. El parágrafo 4 del *Octavio* sigue muy de cerca la primera referencia de Cicerón citada.

120. Cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, II, 37, 95.

121. Cf. ID., II, 37, 95; II, 39, 101; II, 53, 132.

122. Cf. ID., II, 5, 15; II, 16, 43; II, 40, 104.

123. Cf. ID., II, 44, 115.

124. Cf. ID., II, 39, 98 y II, 62, 156.

ra fundado en la sabiduría más alta. 8. ¡Cuán grande ha sido la providencia para que ni el invierno, solo, lo abrasara todo con el hielo, ni el caluroso verano, dejado también a sí mismo, lo agostara con su ardor, introduciendo entre ellos la combinación moderada del otoño y la primavera<sup>125</sup>, de manera que el año, siguiendo sus pasos, va recorriendo su curso de modo imperceptible y sin perjuicio!

9. Observa el mar, ceñido por el límite de la costa. Mira cualquiera de los árboles: ¡qué vida reciben de las entrañas de la tierra! Fíjate en el océano: fluye y refluye según las mareas. Mira las fuentes: manan de venas perennes. Fíjate en los ríos, siempre en continuo movimiento. 10. ¿Qué decir de la conveniente y recta disposición de las montañas, de la curvatura de las colinas, de la extensión de las campiñas<sup>126</sup>? ¿O de la variada protección que poseen los animales para defenderse mutuamente?: unos están armados de cuernos, otros rodeados de dientes, dotados de garras, surcados de agujones o libres gracias a la celeridad de sus patas o al vuelo que les facilitan las alas<sup>127</sup>. 11. Por encima de todo, la belleza misma de nuestra figura revela que Dios es su artífice: la posición erecta, el rostro levantado, los ojos situados en lo más alto, como en una atalaya, y todos los demás órganos sensoriales agrupados como en una ciudadela<sup>128</sup>.

125. Cf. SÉNECA, *De benef.*, IV, 28, 1; CICERÓN, *Tuscul.*, I, 28, 68.

126. En el *De natura deorum* ciceroniano se encuentran abundantes referencias a estos elementos naturales –por otra parte no infrecuentes en la literatura antigua–, que pudieron haber servido de fuente a Minucio Félix: cf. Ci-

CERÓN, *De nat. deor.*, II, 33, 83; II, 39, 100; II, 45, 116; II, 47, 120; II, 53, 132; etc.

127. Cf. ID., *De nat. deor.*, II, 47, 121 y II, 50, 127; PLATÓN, *Protagoras*, 320 d-321 b.

128. Cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 18, 47; II, 56, 140; PLATÓN, *Timeo*, 70 a.

18. *Providencia, unicidad, inmensidad de Dios*

1. Sería demasiado largo detenernos en cada cosa. No hay miembro del cuerpo humano que no obedezca a una razón de necesidad y de belleza y, lo que es más admirable aún, la misma figura es común a todos, pero hay ciertos rasgos que son propios de cada uno; así, todos nos parecemos, pero al mismo tiempo cada uno somos diferentes<sup>129</sup>. 2. ¿Qué decir del proceso del nacimiento? ¿Acaso no ha sido dado por Dios el deseo de engendrar y el que los pechos den leche cuando madura el fruto del parto y así el recién nacido crezca alimentado por el néctar de leche<sup>130</sup>?

3. Pero Dios no cuida tan sólo del conjunto, sino también de cada una de sus partes<sup>131</sup>. Bretaña tiene poco sol, pero recibe a cambio un clima suave del mar que la rodea; el río Nilo suele atemperar la sequedad de Egipto, el Eufrates compensa la falta de lluvias en Mesopotamia, el río Indo se dice que fecunda y riega el oriente<sup>132</sup>. 4. Si, entrando en una casa, vieras todo muy cuidado, ordenado y adornado, creerías sin duda que tiene dueño y que él es además mucho mejor que todas esas cosas buenas; de modo parecido, cuando en esta casa del mundo reconoces, en los cielos y en la tierra, una providencia, un orden, una ley, debes creer también que hay un dueño y padre de todo, mucho más hermoso que los mismos astros y que las diferentes partes del mundo<sup>133</sup>.

129. Cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 18, 47; I, 33, 92; SÉNECA, *Epist.*, 113, 16; APULEYO, *Asclep.*, 35.

130. Cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, II, 51, 128; LUCRECIO, *De rer. nat.*, I, 258-261; V, 813-815.

131. Cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, II, 65, 164. Cf. *supra* 10,5.

132. Los tres últimos ejemplos son mencionados por CICERÓN, *De nat. deor.*, II, 52, 130.

133. Probablemente, Minucio ha tomado el ejemplo de CICERÓN, *De nat. deor.*, II, 5, 15. Se trata, no obstante, de una comparación bastante usual, que se encuentra tam-

5. Si tal vez, pues acerca de la providencia no hay duda alguna, piensas que hay que indagar si el reino celeste es gobernado por el poder de uno solo o por el común acuerdo de varios, eso mismo no ofrece gran dificultad a quien considera los imperios de la tierra, que toman asimismo sus modelos del cielo. 6. ¿Cuándo se ha visto alguna vez que una realeza compartida por varios haya tenido su inicio en la confianza o se haya disuelto de modo incruento? Dejo de lado el caso de los persas, que presagiaban por el relincho de los caballos quién iba a obtener el principado<sup>134</sup>, y el de los dos hermanos tebanos<sup>135</sup>, por tratarse de una leyenda muerta. Es muy conocido y recordado el caso de los gemelos<sup>136</sup> que aspiraban a un reino sobre pastores y sobre una cabaña. Por todo el mundo se han difundido los combates entre el yerno y el suegro<sup>137</sup>, no siendo suficiente para los dos la fortuna de un imperio tan grande. 7. Considera otros ejemplos: entre las abejas hay un solo rey, los rebaños tienen un solo guía y las manadas un sólo jefe. ¿Y vas a creer que en el cielo el poder divino se halla dividido y toda la majestad de ese verdadero y divino imperio está escindida, cuando es manifiesto que el Dios padre de todo no tiene principio ni fin, que

bién en la Sagrada Escritura y en los primeros escritores cristianos: cf. Sb 13, 3; Hch 17, 24; Rm 9, 20-21; S. JUSTINO, *Apol.* 1, 20; ATENÁGORAS, *Legatio*, 15-16.

134. Alusión a una anécdota que HERÓDOTO (*Historias*, III, 84, 3) atribuye al emperador persa Darío y que, entre otros, menciona VALERIO MÁXIMO, *Facta et dicta mem.*, VII, 3, 2. La anécdota también es recogida en una carta de FRONTÓN a Lucius Verus (*Ad Verum*, II, 6), de la que se conser-

van algunos fragmentos, y en la que se incluye también el ejemplo de Rómulo y Remo, mencionado asimismo por Minucio Félix a continuación.

135. Se refiere a los hermanos Eteocles y Polinices, hijos de Edipo, que se mataron en su afán de reinar ambos en Tebas.

136. Rómulo y Remo.

137. César y Pompeyo, quien se había casado con una hija de César, se enfrentaron en la guerra civil que se inició el año 49 a. C.

garantiza el nacimiento de todo, siendo él mismo eterno, que antes de que el mundo fuera existía sólo para sí en vez del mundo, que es el que ordena con su palabra, gobierna con su razón y ejecuta con su poder todo cuanto existe<sup>138</sup>?

8. A ese Dios ni se le puede ver, pues es demasiado luminoso para la vista; ni tampoco abarcar, ni medir, ya que es más grande que nuestros sentidos, infinito, inmenso y conocido en toda su grandeza sólo por sí mismo. Nuestro pensamiento, en cambio, es demasiado limitado para entenderlo y, así, estimamos honrarle cuando decimos que es inestimable<sup>139</sup>. 9. Hablaré tal como pienso: quien cree conocer la grandeza de Dios, la disminuye, quien no quiere disminuirla, no la conoce.

10. No busques un nombre para Dios<sup>140</sup>: su nombre es Dios. Sólo hay que acudir a los nombres propios cuando entre la multitud es preciso distinguir a cada uno mediante signos específicos, pero a Dios, que es único, el término Dios le pertenece por completo. Pues si le llamara padre, pensarías que es terrenal; si le llamara rey, sospecharías que es carnal; si señor, lo seguirías considerando mortal. Suprime, en cambio, el añadido de los nombres y verás así su resplandor. 11. ¿Además, acaso no cuento en este punto con el consenso de todos? Me parece oír al pueblo sencillo: cuando elevan las manos al cielo, no dicen otra cosa más que “Dios”, “Dios es grande”, “Dios es verdadero” y “si Dios lo permite”<sup>141</sup>. ¿Es este el modo natural de hablar del

138. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 17, 1.

139. Cf. ID., *Apol.*, 17, 2-3.

140. Se trata de un tema común al pensamiento estoico y recogido también por los primeros escritores cristianos: cf. DIÓN CRISÓSTOMO, *Orat.*, XII, 75 ss.; SÉNE-

CA, *Nat. Quaest.*, II, 45; ID., *De ben.* IV, 7, 1-2; S. JUSTINO, *Apol.* I, 10, 1; 61, 11.

141. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 17, 5; ID., *Adv. Marcionem*, I, 10, 2; ID., *De anima*, 41; ID., *De resurr. carnis*, 3; ID., *De testim. animae*, 2.

vulgo o el lenguaje propio de quien se confiesa cristiano? Incluso quienes tienen a Júpiter por príncipe, aunque yerran en el nombre, están de acuerdo con nosotros en que existe un único poder supremo<sup>142</sup>.

### 19. *Los poetas y los filósofos han afirmado la existencia de Dios*

1. También oigo a los poetas proclamar que uno solo es el padre de los dioses y de los hombres<sup>143</sup> y que el espíritu de los mortales es tal como el padre de todas las cosas lo ha dado a luz<sup>144</sup>. 2. ¿Y no es cierto que Marón<sup>145</sup>, el de Mantua, dice de modo más claro, cercano y verdadero que “desde el principio un espíritu sustenta desde dentro y una inteligencia infusa mueve el cielo y la tierra” y todos los demás elementos del mundo “de donde provienen los hombres y los animales domésticos” y toda clase de animales? Asimismo, en otro lugar llama Dios a esta inteligencia y a este espíritu. Estas son sus palabras: “Pues Dios se despliega por todas las tierras, por lo extenso del mar y lo alto de los cielos, de donde surgen los hombres y los animales domésticos, la lluvia y el fuego”<sup>146</sup>. ¿Qué

142. Cf. ID., *Apol.*, 17, 6. En este parágrafo, Minucio Félix sigue muy de cerca el texto de Tertuliano y su célebre alusión al «testimonio del alma naturalmente cristiana», que Minucio, como en él es habitual, modifica y reproduce a su manera. Véanse los pasajes paralelos de Tertuliano citados en la nota precedente.

143. Cf. HOMERO, *Iliada*, I, 544; CICERÓN, *De nat. deor.*, II, 2, 4.

144. Cf. HOMERO, *Odisea*, 18, 136-137; CICERÓN, *De fato*, (fr. 3, ap. S. AGUSTÍN, *De Civ. Dei*, v, 8).

145. Se refiere al poeta latino Publio Virgilio Marón (70-19 a. C.), originario de Mantua.

146. Los textos de Virgilio a los que se refiere Minucio Félix —que, sin duda, cita de memoria— son *Aen.*, VI, 725-729 y una combinación de *Georg.*, IV, 221 y *Aen.*, I, 742-743.

otra cosa decimos nosotros de Dios, sino que es inteligencia, razón y espíritu?

3. Examinemos, si te parece, la enseñanza de los filósofos<sup>147</sup>: verás que, aunque con diferentes palabras, coinciden y están de acuerdo sólo en este punto<sup>148</sup>. 4. Paso por alto a los más antiguos y rudos que por sus dichos merecieron ser considerados sabios<sup>149</sup>. Citemos ante todo a Tales de Mileto<sup>150</sup>, que fue el primero en tratar de las cosas celestes. El mismo Tales de Mileto dijo que el agua era el principio de las cosas y que dios era esa inteligencia que lo había formado todo a partir del agua. Confieso que esta explicación del agua y del espíritu es demasiado profunda y sublime para que el hombre haya podido dar con ella: ha sido transmitida por Dios<sup>151</sup>; ves que la opinión del primer filósofo coincide totalmente

147. Concluye el triple movimiento mediante el cual Minucio ha tratado de mostrar el consenso de todos acerca de la unicidad de Dios, acudiendo al pueblo sencillo (*vulgus*) (18,11), a los poetas (19,1-2) y ahora a los filósofos. Minucio Félix se inspira en TERTULIANO (*Ad nat.*, II, 1), quien explícitamente afirma seguir el modelo de la teología tripartita de Varrón en sus *Antiquitates rerum divinarum*, donde éste habla de una teología mítica, cultivada por los poetas, una teología física, por los filósofos, y una teología civil o política, destinada al pueblo.

148. Minucio Félix tiene sin duda presente la exposición que en el primer libro del *De natura deorum* ciceroniano hace el epicúreo Velejo, quien recurre también a una

larga serie de filósofos: cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 5, 10-1, 6, 15 y I, 10, 25-1, 15, 41. Pero, así como Velejo busca poner de manifiesto las contradicciones entre los filósofos a propósito de la divinidad, el discurso de Octavio tiene, en cambio, una intención muy diferente: mostrar que todos los filósofos están de acuerdo en la doctrina monoteísta. Por esta razón, evita citar algunos filósofos cuyas teorías resultaban incompatibles con el monoteísmo.

149. Los llamados siete sabios de Grecia: cf. CICERÓN, *De amic.*, 2, 7.

150. Tales de Mileto (siglo VI a. C.) es tenido desde la antigüedad por el primer filósofo. Minucio sigue muy de cerca el texto de CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 10, 25.

151. Cf. Gn 2, 1.

con la nuestra. 5. Después, Anaxímenes<sup>152</sup> y tras él Diógenes de Apolonia<sup>153</sup> consideran el aire como un dios infinito e inmenso; también ellos están de acuerdo con nosotros acerca de la divinidad. 6. Para Anaxágoras<sup>154</sup>, por su parte, Dios es la capacidad de organizar y mover de una inteligencia infinita, y para Pitágoras<sup>155</sup> Dios es un espíritu<sup>156</sup> deambulante extendido por toda la naturaleza, del que procede también la vida de todos los animales. 7. Es sabido que Jenófanes<sup>157</sup> enseña que dios es el todo infinito provisto de inteligencia y Antístenes<sup>158</sup> que hay muchos dioses, según cada pueblo, pero en verdad sólo hay uno principal; Espeusipo<sup>159</sup> admite que Dios es una fuerza animada que todo lo gobierna. 8. ¿Qué más diré? Demócrito<sup>160</sup>, aunque es el primer inventor de los átomos, ¿no llama a menudo dios a la naturaleza, que forma las imágenes, y a la inteligencia? Lo mismo hace Estratón<sup>161</sup>,

152. Anaxímenes de Mileto (siglo VI a. C.); cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 11, 26.

153. Diógenes de Apolonia (siglo V a. C.); cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 12, 29.

154. Anaxágoras de Clazomene (siglo V a. C.); cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 11, 26.

155. Pitágoras de Samos (siglo VI a. C.) fue uno de los más famosos filósofos anteriores al período clásico y uno de los que mayor influencia ejerció, aunque de él no se conserva ningún escrito; cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 11, 27; CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Protr.*, VI, 72, 4.

156. El término *animus* puede también traducirse por principio vital o alma.

157. Jenófanes de Colofón (siglo VI a. C.); cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 11, 28.

158. Antístenes de Atenas (ca. 445-365 a. C.), fue discípulo de Sócrates y fundador de la escuela cínica; cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 13, 32.

159. Espeusipo de Atenas (ca. 410-339 a. C.), sobrino de Platón, le sucedió a su muerte al frente de la Academia; cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 13, 32.

160. Demócrito de Abdera (siglos V-IV a. C.); cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 12, 29.

161. Estratón de Lampsacus (siglo III a. C.), sucedió a Teofrasto al frente de la escuela peripatética o Liceo; cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 13, 35.

llamando también dios a la naturaleza. Incluso Epicuro<sup>162</sup>, que imagina a los dioses ociosos o inexistentes, sitúa sin embargo a la naturaleza por encima de ellos.

9. Aristóteles<sup>163</sup> es más variable y, sin embargo, le asigna un único poder, pues unas veces llama Dios a la inteligencia, otras al mundo y otras sitúa a Dios al frente del mundo. También Teofrasto<sup>164</sup> se muestra fluctuante, atribuyendo la primacía unas veces al mundo y otras a la inteligencia divina; igualmente, Heráclides Póntico<sup>165</sup> asigna al mundo una inteligencia divina, aunque de modo diverso.

10. Zenón, Crisipo y Cleantes defienden doctrinas diferentes, pero todos van a parar a la unidad de la providencia. Así, Cleantes<sup>166</sup> habla de Dios como inteligencia, unas veces como espíritu, otras como éter, generalmente como razón. Su maestro Zenón<sup>167</sup> unas veces pretende que el principio

162. Epicuro de Samos (341-270 a. C.), fundador de la escuela que lleva su nombre. Como es lógico, no aparece en la serie de filósofos citados por el epicúreo Velejo (cf. supra nota 148). Minucio Félix se inspira en otros pasajes del diálogo ciceroniano (cf. *De nat. deor.*, I, 20, 53; I, 44, 123; II, 23, 59), así como en TERTULIANO, *Apol.*, 47, 6; ID., *Ad nat.*, II, 2.

163. Aristóteles de Estagira (384-322 a. C.), discípulo de Platón y, junto con él, uno de los grandes filósofos de la antigüedad, fue fundador del Liceo o Peripato; cf. CÍCERÓN, *De nat. deor.*, I, 13, 33.

164. Teofrasto de Lesbos (ca. 372-287 a. C.), fue el sucesor de

Aristóteles al frente del Liceo; cf. CÍCERÓN, *De nat. deor.*, I, 13, 35.

165. Heráclides Póntico (ca. 380-310 a. C.) fue discípulo de Platón, a quien trató, sin éxito (cf. supra nota 159), de suceder en la dirección de la Academia; cf. CÍCERÓN, *De nat. deor.*, I, 13, 34.

166. Cleantes de Asos (ca. 330-230 a. C.), filósofo estoico, fue discípulo de Zenón de Citio y sucesor suyo al frente de la escuela estoica; cf. CÍCERÓN, *De nat. deor.*, I, 14, 37.

167. Zenón de Citio, en la isla de Chipre, (ca. 334-262 a. C.), fundó hacia el año 300 a. C. la Stoa (en griego, pórtico), donde se reunía con sus discípulos a las afueras de Atenas; cf. CÍCERÓN, *De nat. deor.*, I, 14, 36 y II, 24, 63 ss.

de todo es la ley natural y divina, otras el éter y algunas la razón; él mismo, interpretando que Juno es el aire, Júpiter el cielo, Neptuno el mar, Vulcano el fuego y, de modo semejante, mostrando que los demás dioses del vulgo son elementos, impugna y refuta con rigor el error popular. 11. Crisipo<sup>168</sup> sostiene casi lo mismo, pues cree que Dios es una fuerza divina racional, o la naturaleza y el mundo, a veces también la necesidad del destino, imitando a Zenón en la interpretación de corte naturalista que hace de los poemas de Hesíodo, Homero y Orfeo<sup>169</sup>. 12. También este es el modo en que Diógenes el Babilonio<sup>170</sup> explica y expone el parto de Júpiter, el nacimiento de Minerva<sup>171</sup> y otras cosas por el estilo, como expresión de realidades naturales, no de dioses. 13. En efecto, el socrático Jenofonte<sup>172</sup> niega que se pueda ver la figura del Dios verdadero y por eso no con-

168. Crisipo de Soli (ca. 280-208 a. C.), fue el tercer director de la Stoa, después de Zenón y Cleantes, a la que dio un impulso decisivo; cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 15, 39-41.

169. Homero y Hesíodo vivieron en el siglo VIII a. C. y son los dos grandes poetas que forjaron mediante sus obras —la *Iliada* y la *Odisea* el primero y la *Teogonía* y *Los trabajos y los días* el segundo— la tradición literaria y mitológica griega. Orfeo es, en cambio, un personaje legendario, que se asocia a un movimiento religioso de carácter místico.

170. Diógenes el Babilonio (ca. 228-140 a. C.) era natural de Seleucia, en Babilonia, y sucedió a Crisipo al frente de la Stoa;

cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 15, 41.

171. Según la mitología, Júpiter (el Zeus griego) fue librado por su madre de perecer a manos de su padre Saturno (en Grecia, Cronos), quien devoraba a sus hijos para evitar ser destronado; cf. infra 22,3. La diosa Minerva (la Palas Atenea griega) nació, enteramente armada, de la cabeza de Júpiter.

172. Jenofonte (ca. 430-355 a. C.) fue un general ateniense, seguidor de Sócrates, acerca del cual escribió sus recuerdos o *Memorables*; donde se encuentra la referencia al pasaje al que alude Minucio Félix: cf. JENOFONTE, *Mem.*, IV, 3, 13; CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 12, 31.

viene preguntarse por ello, y el estoico Aristón<sup>173</sup> afirma que en absoluto puede ser comprendida: uno y otro percibieron la majestad de Dios, desesperando de poder entenderlo.

14. El lenguaje de Platón<sup>174</sup> acerca de Dios es más claro, tanto en el contenido como en los nombres que emplea, y se podría decir que todo él es celestial<sup>175</sup>, si no lo hubiera ensuciado con la mezcla de algunas ideas de carácter político<sup>176</sup>. Así, sostiene Platón en el *Timeo* que Dios, en virtud de su mismo nombre, es el padre del mundo, el artífice del alma, el autor de cielos y tierra, aquel del que previamente nos dice que es difícil de encontrar debido a su colosal e increíble poder y que, una vez encontrado, es imposible darlo a entender a todos<sup>177</sup>. 15. Ideas que son casi las mismas que las nuestras, pues también nosotros hemos conocido a Dios y le llamamos padre de todo y nunca hablamos de él en público si no somos preguntados.

173. Aristón de Quíos (siglo III a. C.), filósofo estoico, fue discípulo de Zenón de Citio; cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 14, 37.

174. Platón (427-347 a. C.), el gran filósofo ateniense discípulo de Sócrates, es citado por Minucio en último lugar, por tratarse del filósofo pagano que, en su opinión, se halla más cercano a la verdad revelada. Minucio se aparta en este punto del discurso de Veleyo en *De natura deorum*, donde la referencia a Platón es mucho menos elogiosa: cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 12, 30.

175. El estoico Lucilio Balbo dice de Platón en el diálogo ciceroniano que es «como una especie

de dios de los filósofos», CICERÓN, *De nat. deor.*, II, 12, 32.

176. Probablemente alude a un pasaje del *Timeo*, en el que Platón da entrada al relato mitológico de la generación de los dioses: cf. PLATÓN, *Timeo*, 40 d-41 a; PSEUDO JUSTINO, *Cohort. ad Graecos*, 22-24 y 32.

177. Cf. PLATÓN, *Timeo*, 28 c. Esta referencia es frecuentemente citada por los escritores cristianos de los primeros tiempos: cf. S. JUSTINO, *Apol.* II, 10, 6; ATENÁGORAS, *Legatio*, 6; TERTULIANO, *Apol.*, 46, 9; CLEMENTE DE ALEXANDRÍA, *Protr.*, VI, 68, 1; ID., *Strom.*, V, 78, 1.

## 20. Creencias absurdas de los romanos acerca de los dioses

1. He mostrado cómo, según las opiniones de casi todos los filósofos que gozan de mayor fama<sup>178</sup>, Dios es uno, aunque haya sido designado con muchos nombres, de manera que cualquiera puede pensar que o ahora los cristianos son filósofos o los filósofos fueron ya antes cristianos<sup>179</sup>.

2. Si el mundo es dirigido y gobernado por la providencia y la voluntad de un único Dios, la antigüedad llena de ignorancia que se complace en sus fábulas, o más bien es prisionera de ellas, no nos debe arrastrar al error de prestar nuestro asentimiento, siendo así que es refutada por las opiniones de sus propios filósofos, a los que asiste la autoridad de la razón y de la antigüedad. 3. En efecto, nuestros antepasados daban fe con tanta facilidad a las mentiras, que creían también a ciegas otras cosas monstruosas y prodigios sorprendentes, como, por ejemplo, que Escila tenía muchos cuerpos, que la Quimera poseía formas diversas y la Hidra renacía de sus fecundas heridas, que los Centauros eran caballos sólidamente unidos a sus jinetes y todo lo que la imaginación era capaz de fingir ellos lo escuchaban de buena

178. Cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 16, 42.

179. Variación de una conocida frase de Platón: cf. *República*, V, 473 c-d. La afirmación de Minucio Félix muestra, por un lado, la importancia que concede a la filosofía y, por otro, que el concepto que de ella tiene se halla muy próximo a la religión cristiana. Ya entre los primeros autores cristianos se explica la proximidad de algunas afirmaciones de

los filósofos paganos, especialmente de Platón, a la doctrina cristiana, bien mediante la tesis de las «razones seminales» difundidas por todo el orbe (cf. S. JUSTINO, *Apol.* II, 13, 5-6), o mediante la curiosa explicación de que la filosofía pagana robó o plagió la verdad que Dios comunicó al pueblo judío y se halla expuesta en el Antiguo Testamento. Sobre este último punto véase infra 34,5 y nota 390.

gana<sup>180</sup>. 4. ¿Y qué decir de aquellos cuentos de viejas acerca de hombres que aparecían en forma de aves o fieras, o bien de árboles y flores? Si eso hubiera podido hacerse, se hubiera hecho entonces, pero, puesto que es imposible, tampoco se hizo antes. 5. De modo semejante creyeron también en los dioses nuestros predecesores, ingenuos, crédulos y de una simplicidad ignorante. Cuando devotamente daban culto a sus reyes y, una vez muertos, deseaban verlos en efigie, cuando ardientemente anhelaban retener su memoria gracias a las estatuas, lo que al principio había sido un simple consuelo, acabó convirtiéndose en algo sagrado. 6. Finalmente, antes de que el mundo se abriera al comercio y los pueblos intercambiaran sus ritos y costumbres, cada nación veneraba como ciudadano de ilustre memoria a su fundador, a un jefe ilustre, a una reina casta más fuerte de lo que corresponde a su sexo, o al inventor de algún oficio o arte: así, al mismo tiempo se honraba a los difuntos y se daba ejemplo a las generaciones futuras.

## 21. *Los dioses no fueron sino meros hombres*

1. Lee los escritos de los historiadores y de los sabios: comprobarás lo mismo que yo. Evémero<sup>181</sup> enumera a los

180. La Escila era un monstruo marino con seis cabezas; la Quimera era un monstruo de tres cabezas que vomitaba fuego y que tenía un cuerpo en parte de león, en parte de dragón y en parte de cabra; la Hidra era un monstruo de muchas cabezas, que renacían después de ser cortadas; los Centauros, por último, eran híbridos de hombre y caballo.

181. Evémero de Mesina (siglos IV-III a. C.), en Sicilia, escribió una *Historia sagrada*, de carácter literario, traducida por Ennio al latín, en la que sostiene que los dioses son hombres divinizados. Minucio Félix comienza ya en 20,5 a exponer las ideas de Evémero y volverá a hacerlo también más adelante: cf. infra 23,9. Algunos apologistas cristianos de los pri-

que han sido tenidos por dioses, ya sea a causa de su fuerza o de su función, relata sus nacimientos, sus lugares de origen y sus sepulcros y los va distribuyendo por las diferentes provincias y eso lo hace con Júpiter de Dicte<sup>182</sup>, Apolo de Delfos<sup>183</sup>, Isis de Faros<sup>184</sup> y Ceres de Eleusis<sup>185</sup>. 2. Pródico<sup>186</sup> señala que han sido incluidos entre los dioses aquellos que, errando por el mundo, fueron útiles a los hombres al encontrar nuevos frutos. En el mismo sentido, también Perseo<sup>187</sup> filosofa y reúne bajo un mismo nombre a los frutos descubiertos y a sus descubridores, como en el dicho cómico según el cual «sin Líber y sin Ceres Venus pasa frío»<sup>188</sup>. 3. El famoso macedonio Alejandro Magno escribió en una

meros siglos recurrieron a Evémero para mostrar la falsedad de las divinidades paganas: cf. TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, I, 9; II, 2; III, 7; CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Protr.*, II, 24, 2; ARNOBIO, *Adv. nat.*, IV, 29. Otros, sin citar a Evémero, se hacen eco de su mensaje, como por ejemplo TERTULIANO en los capítulos 10 y 11 del *Apologético*, que pueden haber servido de inspiración a Minucio Félix. También es citado por CÍCERÓN, *De nat. deor.*, I, 42, 119.

182. Dicte es un monte de Creta donde, según algunos relatos, se sitúa el nacimiento de Júpiter.

183. Delfos es el monte donde se encontraba el principal santuario dedicado al culto de Apolo, dios protector de la naturaleza entera y de la vida humana.

184. Faros es el nombre de

una isla situada frente a Alejandría, coronada por un famoso faro para la navegación. En ella se daba culto a la diosa egipcia Isis.

185. Cf. *supra* nota 24.

186. Pródico de Ceos (ca. 460-399 a. C.), sofista contemporáneo de Sócrates y frecuentemente citado por Platón en sus diálogos; cf. CÍCERÓN, *De nat. deor.*, I, 42, 118.

187. Perseo de Citio (ca. 307-243 a. C.), en Chipre, discípulo de Zenón de Citio; cf. CÍCERÓN, *De nat. deor.*, I, 15, 38.

188. TERENCIO, *Eunuch.*, 732; cf. CÍCERÓN, *De nat. deor.*, II, 23, 60. Líber es Baco, dios del vino. La frase es claramente irónica y subraya la condición humana de los dioses, pues viene a señalar que sin pan (Ceres es la diosa de las mieses) y sin vino, Venus se enfría. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, II, 4-9.

célebre carta a su madre<sup>189</sup> que, por temor a su poder, un sacerdote le reveló un secreto acerca de los hombres dioses, en el que Vulcano<sup>190</sup> es puesto al frente de todos, seguido del linaje de Júpiter<sup>191</sup>, luego de las espigas de Isis<sup>192</sup> pasa a la golondrina, al sistro<sup>193</sup> y a la tumba vacía, al estar dispersos sus miembros, de tu querido Serapis<sup>194</sup> u Osiris.

189. La carta a la que alude Minucio Félix se trata en realidad de un escrito de León de Pella, un seguidor de las doctrinas de Evémero. Varios apologistas se refieren a ella: cf. TACIANO, *Orat.*, 27; CLEMENTE DE ALEJANDRIA, *Strom.*, 1, 106, 3; TERTULIANO, *De corona*, 7, 6. Atenágoras, al igual que Minucio, se la atribuye a Alejandro Magno: cf. ATENÁGORAS, *Legatio*, 28.

190. Dios del fuego. Según la tradición, Vulcano era hijo de Júpiter y de Juno y esposo de Venus. Diodoro Sículo (siglo I a. C.) recoge el relato, al que se refiere aquí Minucio Félix, según el cual algunos sacerdotes sostenían que a Vulcano (el Hefesto griego), por haber descubierto el fuego, se le concedió el poder supremo: cf. DIODORO SÍCULO, *Bibl. hist.*, 1, 13, 3.

191. El dios romano Júpiter corresponde al egipcio Amón. Cuando Alejandro Magno, después de conquistar Egipto el año 331 a. C., visitó el templo de Amón, el oráculo le comunicó que era descendiente de Amón y como tal fue tratado por los sacerdotes y venerado por el ejército.

192. La diosa Isis, descen-

diente directa de Júpiter, era esposa y a la vez hermana del dios Osiris. El pasaje presenta algunas dificultades. Para entender el contexto, es preciso tener en cuenta que resume la continuación de la carta antes citada. La referencia a las espigas se debe a que Isis fue la que descubrió las espigas de trigo y Osiris quien inventó el modo de cultivarlas, según relata DIODORO SÍCULO, *Bibl. hist.*, 1, 14, 1. La alusión a la golondrina se debe a que esa fue la forma que adoptó Isis cuando se lamentaba por la muerte de Osiris: cf. PLUTARCO, *De Isid. et Osir.*, 16, 357 C.

193. Instrumento musical utilizado en Egipto, especialmente en el culto de Isis.

194. Según la leyenda, Osiris fue asesinado por su hermano, quien, tras descubrir el cadáver que Isis había ocultado, lo despedazó y dispersó. Isis, con el sistro en la mano, encontró los despojos y, reuniéndolos, devolvió a Osiris la vida. Sobre Serapis, al que popularmente se solía identificar, como hace aquí Minucio Félix, con Osiris, cf. *supra* nota 9. Véase también la nota 222.

## 22. Cultos y ceremonias ridículas de la mitología pagana

1. Considera, por último, los ritos y misterios mismos: en ellos encontrarás trágicos desenlaces, muertes, funerales, duelos y llantos de unos dioses dignos de lástima. Isis, con su Cinocéfalo<sup>195</sup> y los sacerdotes calvos, se lamenta, gime y pregunta por su hijo perdido<sup>196</sup>, mientras los pobres seguidores de Isis se golpean el pecho e imitan el dolor de una madre tan desdichada; luego, al encontrar al niño, se alegra Isis, los sacerdotes exultan de gozo, Cinocéfalo, que lo encontró, se cubre de gloria y todos los años no dejan de perder lo que encuentran o de encontrar lo que pierden. ¿No es ciertamente ridículo lamentar lo que se venera y venerar lo que se lamenta? Y sin embargo, lo que en otro tiempo fue un culto egipcio es ahora también romano<sup>197</sup>.

2. Ceres, rodeada de antorchas encendidas y de una serpiente, angustiada y ansiosa en su extravío, busca a Líbera, que ha sido secuestrada y violada: tales son los misterios eleusinos<sup>198</sup>. 3. ¿Y cuáles son los misterios de Júpiter? Su nodriza es una cabra y a su ávido padre se le sustrae el recién nacido para que no lo devore y, para evitar que oiga sus vagidos, se hacen sonar los címbalos de los Coribantes<sup>199</sup>.

195. Cinocéfalo es el dios egipcio Anubis, un dios con cabeza de perro, de donde viene su nombre latino.

196. Minucio comete un error y afirma que Isis busca a su hijo (Horus) y no a su marido y hermano (Osiris), cuyo cuerpo, según la leyenda, había sido escondido: cf. supra nota 194.

197. Cf. supra nota 9.

198. Ceres y Líbera son las diosas romanas que corresponden

a las divinidades griegas Deméter y su hija Perséfone (en griego) o Proserpina. El rapto de Perséfone o Proserpina por Plutón, dios de los infiernos, que es la leyenda a la que aquí se refiere Minucio, es relatado por Homero en la *Iliada* y, entre los latinos, por Ovidio: cf. OVIDIO, *Fasti*, 4, 417-620.

199. Cf. supra nota 171. Los coribantes eran sacerdotes de Cibele, esposa de Saturno y madre de Júpiter: cf. OVIDIO, *Fasti*, 4,

4. Avergüenza hablar de los misterios de Cibeles en el Dándimo<sup>200</sup>, cuando, ya fea y algo vieja, como madre que era de muchos dioses, y no habiendo podido seducir a su adúltero por el que, para su infelicidad, se sentía atraída, lo castró, para hacer así dios a un eunuco<sup>201</sup>. Por causa de esta leyenda los galos dan culto a Cibeles con el ofrecimiento de la virilidad de su propio cuerpo<sup>202</sup>. Más que ritos sagrados, tales cosas son tormentos.

5. ¿Acaso la misma figura y el aspecto de vuestros dioses no les deshonra y pone en ridículo? Vulcano es un dios cojo y enclenque, Apolo imberbe a pesar de sus muchos años, Esculapio bien barbado, aunque es el hijo del eterno adolescente Apolo, Neptuno<sup>203</sup> tiene los ojos verdes, Minerva azulados, Juno de buey, Mercurio es de pies alados, Pan<sup>204</sup> los tiene provistos de pezuñas, Saturno trabados. Jano<sup>205</sup>, por su parte, posee dos frentes, como si fuera a caminar también hacia atrás; Diana<sup>206</sup> unas veces es una caza-

207-214. Es un tema al que los apologistas se refieren con frecuencia: cf. TACIANO, *Orat.*, 25; TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, I, 9; III, 3; TERTULIANO, *Apol.*, 25, 7.

200. El Dándimo es un monte de Frigia donde había un famoso templo a la diosa Cibeles.

201. La leyenda de Cibeles y su amante Atis es relatada por Ovidio (cf. *Fasti*, IV, 221-244) y la mencionan también a menudo los apologistas: cf. ARÍSTIDES, *Apol.*, 11, 5; S. JUSTINO, *Apol.* I, 27, 4; TACIANO, *Orat.*, 8; TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, I, 9; TERTULIANO, *Apol.*, 15, 2 y 5; ID., *Ad nat.*, II, 7.

202. Los galos eran sacerdotes de Cibeles; el nombre procede, al parecer, del río Gallus, en Frigia.

203. Dios del mar.

204. Dios de los pastores.

205. Dios itálico, protector de las puertas, así como del principio (de ahí el nombre del primer mes: *ianuarius*) y fin del año; se le representaba con dos rostros opuestos.

206. Diana (la Artemisa griega) como diosa de la caza es la representación predominante en la mitología, pero convive con otras figuraciones, aquí mencionadas, como Diana de Efeso, diosa de la fecundidad, o Trivia, diosa de las encrucijadas.

dora que se ciñe un vestido corto, otras una diosa efesia dotada de muchos y fecundos pechos, o la horrible Trivia, con sus tres cabezas y sus innumerables manos<sup>207</sup>. 6. ¿Y qué decir de vuestro mismo Júpiter, al que se le sitúa tanto sin barba como con ella? Si recibe el nombre de Amón, tiene cuernos; si Capitolino, lleva rayos; si se le denomina Lacial, está rociado de sangre y si, por último, se le llama Feretrio, no se le oye. En suma, y para no pasar revista a los innumerables Júpiter<sup>208</sup>, hay que decir que tantas son sus representaciones monstruosas cuantos sus nombres.

7. Erígona<sup>209</sup> se ahorcó para ser así entre los astros el signo de Virgo; los Cástore<sup>210</sup> mueren alternativamente para vivir; Esculapio<sup>211</sup> es fulminado por el rayo para resurgir

207. Octavio ridiculiza las representaciones de algunos dioses, procedentes de la mitología y presentes también en la imaginaria, subrayando su carácter monstruoso y ridículo, así como el hecho de que una misma divinidad, como Diana, adoptara formas y representaciones diferentes. Minucio Félix se inspira fundamentalmente en Cicerón, *De nat. deor.*, I, 30, 83 y III, 34, 83.

208. Se refiere aquí Octavio a las diversas denominaciones de Júpiter, a las que alude también Cicerón (*De nat. deor.*, III, 16, 42 y III, 21, 53), así como los apologistas cristianos: cf. TERTULIANO, *Ad nat.*, I, 10; ID., *Apol.*, 14, 9; CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Protr.*, II, 28, 1; TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, I, 10. Acerca de Júpiter Lacial véase infra 30,4 y nota 332.

209. Erígona, hija de Icario, se ahorcó sobre la tumba de su padre y fue transformada en una constelación, de nombre Virgo. Cf. TACIANO, *Orat.*, 9; TERTULIANO, *Scorp.*, 10, 4.

210. Cástor y Pólux, llamados también Dióscuros: cf. supra nota 35. Cástor murió en combate, mientras que su hermano Pólux era inmortal. Ambos consiguieron que Zeus les permitiera vivir alternativamente seis meses en este mundo y seis en el más allá: de ahí la frase de Minucio Félix. Cf. VIRGILIO, *Aen.*, VI, 121-122. El ejemplo es citado también por otros apologistas: cf. TACIANO, *Orat.*, 10; ATENÁGORAS, *Legatio*, 29; TERTULIANO, *Ad nat.*, II, 15.

211. Se refiere a la leyenda según la cual Júpiter mató de un rayo a Esculapio porque hacía vol-

como un dios; Hércules<sup>212</sup> es consumido por el fuego en el monte Eta para despojarse de su condición humana.

### 23. *Carácter puramente legendario de las creencias romanas*

1. Estas leyendas y errores los aprendemos de padres ignorantes y, lo que es más grave, nosotros mismos nos dedicamos a ellas en los estudios y en la enseñanza, especialmente en las composiciones de los poetas, quienes con su autoridad han causado un grandísimo perjuicio a la verdad<sup>213</sup>. 2. Por eso, Platón, con gran clarividencia, expulsó de la ciudad, cuyo modelo forjaba en su tratado, al ínclito Homero<sup>214</sup>, muy alabado y renombrado. 3. En efecto, fue sobre todo Homero quien en la guerra de Troya mezcló vuestros dioses, aunque lo hiciera para burlarse, en los asuntos y acciones de los hombres, él fue quien los agrupó por parejas<sup>215</sup>, quien hirió a Venus y quien ató, ofendió e hizo huir

ver a la vida a muchos moradores del Hades, pero Apolo, padre de Esculapio, mató a los Cíclopes, que forjaban los rayos, y resucitó a Esculapio, que comenzó a recibir honores divinos. Cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, III, 22, 57; S. JUSTINO, *Apol.* I, 21, 2; TACIANO, *Orat.*, 21; TERTULIANO, *Apol.*, 14, 5; ID., *Ad nat.*, II, 14; CLEMENTE DE ALEXANDRÍA, *Protr.*, II, 30, 1.

212. Corresponde al Heracles griego; era el patrono de los gladiadores y protector de los emperadores y de su familia. Según la leyenda, por una cuestión de celos, Hércules se hizo quemar en la cumbre del monte Eta y a partir

de ese momento fue reconocido como dios por Júpiter. Cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, III, 16, 41 y III, 28, 70; S. JUSTINO, *Apol.* I, 21, 2; ID., *Dial.*, 69, 3.

213. Cf. supra 6,1. Cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 16, 42-43; TERTULIANO, *Ad nat.*, I, 10; ID., *Apol.*, 14, 4-6.

214. Alusión a un célebre pasaje de PLATÓN, *República*, III, 398 a; cf. CICERÓN, *Tuscul.*, II, 11, 27; S. JUSTINO, *Apol.* II, 10, 6; TERTULIANO, *Ad nat.*, II, 7.

215. Se refiere a hacer luchar a los dioses como si fueran parejas de gladiadores: cf. TERTULIANO, *Ad nat.*, I, 10; ID., *Apol.*, 14, 2.

a Marte<sup>216</sup>. 4. El es quien relata que Júpiter fue liberado por Briareo para no ser apresado por los demás dioses, que lloró con lágrimas de sangre a su hijo Sarpedón, por no haber podido evitar su muerte y que, seducido por la cintura de Venus, se acostó con su esposa Juno con más ardor de lo que solía hacerlo con sus amantes<sup>217</sup>.

5. En otro lugar, Hércules recoge el estiércol y Apolo le apacienta a Admeto el rebaño<sup>218</sup>. Neptuno, por su parte, construye una muralla para Laomedonte, sin que el infeliz constructor recibiera el salario por su trabajo<sup>219</sup>. 6. Más allá se forja en el yunque el rayo de Júpiter junto con las armas de Eneas, siendo así que el cielo, los rayos y los relámpagos existían mucho antes de que Júpiter naciera en Creta; además, ni el Cíclope hubiera podido imitar las llamaradas de un verdadero rayo ni el mismo Júpiter podría no sentir un temor reverencial ante ellas<sup>220</sup>. 7. ¿Y qué decir del adulterio en que fueron sorprendidos Marte y Venus y del estupro que Júpiter cometió con Ganimedes, consagrado en el cielo<sup>221</sup>? El

216. Cf. HOMERO, *Iliada*, v, 334-9, 385-6 y 867; VIRGILIO, *Aen.*, II, 277; TERTULIANO, *Ad nat.*, I, 10; ID., *Apol.*, 14, 2-3.

217. Cf. HOMERO, *Iliada*, I, 396 ss., XVI, 459, XIV, 214; TERTULIANO, *Apol.*, 14, 3; ID., *Ad nat.*, I, 10; CICERÓN, *De div.*, II, 10, 25; S. JUSTINO, *Apol.*, I, 25, 2.

218. Se trata del quinto trabajo de Hércules, quien hubo de limpiar los establos de Augias, donde desde hacía años se hallaban tres mil bueyes, sin que nadie los hubiera limpiado hasta entonces. En contra de lo que afirma Minucio Félix, la leyenda no es menciona-

da por Homero. La leyenda de Admeto, en cambio, sí es relatada por HOMERO, *Iliada*, II, 763 ss.; cf. TERTULIANO, *Apol.*, 14, 4.

219. Laomedonte, rey de Troya, se negó a pagar el salario convenido a Poseidón (el Neptuno romano), quien había construido las murallas de la ciudad. Cf. HOMERO, *Iliada*, XXI, 443 ss.; TERTULIANO, *Apol.*, 14, 4.

220. Cf. VIRGILIO, *Aen.*, VIII, 424 ss.; TERTULIANO, *Apol.*, 11, 6.

221. Cf. HOMERO, *Odisea*, VIII, 266 ss. y XX, 231 ss; cf. OVIDIO, *Metam.*, X, 155 ss. Ganimedes, copero de Júpiter, se convir-

relato de todas estas cosas no tiene otro objeto que el de proporcionar una cierta autoridad a los vicios humanos. 8. Con semejantes fantasías y atractivas mentiras se corrompe la mente de los niños, quedan grabadas estas fábulas durante su adolescencia, hasta que llegan al pleno vigor de su edad y los infelices se hacen viejos con estas mismas ideas, ignorando que la verdad es algo accesible, pero para quienes la buscan.

9. En efecto<sup>222</sup>, todos los antiguos escritores griegos y romanos tuvieron a Saturno, el jefe de este linaje y de toda esta muchedumbre, por un hombre. Esto es conocido por Nepote y por Casio en su historia, y Thalo y Diodoro también lo afirman<sup>223</sup>. 10. Pues este Saturno, huyendo de Creta por miedo a la crueldad de su hijo, llegó a Italia, donde fue acogido como huésped por Jano y, como era griego e instruido, enseñó muchas cosas a aquellos hombres rudos y agresivos: a escribir las letras, a grabar monedas y a fabricar algunos instrumentos. 11. Quiso así llamar Lacio a su escondite, puesto que en él encontró un refugio seguro<sup>224</sup>, y

tió en su amante. Los casos legendarios, como éstos, de la conducta poco ejemplar de los dioses son aludidos frecuentemente por los apologistas: cf., por ejemplo, S. JUSTINO, *Apol.* 1, 21, 5; TACIANO, *Orat.*, 10.

222. En algunas ediciones, los párrafos finales de este capítulo y los cuatro primeros del siguiente (23,9-24,4) se incluyen a continuación de 21,3. Minucio Félix sigue aquí (23,9-13) muy de cerca a TERTULIANO, *Apol.*, 10, 7-11.

223. Cornelio Nepote escribió en el siglo I a. C. una serie de biografías de personajes griegos y

romanos bajo el título *De viris illustribus*, así como unas *Crónicas*, hoy perdidas; Casio Hemina (siglo II a. C.) es el autor de una obra histórica, denominada *Annales*, de la que sólo se conservan algunos fragmentos; Thalo, cronógrafo griego de la época imperial, escribió una historia con criterios cronológicos; por último, Diodoro Sículo o de Sicilia (siglo I a. C.) es el autor de la *Bibliotheca historica*, una extensa historia universal en 40 volúmenes.

224. Minucio Félix hace aquí un juego de palabras para explicar el origen del nombre «Lacio»: «la-

dejaron como recuerdo a la posteridad él la ciudad de Saturnia y Jano el Janículo<sup>225</sup>. 12. De este modo, quien huyó y se escondió es un hombre, padre de un hombre y nacido de un hombre; fue proclamado padre de la tierra o del cielo porque los ítalos pensaban que procedía de padres desconocidos, al igual que todavía hoy denominamos enviados del cielo a los que aparecen de improviso, e hijos de la tierra a los que son de origen humilde o desconocido<sup>226</sup>. 13. Su hijo Júpiter, una vez que su padre fue expulsado, reinó en Creta, allí murió y allí tuvo hijos; todavía se visita hoy la gruta de Júpiter y se enseña su sepulcro y el propio culto que se le tributa confirma su condición humana<sup>227</sup>.

#### 24. *La veneración romana de las estatuas de los dioses*

1. Es ocioso ir uno por uno y explicar la serie completa de la genealogía de los dioses, dado que su condición mortal ha quedado probada por los primeros progenitores y ha pasado a los restantes por la misma sucesión ordinaria. A no ser que inventéis dioses después de la muerte y que hagáis de Rómulo un dios por el perjurio de Próculo<sup>228</sup>

*tebram suam, quod tuto latuisset, uocari maluit Latium».* Cf. VIRGILIO, *Aen.*, VIII, 322-323.

225. Cf. VIRGILIO, *Aen.*, VIII, 357-358. Saturnia se encontraba en el monte Capitolino, una de las siete colinas de Roma; el Janículo es el nombre de otra de esas colinas.

226. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 10, 9-10.

227. Cf. CICERÓN, *De nat.*

*deor.*, III, 21, 53; TERTULIANO, *Apol.*, 25, 7; TACIANO, *Orat.*, 27; TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, I, 10 y II, 3; etc.

228. El senador romano Julio Próculo pretendía que se le había aparecido Rómulo después de muerto y le había ordenado adorarle como un dios: cf. TITO LIVIO, *Ab urbe cond.*, I, 16; TERTULIANO, *Apol.*, 21, 23; S. JUSTINO, *Apol.*, I, 21, 3.

y lo mismo de Juba<sup>229</sup> por la voluntad de los moros y consideréis divinos a los restantes reyes, que son consagrados no para hacer creer en su divinidad, sino para honrar el poder que una vez tuvieron. 2. Este nombre se les adjudica además en contra de su voluntad, pues desean perseverar en su condición humana, temen convertirse en dioses e, incluso ya viejos, lo rechazan<sup>230</sup>. 3. Por lo tanto, no puede haber dioses de entre los muertos, porque un dios no podría morir, ni de entre los nacidos, porque todo lo que nace muere; por el contrario, es divino lo que no tiene ni nacimiento ni muerte. ¿Por qué razón si en otro tiempo nacieron dioses no lo pueden hacer hoy día<sup>231</sup>? ¿Acaso Júpiter ha envejecido, Juno ya no es fértil<sup>232</sup> y Minerva ha encanecido antes de dar a luz? ¿O no será más bien que esa procreación ha cesado porque no se da crédito alguno a semejantes fábulas? 4. Por lo demás, si los dioses pudieran engendrar y no pudieran morir, tendríamos más dioses que todos los hombres juntos, hasta el punto de que ni el cielo podría contenerlos, ni el aire abarcarlos, ni la tierra sostenerlos<sup>233</sup>. De donde es evidente que aquellos de los que leemos que han nacido y a los que sabemos muertos no han sido más que hombres.

5. ¿Quién duda de que el vulgo, cuando reza y da culto público a las imágenes consagradas de estos dioses, lo hace porque la opinión e inteligencia de los ignorantes es engañada por la armonía del arte, deslumbrada por el fulgor del

229. Juba II era rey de Mauritania. El emperador Augusto, amigo suyo, le restituyó el reino del que su padre le había desposeído. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 24, 8.

230. Cf. ID., *Apol.*, 33, 3 - 34, 1; ID., *Ad nat.*, I, 17.

231. Cf. CICERÓN, *De nat.*

*deor.*, III, 16, 41; TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, II, 3.

232. Cf. TACIANO, *Orat.*, 21.

233. Cf. TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, II, 3. En este pasaje, muy similar al de Minucio Félix, Teófilo cita unos versos de los *Oráculos sibilinos*.

oro y seducida por el brillo de la plata y por el esplendor del marfil<sup>234</sup>? 6. Pero si alguno reflexionara acerca de los instrumentos de tortura y de los artefactos con los que se fabrica cualquier estatua, se avergonzaría de temer la materia con la que juega el artífice para hacer un dios. En efecto, a un dios de madera, quizá un resto de pira funeraria o de leño estéril, se le cuelga, golpea, labra, pule<sup>235</sup>. 7. Y un dios de bronce o de plata, muy a menudo procedente de un pequeño vaso inmundo, como el que se hizo para el rey de Egipto<sup>236</sup>, es fundido, triturado con mazos y trabajado en el yunque; y a un dios de piedra le golpea, esculpe y pulimenta un hombre impuro, sin que se muestre sensible al ultraje de su nacimiento ni más tarde al culto que le rendís con vuestra veneración<sup>237</sup>. 8. Quizá se me diga que la piedra, el leño o la plata no es todavía un dios. Entonces, ¿cuándo empieza a serlo? Pues resulta que se le funde, se le forja, se le esculpe y todavía no es dios; o bien se le suelda, ensambla, erige y tampoco es dios todavía; o bien se le adorna, se le consagra, se le implora: entonces es por fin un dios, cuando el hombre lo ha querido y le ha dedicado culto<sup>238</sup>.

234. Cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 27, 77; SÉNECA, *Epist.*, 48, 11.

235. Cf. Ba 6, 7; TERTULIANO, *Apol.*, 12, 2-5.

236. Alusión a un episodio relatado por Heródoto (*Historia*, II, 172), según el cual el rey de Egipto Amasis, que era de procedencia humilde y no fue al principio bien aceptado por el pueblo, hizo refundir una jofaina de oro en la que se lavaba los pies él y sus invitados y hacer de ella una

estatua de una divinidad, que expuso a la veneración pública, revelando más adelante al pueblo de dónde procedía la estatua y comparando el caso con su propio origen. Cf. ATENÁGORAS, *Legatio*, 26; TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, I, 10.

237. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 12, 6.

238. Cf. TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, II, 2; TERTULIANO, *Apol.*, 5, 1; ATENÁGORAS, *Legatio*, 17.

9. ¡Cuántas cosas, en cambio, los animales mudos aprecian instintivamente de vuestros dioses! Los ratones, las golondrinas, los milanos saben y se dan cuenta de que son insensibles: los pisotean, se sientan sobre ellos y, si no se les echa, hacen el nido en la boca misma de vuestro dios; las arañas les envuelven el rostro con su tela y cuelgan sus hilos de su misma cabeza<sup>239</sup>. 10. Vosotros los laváis, limpiáis, frotais, y protegéis y teméis a aquellos que vosotros mismos fabricáis, sin que ninguno de vosotros piense que debe antes conocer a Dios que darle culto, ya que todos se apresuran a obedecer irreflexivamente a sus antepasados<sup>240</sup>, prefiriendo adherirse al error ajeno que fiarse de sí mismos, porque nada saben de aquello que temen. Así es como en el oro y en la plata se ha consagrado la avaricia, así es como ha quedado acreditada la hermosura de estatuas sin vida, así es como ha nacido la superstición romana.

11. Si examinas los ritos de los romanos, ¡cuántos de ellos son ridículos y dignos de lástima! Unos corren desnudos en lo más crudo del invierno, otros van cubiertos con el píleo<sup>241</sup>, se pertrechan de sus viejos escudos, hacen sonar la piel de los tambores y portan de aldea en aldea a sus dioses mendicantes<sup>242</sup>; hay algunos templos que sólo permiten la entrada una vez al año, otros no se pueden visitar en absoluto; hay lugares donde no se permite entrar a los varones y ritos en los que se excluye la presencia de mujeres e incluso, para un esclavo, participar en algunas ceremonias constituye un escándalo que debe ser expiado; hay estatuas que son coronadas por una mujer casada sólo una

239. Cf. Ba 6, 10-11.21; TERTULIANO, *Apol.*, 12, 7; ARNOBIO, *Adv. nat.*, VI, 16; TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, II, 36.

240. Cf. supra 6,1.

241. Gorro o casquete de lana

que usaban los esclavos y con el que los ciudadanos también se cubrían en algunas fiestas y ceremonias religiosas.

242. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 42, 8 y 13, 6.

vez<sup>243</sup>, otras en cambio son coronadas por una mujer que se haya casado varias veces y se busca con gran celo a la que pueda contar en su haber varios adulterios. 12. ¿Pues qué?, a quien hace libación de su propia sangre y ofrece súplicas con sus propias heridas, ¿no le convendría más ser considerado profano que religioso de este modo? O el que es mutilado en sus partes impúdicas, ¿no ultraja acaso a Dios al aplacarle de esta manera, pues, si Dios quisiera que hubiera eunucos, podría crearlos, en lugar de hacerlos así después? 13. ¿Quién no comprende que hace falta ser poco cuerdo y haber perdido la razón para delirar con estas cosas y que sólo la multitud de los extraviados se justifica mutuamente con ellas? En este caso, la justificación del delirio colectivo es el gran número de los que deliran<sup>244</sup>.

25. *La superioridad romana no es fruto de su piedad, sino de su crueldad*

1. Se puede alegar, sin embargo, que esta misma superstición es la que a los romanos les ha otorgado, aumentado y consolidado el imperio, pues no sobresalían tanto por su fuerza cuanto por su religión y piedad<sup>245</sup>. En efecto, ya en los orígenes mismos del imperio naciente se encuentra el insigne y noble sentido romano de la justicia. 2. ¿No es verdad que en su mismo origen crecieron unidos por el crimen y protegidos por el terror que inspiraba su crueldad? En efecto, el núcleo primero del pueblo se reunió en torno a un lugar inviolable: allí habían acudido los infames, criminales, incestuosos, asesinos, traidores y, para superar a su

243. Cf. ID., *De monog.*, 17,  
3.

(fr. 34 Haase, ap. S. AGUSTÍN, *De Civ. Dei*, VI, 10, 1).

244. Cf. SENECA, *De superst.*

245. Cf. supra 6,2 y ss.

pueblo en el crimen, el propio Rómulo, su jefe y gobernante, cometió un fratricidio. Estos son los primeros auspicios de un pueblo religioso. 3. Luego, contra todo derecho raptó, violó y ultrajó a jóvenes extranjeras ya desposadas, ya prometidas en matrimonio, así como a algunas mujeres casadas y entabló una guerra con los padres de ellas, es decir, con sus suegros, derramando así la sangre de sus propios allegados<sup>246</sup>. ¿Hay algo más irreligioso, más temerario, que constituya una prueba más clara de la impunidad del crimen? 4. Por otra parte, el modo de proceder común a Rómulo, a los demás reyes y a los jefes que les sucedieron consistía en expulsar a los pueblos vecinos de sus tierras, destruir las ciudades limítrofes con sus templos y altares, hacer prisioneros por la fuerza, crecer a costa de los daños ajenos y de los crímenes propios. 5. Así, pues, todo lo que los romanos tienen, veneran, poseen, es el botín de su audacia: todos sus templos proceden de los saqueos, es decir, de las ruinas de las ciudades, de los expolios de los dioses, del asesinato de los sacerdotes<sup>247</sup>.

6. Es un insulto y un ultraje ponerse al servicio de las religiones vencidas y adorarlas, una vez hechas cautivas, después de la victoria, pues adorar aquello de lo que te has apoderado es cometer un sacrilegio, no rendir culto a la divinidad. Por consiguiente, los romanos han sido impíos tantas veces cuantas han triunfado y han robado tantos despojos a los dioses como trofeos a los pueblos<sup>248</sup>. 7. De modo que los romanos no son tan grandes por ser religiosos, sino por haber sido impunemente sacrílegos<sup>249</sup>; en efecto, en las guerras no pudieron contar con la ayuda de aquellos dioses contra los

246. Alusión al rapto de las Sabinas: cf. VIRGILIO, *Aen.*, VIII, 635; TITO LIVIO, *Ab urbe cond.*, I, 9-13. Cf. TERTULIANO, *Ad nat.*, II, 9.

247. Cf. ID., *Apol.*, 25, 14.

248. Cf. ID., *Apol.*, 25, 15; ID., *Ad nat.*, II, 17.

249. Cf. ID., *Apol.*, 25, 13; ID., *Ad nat.*, II, 17.

que empuñaron las armas y a los que, una vez vencidos, pretendían comenzar a rendirles culto<sup>250</sup>. ¿Pueden acaso hacer algo por los romanos estos dioses que, en favor de sí mismos, nada fueron capaces de hacer contra las armas de aquéllos?

8. Conocemos cuáles son los dioses nativos de los romanos<sup>251</sup>: Rómulo, Pico, Tiberino, Conso, Pilumno y Volumno<sup>252</sup>; Tacio descubrió a Cloacina y le dio culto<sup>253</sup>, Hostilio hizo lo mismo con el Pavor y la Palidez<sup>254</sup>; después no sé por quién fue dedicado un templo a la Fiebre<sup>255</sup>. Tal es la religión de la que se ha alimentado esta ciudad: las enfermedades y las debilidades. Sin duda, también Acca Larentia<sup>256</sup> y Flora<sup>257</sup>, rameras desvergonzadas, son incluidas

250. Cf. ID., *Apol.*, 25, 16.

251. El pasaje se inspira en SÉNECA, *De superst.* (fr. 33 Haase, ap. S. AGUSTÍN, *De Civ. Dei*, VI, 10).

252. Acerca de Rómulo cf. supra nota 228; Pico era, según la leyenda, hijo de Saturno y antiguo rey del Lacio; Tiberino, dios del río Tíber; Conso, dios rural y agreste, protector de los pastores y campesinos; Pilumno, dios de los panaderos y de los molineros; Volumno, divinidad protectora de los recién nacidos.

253. Cloacina era la divinidad de la Cloaca Máxima en Roma, lugar en el que Tacio encontró una estatua suya: cf. LACTANCIO, *Div. inst.*, I, 20, 11.

254. Tulo Hostilio, tercer rey de Roma, dedicó templos al Pavor y a la Palidez: cf. TITO LIVIO, *Ab urbe cond.*, I, 27, 7.

255. El templo se hallaba situado en la ladera del monte Palatino: cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, III, 25, 63; ID., *De leg.*, II, 11, 28; PLINIO EL VIEJO, *Nat. hist.*, II, 16.

256. Con el nombre de Acca Larentia se designa a diversos personajes, que a veces se confunden, como la diosa de los muertos o la mujer que crió a Rómulo y Remo. Minucio, siguiendo sobre todo a Tertuliano, se refiere a una prostituta que, según la leyenda, legó sus bienes al pueblo romano: cf. TERTULIANO, *Ad nat.*, II, 10; ID., *Apol.*, 13, 9 y 25, 3.

257. Esposa de Céfiro, diosa de las flores y de los cereales, frutales y viñedos, en cuyo honor se celebraban en primavera las fiestas llamadas *floralia*, con un marcado carácter licencioso: cf. LACTANCIO, *Div. inst.*, I, 20, 6-7 y ARNOBIO, *Adv. nat.*, III, 23 y VII, 33.

en el número de las enfermedades y las divinidades de los romanos. 9. Esos son los dioses que extendieron el imperio de los romanos frente a los demás, venerados por los otros pueblos; pues, en efecto, ni Marte de Tracia, ni Júpiter de Creta, ni Juno, unas veces de Argos, otras de Samos o de Cartago, ni Diana de Táuride, ni la Madre de Ida, ni esos, más que dioses, monstruos de Egipto<sup>258</sup> ayudaron a los romanos contra sus propios seguidores.

10. Sólo por casualidad se encontraría entre los romanos una castidad mayor en las vírgenes o una religiosidad más piadosa en los sacerdotes, pues casi la mayor parte de las vírgenes, que imprudentemente se unieron a los hombres sin que Vesta lo supiera, fueron castigadas por adúlteras, quedando las restantes impunes no por una castidad mejor preservada, sino por una deshonestidad más afortunada<sup>259</sup>. 11. Por otra parte, ¿dónde mejor que entre el altar y el templo traman, incitan y cometen los sacerdotes los abusos, el comercio carnal y los adulterios? El placer desenfrenado se practica más a menudo en las habitaciones de los guardianes del templo que en los mismos prostíbulos<sup>260</sup>. 12. Sin embargo, antes de ellos y por concesión divina, los asirios, los medos, los persas, los griegos y hasta los egipcios poseyeron reinos durante largo tiempo<sup>261</sup>, a pesar de no tener pontífices, ni arvaes, ni salios, ni vestales<sup>262</sup>, ni augures, ni pollos encerrados en una jaula, de cuya actitud de voracidad o de rechazo ante la comida dependiera el gobierno supremo del Estado<sup>263</sup>.

258. Cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 16, 43.

259. Cf. *supra* 6,2.

260. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 15, 7.

261. Cf. *Id.*, *Apol.*, 26, 2; *Id.*, *Ad nat.*, II, 17.

262. Nombres de los diferentes colegios sacerdotales existentes en la religión romana.

263. Los augures eran adivinos que se encargaban de la interpretación de la voluntad de los dioses a partir de la observación y

## 26. *Los auspicios y augurios son obra de los demonios*

1. Paso ahora a ocuparme de aquellos auspicios y augurios romanos que, según has afirmado, han sido reunidos con gran trabajo, castigándose su omisión y siendo recompensada su observancia<sup>264</sup>. 2. Es evidente que Clodio, Flaminio y Juno perdieron sus ejércitos porque no pensaron que debían esperar el augurio favorable de los pollos<sup>265</sup>. 3. ¿Y Régulo<sup>266</sup>? ¿Acaso no observó los augurios y sin embargo fue hecho prisionero? Mancino respetó la religión y fue sometido y entregado al enemigo<sup>267</sup>. También Paulo tuvo a su favor que los pollos se mostraran voraces y, sin embargo, fue derrotado en Cannas con la mayor parte de la república<sup>268</sup>. 4. Cayo César, en cambio, pese a la oposición de los augurios y auspicios a que hiciera pasar la flota a Africa antes del solsticio de invierno, los despreció y así navegó y venció más fácilmente<sup>269</sup>.

estudio de la actividad y comportamiento de las aves. Uno de los signos que utilizaban para sus presagios y vaticinios era la actitud de los pollos sagrados durante la comida: la avidez era un presagio favorable y el rechazo o inapetencia, desfavorable.

264. Cf. supra 7.

265. Cf. supra, 7,4 (y nota 40), así como la nota 263.

266. M. Atilio Régulo fue hecho prisionero por los cartagineses en la primera guerra púnica, el año 255 a. C., y enviado a Roma a negociar un intercambio de prisioneros. A su regreso a Cartago, fue torturado hasta la muerte, por haber pedido al Senado romano

que no aceptara las condiciones de los cartagineses: cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, III, 32, 80; TERTULIANO, *Apol.*, 50, 6; SÉNECA, *De prov.*, III, 4 y 9-11.

267. Cayo Hostilio Mancino fue derrotado en la lucha contra los numantinos, el año 137 a. C., y firmó un tratado que el Senado romano se negó a ratificar, siendo así Mancino entregado a sus enemigos.

268. Durante la segunda guerra púnica, Lucio Paulo Emilio fue derrotado por Aníbal en la batalla de Cannas, el año 216 a. C.: cf. CICERÓN, *De div.*, II, 33, 71; TITO LIVIO, *Ab urbe cond.*, XXII, 43 ss.

269. El año 47 a. C., durante su campaña contra Pompeyo,

5. ¿He de proseguir hablando de los oráculos? Después de su muerte, Anfiarao<sup>270</sup> vaticinó lo que habría de suceder, él que no fue capaz de adivinar que sería traicionado por su mujer por causa de un collar. El ciego Tiresias<sup>271</sup> veía el futuro, sin ver el presente. 6. Ennio<sup>272</sup> inventó las respuestas de Apolo Pítico sobre Pirro, cuando Apolo había dejado ya de versificar; aquel cauto y ambiguo oráculo suyo cesó cuando los hombres comenzaron a ser más cultos y menos crédulos. Y Demóstenes, sabiendo que las respuestas eran inventadas, acusaba a la Pitonisa de “filipizar”<sup>273</sup>.

7. Sin embargo, se me objetará que alguna vez los oráculos o auspicios acertaron con la verdad. Aunque entre muchas mentiras el azar puede aparecer como si fuera algo deliberado, me dedicaré no obstante a explorar en sus profundidades y sacar a plena luz la fuente misma del error y de la depravación de donde han surgido esas tinieblas. 8. Hay espíritus falsos, errantes, privados de su poder celeste por las debilidades y pasiones terrenas<sup>274</sup>. Tales espíri-

César embarcó en Sicilia rumbo a Africa, para combatir contra un ejército que los pompeyanos habían reconstruido: cf. CICERÓN, *De div.*, II, 24, 52.

270. Adivino de Argos, se escondió para evitar tener que participar en la expedición de los Siete contra Tebas, al haber vaticinado que moriría en ella: cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, II, 3, 7.

271. Adivino ciego de Tebas, que aparece con frecuencia en las tragedias griegas: cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, II, 3, 7.

272. Quinto Ennio, fue un poeta nacido en Calabria. La anéc-

dota a la que se refiere aquí Minucio Félix es transmitida por CICERÓN, *De divin.*, II, 56, 116.

273. Es decir, la acusaba de mostrarse partidaria de Filipo de Macedonia. Demóstenes fue el más célebre de los oradores griegos y muy admirado por Cicerón, quien recoge también esta anécdota; cf. CICERÓN, *De divin.*, II, 57, 118.

274. Minucio Félix se refiere a la caída de los ángeles malos o demonios, que él, siguiendo a otros autores cristianos, pone en relación con el concepto de demonio o *daimon* de la filosofía y

tus, tras perder su sencillez natural bajo el peso de los vicios en que se hallaban inmersos, perdidos como están, no dejan de perder a los demás para consolarse en sus desgracias; viéndose depravados, contagian el error y, apartados de Dios, tratan de apartar a los demás introduciendo falsas religiones. 9. Que esos espíritus son los demonios lo saben los poetas, lo explican los filósofos y lo reconocía el mismo Sócrates, quien a la menor señal y manifestación del demonio que le asistía, abandonaba un asunto o lo emprendía<sup>275</sup>. 10. Asimismo, los magos no sólo conocen a los demonios, sino que incluso por medio de ellos hacen todos los prodigios con los que se divierten; bajo su inspiración e influjo realizan sus imposturas de hacer que aparezca lo que no es y que desaparezca lo que es<sup>276</sup>. 11. Hostanes<sup>277</sup>, el primero de esos magos, tanto por su elocuencia como por su eficacia, se ocupa en describir al verdadero Dios con la dignidad que se merece, y sabe que sus ángeles, es decir, sus ministros o enviados, guardan el trono de Dios y están junto a Él venerándole, de manera que se estremecen aterrados a una sola señal o expresión de su rostro. Este mismo mago ha proclamado que los demonios son seres terrenales, errantes y enemigos del género humano. 12. ¿No es acaso verdad que Platón, que creía que encontrar a Dios era un asunto difícil<sup>278</sup>, habla en cambio sin dificultad de los ángeles y

la religión paganas, aunque en éstas no tenían, por lo general, un sentido negativo: cf. ATENÁGORAS, *Legatio*, 24-25; TERTULIANO, *Apol.*, 22-23; S. JUSTINO, *Apol.* 1, 5, 2; ID., *Apol.* 11, 4(5), 3; TACIANO, *Orat.*, 12.

275. Los lugares más relevantes en los que Platón se refiere a este asunto son: *Apología de Sócrates*, 31 c-d; ID., *Fedro*, 242 b-c;

ID., *Teages*, 128 c-131 a; cf. TERTULIANO, *Apol.*, 22, 1 y 46, 5.

276. Cf. ID., *Apol.*, 9, 20 y 23, 1.

277. Hostanes fue un célebre mago de la Antigüedad, cuya figura dio lugar a relatos legendarios.

278. Cf. *supra* 19, 14 y nota 177.

de los demonios y en su *Banquete* se esfuerza en explicar la naturaleza de los demonios? En efecto, pretende que es una sustancia intermedia entre la mortal y la inmortal, es decir, entre el cuerpo y el espíritu, compuesta de una mezcla de pesantez terrena y de levedad celeste, a partir de la cual –nos advierte– se forma en nosotros el deseo amoroso, que se desliza en el corazón humano, mueve la sensibilidad, estimula los afectos e infunde el ardor de la pasión<sup>279</sup>.

## 27. *Los dioses paganos son en verdad demonios*

1. Estos espíritus impuros, que, como han mostrado los magos, los filósofos y Platón, no son sino demonios, se ocultan bajo la forma de estatuas e imágenes sagradas<sup>280</sup> y, con su influencia, se revisten de la autoridad propia de una divinidad realmente presente, inspirando a veces a los adivinos, habitando en los templos, dando vida en ocasiones a las fibras de las vísceras<sup>281</sup>, dirigiendo el vuelo de las aves, decidiendo la suerte y realizando oráculos envueltos en muchas falsedades<sup>282</sup>. 2. Pues, en efecto, yerran e inducen a error, ya que desconocen la verdad pura y, cuando la conocen, para su propia perdición, no la confiesan. Así es como hacen caer a las almas desde lo alto del cielo y las apartan del Dios verdadero para llevarlas en cambio a las cosas materiales, perturban la vida, inquietan los sueños; introduciéndose ocultamente en los cuerpos como espíritus

279. Cf. PLATÓN, *El Banquete*, 195 e-196 a y 202 e-203 a. La palabra «ángel» no es utilizada por Platón, pues se introdujo en la lengua griega en época más tardía, probablemente a través del hebreo.

280. Cf. TERTULIANO, *Apol.*,

21, 31; ATENÁGORAS, *Legatio*, 23 y 26.

281. Se refiere a las entrañas de los animales que servían para elaborar los vaticinios y presagios.

282. Cf. APULEYO, *De deo So-cratis*, VI, 133 ss.

sutiles, provocan enfermedades, aterrorizan a las mentes, atormentan los miembros del cuerpo para obligarlos a darles culto<sup>283</sup>, de modo que, saciados por el olor de los altares o por los animales inmolados, parezca que han operado la curación, cuando sólo han soltado lo que les oprimía<sup>284</sup>.

3. Tales son también esos locos, a los que veis salir corriendo en público: profetas ellos mismos, pero fuera del templo, cometen locuras, deliran y caen rodando, pues en ellos actúa una similar instigación del demonio, aunque su locura se manifieste de otro modo<sup>285</sup>. 4. A ellos se refieren esas cosas de las que has hablado poco antes, como la repetición de los juegos ordenada por Júpiter como consecuencia de un sueño, o la visión de Cástor y su hermano con los caballos o la barca que seguía al ceñidor de una matrona<sup>286</sup>.

5. Todas estas cosas las saben la mayor parte de los vuestros y los propios demonios las confiesan de sí mismos cada vez que los expulsamos de los cuerpos por medio del tormento de nuestra palabra y del fuego purificador de nuestra oración<sup>287</sup>. 6. Saturno, Serapis, Júpiter y cualquier otro demonio al que adoráis<sup>288</sup>, vencidos por el dolor, proclaman lo que son y tampoco se atreven a mentir para infamia suya, especialmente en presencia de alguno de vosotros<sup>289</sup>.

283. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 22, 4-8 y 37, 9; TACIANO, *Orat.*, 16-18; CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Protr.*, III, 42, 1.

284. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 22, 11; TACIANO, *Orat.*, 18.

285. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 23, 3.

286. Cf. supra 7, 3.

287. Cf. TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, II, 8; S. JUSTINO, *Apol.* II, 5(6), 6; TACIANO, *Orat.*, 16; TERTULIANO, *Apol.*, 23, 4 y 16; 32, 3.

288. Minucio Félix afirma aquí que esos personajes que los antiguos divinizaron son demonios; pero así contradice afirmaciones suyas anteriores en las que, siguiendo las ideas de Evémero de Mesina (cf. supra nota 181), había señalado que tales dioses no son más que hombres: cf. supra 21; 22,3; 23,3-13.

289. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 23, 6 y 17.

7. ¡Creedles como testigos que de sí mismos confiesan que en verdad son demonios<sup>290</sup>! Pues los desgraciados, cuando son conjurados en nombre del único y verdadero Dios, en contra de su voluntad se estremecen en sus cuerpos y, o bien salen de ellos de inmediato o desaparecen poco a poco, según ayude la fe del que lo padece o influya la gracia de quien cura. Así es como huyen de la proximidad de los cristianos, a los que en sus reuniones acosaban de lejos por medio de vosotros<sup>291</sup>. 8. Por esta razón, se introducen en las mentes de los ignorantes y, movidos por el temor, siembran ocultamente el odio contra nosotros, pues resulta natural odiar y, si se puede, dañar a quien se tiene miedo<sup>292</sup>. De este modo se apoderan de las almas y embotan los corazones para que los hombres comiencen a odiarnos antes de conocernos, no sea que, si nos conocen, puedan imitarnos, o, al menos, no nos puedan condenar<sup>293</sup>.

*28. Los demonios son los instigadores de los ataques a los cristianos*

1. Considerad lo inicuo que es juzgar, como hacéis, sin conocer ni informarse previamente, a la vista de nuestro propio arrepentimiento. 2. Pues también nosotros en otro tiempo fuimos, como vosotros, ciegos y obtusos y, al igual que vosotros, pensábamos que los cristianos daban culto a seres monstruosos, devoraban a los niños, se entregaban a prácticas incestuosas en los banquetes y no comprendíamos que tales fabulaciones eran siempre aireadas por esos demonios sin que se investigaran ni se sometieran a prueba, y

290. Cf. ID., *Apol.*, 23, 17.

291. Cf. ID., *Apol.*, 27, 6; 7, 4.

292. Cf. ID., *Apol.*, 27, 5.

293. Cf. ID., *Apol.*, 1, 3-9; S.

JUSTINO, *Apol.* II, 7(8.) 2-3.

que, a lo largo de todo ese tiempo, no hubo uno solo que lo confesara<sup>294</sup>, no tanto para obtener el perdón por el hecho cometido, cuanto el premio por la delación; hasta tal punto no existía mal alguno, que el cristiano que era acusado ni se avergonzaba ni temía y sólo lamentaba no haberlo sido antes<sup>295</sup>.

3. Nosotros, sin embargo, cuando nos ocupábamos de defender y proteger a algunos de esos incestuosos y parricidas, no considerábamos necesario escucharlos por completo y, a veces, por conmiseración con ellos, nos mostrábamos aún más crueles, torturándolos para negar lo que confesaban, con la intención de que no perecieran, y sometiendo a un interrogatorio perverso, no para sacar a la luz la verdad, sino para obligar a mentir<sup>296</sup>. 4. Y si alguno más débil, presionado y vencido por el mal, negaba ser cristiano, le felicitábamos, como si al abjurar el nombre purificara con esa negación todos sus actos<sup>297</sup>. 5. ¿Veis que pensábamos y actuábamos como vosotros lo hacéis ahora? Pues si hubiera sido la razón, en vez de la instigación del demonio<sup>298</sup>, la que juzgara, se les debería haber presionado a fin de que confesaran las uniones incestuosas, los ritos sacrílegos y los sacrificios de niños pequeños, y no para que negaran ser cristianos<sup>299</sup>. 6. Con estas y otras fabulaciones se-

294. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 7, 5; ATENÁGORAS, *Legatio*, 35.

295. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 1, 12.

296. Cf. ID., *Apol.*, 2, 10-13; S. JUSTINO, *Apol.* 1, 4, 6.

297. Los apologistas cristianos de los primeros tiempos aluden con mucha frecuencia a la injusticia que suponía la persecución que padecían por el solo nombre de cristianos, aunque no

están claros los fundamentos legales de tal acusación: cf. TERTULIANO, *Apol.*, 2, 18-20; ATENÁGORAS, *Legatio*, 1; S. JUSTINO, *Apol.* 1, 4 y 24; ID., *Dial.*, 96, 2; HERMAS, *Visiones*, 3, 1, 9 y 3, 2, 1; ID., *Sim.*, 9, 28, 2.

298. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 2, 14 y 27, 3-4; S. JUSTINO, *Apol.* 1, 5, 1.

299. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 7, 2.

mejantes han llenado los mismos demonios los oídos de los ignorantes, para excitar el horror y la maldición contra nosotros. No hay que sorprenderse de ello, pues la reputación que se alimenta propagando mentiras, y que desaparece con la manifestación de la verdad, es obra de los demonios; ellos son, en efecto, quienes se afanan en sembrar y fomentar el falso rumor.

7. De ahí procede también lo que dices haber oído: que la cabeza de un asno es para nosotros una cosa divina<sup>300</sup>. ¿Quién puede ser tan necio para dar culto a una cosa así? ¿Quién todavía más necio capaz de creerlo? Sólo vosotros, que consagráis asnos enteros en los establos, por ejemplo a vuestra diosa Epona<sup>301</sup>, y que devoráis religiosamente los mismos asnos en compañía de Isis<sup>302</sup>; igualmente, sacrificáis y dais culto a las cabezas de los bueyes y de los carneros y veneráis a dioses que son mezcla de macho cabrío y de hombre y a dioses con rostro de león y de perro<sup>303</sup>. 8. ¿No es cierto que, al igual que los egipcios, adoráis y alimentáis al buey Apis<sup>304</sup>? Y no condenáis sus ritos sagrados instituidos en honor de serpientes, cocodrilos, aves, peces y otros animales, todos ellos dioses cuya muerte se castiga con la pena capital para quien la comete<sup>305</sup>. 9. Los mismos egipcios,

300. Cf. supra 9,3 y nota 57.

301. Diosa celta, protectora de los asnos y de los caballos, adoptada por los romanos; cf. TERTULIANO, *Apol.*, 16, 5 e *Id.*, *Ad nat.*, I, 11.

302. Cf. PLUTARCO, *De Isid. et Osir.*, 30, 362 F.

303. Alusión a las representaciones figurativas de diversas divinidades egipcias.

304. Buey sagrado venerado especialmente en Menfis.

305. La zoolatría egipcia o culto a dioses animales fue ya criticada por muchos autores paganos y constituyó también un motivo habitual de crítica para los judíos y los cristianos. Véase, por ejemplo, CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 16, 43 y I, 36, 101; TERTULIANO, *Apol.*, 24, 7. La enumeración que hace aquí Octavio recuerda a CICERÓN, *De nat. deor.*, III, 19, 47.

como la mayor parte de vosotros, no temen más a Isis que al picor de las cebollas<sup>306</sup>, ni tiemblan más ante Serapis que ante los ruidos procedentes de las partes vergonzosas del cuerpo<sup>307</sup>.

10. También el que habla contra nosotros, acusándonos de adorar las partes viriles de los sacerdotes, trata de atribuirnos lo que en realidad es suyo<sup>308</sup>. Tales deshonestidades son quizá ritos sagrados para aquellos de uno y otro sexo que se prostituyen en todos sus miembros, llaman elegancia a la desvergüenza, envidian la incontinenencia de las prostitutas, lamen a los que son medio hombres, tocan con su boca libidinosa las partes genitales, hombres de mala lengua aunque estuvieran callados, a los que su indecencia les produce hastío antes que vergüenza<sup>309</sup>. 11. ¡Qué sacrilegio! Cometen contra sí mismos un crimen funesto, que ni una época más tolerante es capaz de soportar, ni se puede imponer a la servidumbre más dura.

## 29. *Refutación de las acusaciones: la adoración de las cruces*

1. A nosotros no nos está permitido ni siquiera oír estas y otras infamias semejantes<sup>310</sup>, y también sería indecente dedicar más tiempo a refutarlas; en efecto, inventáis cosas acerca de quienes son castos y virtuosos, que no creeríamos que

306. Según el escritor latino Juvenal, entre los egipcios existía la prohibición de comer cebollas: cf. JUVENAL, *Sat.*, xv, 9; PLINIO EL VIEJO, *Nat. hist.*, II, 16 y XIX, 101. Entre los autores cristianos, Orígenes es el único que alude a este hecho: ORÍGENES, *Contra Celso*, v, 35.

307. Cf. TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, I, 10; ORÍGENES, *Contra Celso*, v, 35.

308. Cf. supra 9,4 y nota 58.

309. Cf. TERTULIANO, *Ad nat.*, I, 15; ID., *Apol.*, 9, 12; S. JUSTINO, *Apol.* I, 27; TACIANO, *Orat.*, 28; ATENÁGORAS, *Legatio*, 34.

310. Cf. Ef 5, 3; cf. infra 30,6.

podieran darse, si no las confirmarais con vuestra propia conducta.

2. Así, cuando nos imputáis que nuestra religión adora a un hombre criminal y a su cruz<sup>311</sup>, os alejáis mucho de los senderos de la verdad, al pensar que un criminal ha merecido o un ser terreno ha podido ser creído un dios.

3. ¿Acaso no es un miserable quien pone toda su esperanza en un hombre mortal<sup>312</sup>?, porque todo su amparo acaba con la desaparición de ese hombre.

4. Es verdad que los egipcios eligen a un hombre a quien van a dar culto y a él solo le ofrecen sacrificios, le consultan todo y le inmolan víctimas. Pero aquel que para los otros es un dios, para sí mismo es ciertamente un hombre, lo quiera o no, y no engaña a su conciencia aunque seduzca a la ajena. 5. También a los príncipes y a los reyes, cuando se les trata no como hombres importantes y selectos, según es lícito, sino como dioses, se les tributa de modo indigno una falsa adulación<sup>313</sup>, pues lo más adecuado es otorgar a un hombre ilustre una honra más justa y a un hombre de bien un afecto más entrañable. Así, se invoca a su divinidad, se ofrecen súplicas ante sus imágenes, se implora a su Genio<sup>314</sup>, es decir, a su demonio<sup>315</sup>, y

311. Cf. supra 9,4. Se trata quizá del pasaje más controvertido del *Octavio*, en cuanto que parece eludir un aspecto verdaderamente central de la fe cristiana, como es la muerte en la cruz padecida por Cristo, al que ni siquiera menciona explícitamente y del que se limita a negar indirectamente que sea un criminal o un simple hombre. Acerca de esta cuestión, véase más abajo la nota 317, así como los apartados 3.6 y 4 de la Introducción.

312. Cf. Jr 17, 5; Sal 146 (145), 3-4; cf. S. JUSTINO, *Dial.*, 8, 3.

313. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 34, 3.

314. En la religión romana el Genio es una divinidad tutelar de cada varón (el de cada mujer se llamaba Juno), que le protege desde su nacimiento y que a su muerte puede permanecer como espíritu benévolo o malo.

315. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 32, 2-3 y 35, 10.

se considera más seguro jurar por el Genio de Júpiter que por el del rey<sup>316</sup>.

6. En cuanto a las cruces, ni las adoramos ni las deseamos<sup>317</sup>. Vosotros sí que consagráis a dioses de madera y adoráis acaso las cruces de madera como si fueran parte de vuestros dioses<sup>318</sup>. 7. Pues las mismas banderas, los estandartes y guiones de los campamentos, ¿qué son sino cruces doradas y adornadas? Vuestros trofeos victoriosos no sólo imitan la apariencia de una simple cruz, sino también la de un hombre clavado en ella<sup>319</sup>. 8. En realidad, el signo de la cruz lo vemos de modo natural en un navío, cuando navega con las velas desplegadas<sup>320</sup> o se desliza con sus remos extendidos; asimismo, cuando se construye un yugo, es un signo de la cruz y también cuando el hombre con las manos extendidas<sup>321</sup> venera a Dios con un corazón puro. De modo que, o bien la razón natural se apoya en el signo de la cruz o vuestra religión es modelada por él.

### 30. *La falsa acusación de infanticidio y de inmolación de niños*

1. Quisiera ahora responder a aquel que dice o cree que nuestra iniciación se realiza por medio de la muerte y la san-

316. Cf. ID., *Apol.*, 28, 4; ID., *Ad nat.*, I, 10.

317. Aprovechando que Cecilio menciona en su intervención las cruces, en plural (cf. supra 12,4), Octavio se limita aquí a negar que los cristianos las adoren, pero, al igual que un poco más atrás (cf. supra 29,2-3 y nota 311), renuncia a exponer la doctrina acerca del valor redentor de la cruz de Cristo. Esta actitud, muy calculada, pa-

rece obedecer a una intención táctica, que trata de evitar lo que pueda resultar inaceptable a los paganos: cf. Introducción, nota 68.

318. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 16, 7; ID., *Ad nat.*, I, 12.

319. Cf. ID., *Apol.*, 16, 7-8; ID., *Ad nat.*, I, 12; S. JUSTINO, *Apol.* I, 55.

320. Cf. S. JUSTINO, *Apol.* I, 55, 3 y 60, 1-7.

321. Cf. TERTULIANO, *Ad nat.*, I, 12.

gre de un niño pequeño<sup>322</sup>. ¿Piensas que puede suceder que un cuerpo tan delicado y tan pequeño reciba esos golpes mortales? ¿Que haya alguien capaz de golpear, derramar y beber la sangre fresca de un ser jovencísimo, apenas humano? Sólo quien puede atreverse a hacerlo es capaz de crearlo<sup>323</sup>. 2. Veo, en efecto, que vosotros a los hijos que habéis engendrado los exponéis a las fieras y a las aves, o los estranguláis, sometiéndolos a un género de muerte deplorable<sup>324</sup>; hay incluso mujeres que, mediante la ingestión de brebajes, destruyen en sus mismas entrañas el origen del futuro ser humano, cometiendo un parricidio antes de dar a luz<sup>325</sup>.

3. Y también estas cosas tienen su origen en el modo de comportarse de vuestros dioses. Pues Saturno, ciertamente, no expuso a sus hijos, pero los devoró<sup>326</sup>; por eso, en algunas partes de Africa los padres inmolaban a sus hijos recién nacidos, acallando sus gemidos con caricias y besos, para no ofrecer una víctima llorosa<sup>327</sup>. 4. Los tauros del Ponto<sup>328</sup>, así como el egipcio Busíride<sup>329</sup>, tenían por costumbre inmolarse

322. Cf. supra 9,5.

323. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 8, 5. En este capítulo, Tertuliano alude a la misma calumnia a la que se refiere aquí Minucio Félix.

324. Cf. ID., *Apol.*, 9, 7.

325. Cf. ID., *Apol.*, 9, 8. Tanto la exposición de los niños como el aborto eran prácticas denunciadas y netamente rechazadas por los judíos y cristianos, así como por algunos autores paganos: cf. FLAVIO JOSEFO, *Contra Apión*, II, 24, 202; FILÓN DE ALEJANDRÍA, *De spec. leg.*, III, 108-109; *Didaché*, 2, 2 y 5, 2; *Epístola a Bernabé*, 19, 5 y 20, 2; *Ad Diog-*

*netum*, 5, 6; ATENÁGORAS, *Legatio*, 35; S. JUSTINO, *Apol.* I, 27; ORÍGENES, *Contra Celso*, VIII, 55; SÉNECA, *Ad Helv. de consol.*, XVI, 3; ID., *De ira*, I, 15, 2; JUVENAL, *Sat.*, VI, 592-601; etc.

326. Cf. supra nota 171 y 22,3; cf. TERTULIANO, *Apol.*, 9, 4; ID., *Ad nat.*, II, 12.

327. Cf. ID., *Apol.*, 9, 2-4.

328. Cf. supra nota 29. Cf. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Protr.*, II, 42, 3; ATENÁGORAS, *Legatio*, 26; TERTULIANO, *Apol.*, 9, 5.

329. Rey legendario de Egipto, célebre por su crueldad, que murió a manos de Hércules.

a los extranjeros, los galos sacrificaban a Mercurio víctimas humanas, o más bien inhumanas<sup>330</sup>, un sacrificio romano consistía en enterrar vivos a un griego y una griega, un galo y una gala<sup>331</sup>, y todavía hoy los romanos veneran a Júpiter Lacial con un homicidio y, cosa digna de un hijo de Saturno, lo ceban con la sangre de un hombre malvado y criminal<sup>332</sup>. 5. Estoy convencido de que el mismo Júpiter es quien enseñó a Catilina<sup>333</sup> a juramentarse con un pacto de sangre y a Belona<sup>334</sup> a empapar de sangre humana sus ceremonias de culto y a sanar la epilepsia<sup>335</sup> con sangre humana, es decir, con un mal aún más grave<sup>336</sup>. 6. Algo semejante hacen quienes se alimentan de las fieras que proceden de la arena, untadas e impregnadas de sangre humana o cebadas con miembros y vísceras humanas<sup>337</sup>. A nosotros, en cambio, no nos

330. Los tres primeros ejemplos los toma Minucio muy probablemente de CICERÓN, *De rep.*, III, 9, 15. Tertuliano, por su parte, menciona a los tauros y a los galos: cf. *Apol.*, 9, 5.

331. Cf. TITO LIVIO, *Ab urbe cond.*, XXII, 57, 6; PLINIO EL VIEJO, *Nat. bist.*, XXVIII, 12.

332. En honor de Júpiter Lacial se celebraban anualmente en los montes Albanos las *feriae Latinae*, que al parecer incluían sacrificios humanos. Los apolo-gistas cristianos aluden con frecuencia a ello: cf. S. JUSTINO, *Apol.* II, 12, 5; TACIANO, *Orat.*, 29; TEOFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, III, 8; TERTULIANO, *Apol.*, 9, 5.

333. Cf. SALUSTIO, *De coniur. Cat.*, 22; PLUTARCO, *Cic.*, 10, 3;

DIÓN CASSIO, *Hist. Rom.*, XXXVII, 30, 3.

334. Diosa originaria de Capadocia, cuyos sacerdotes se hacían cortes en el cuerpo para hacer brotar la sangre. Cf. *supra* 24, 12.

335. Enfermedad considerada sagrada, que recibía el nombre de *morbis comitialis*, empleado aquí por Minucio Félix, porque se suspendían los comicios o asambleas electivas del pueblo romano cuando en sus reuniones alguien manifestaba síntomas de epilepsia. Se creía que se podía curar bebiendo la sangre de un gladiador recién muerto sobre la arena, creencia a la que alude aquí Minucio Félix.

336. Los tres ejemplos son mencionados por TERTULIANO, *Apol.*, 9, 9-10.

337. Cf. *Id.*, *Apol.*, 9, 11.

está permitido ver ni oír hablar de un homicidio<sup>338</sup> y hasta tal punto nos guardamos de la sangre humana que en los alimentos no admitimos siquiera la sangre de los animales comestibles<sup>339</sup>.

31. *La acusación de incesto: la pureza y sobriedad de vida de los cristianos*

1. Por lo que respecta a los banquetes incestuosos<sup>340</sup>, se trata de una pura fabulación urdida contra nosotros por la conspiración de los demonios, para ensuciar la gloria de nuestra castidad esparciendo sobre ella una infamia repugnante y lograr así que los hombres, antes de informarse de la verdad, se alejen de nosotros aterrorizados por esa vergonzosa reputación<sup>341</sup>. 2. Acerca de esto, tu compatriota Frontón<sup>342</sup> no ha actuado como testigo que da un testimonio imparcial, sino como orador que se ha dedicado a propagar la injuria, pues tales cosas proceden más bien de vuestra gente. 3. Entre los persas es lícito unirse a su madre<sup>343</sup>, entre los egipcios y atenienses son legítimos los matrimonios con las hermanas; los incestos son enaltecidos en vuestras historias y tragedias, que leéis y oís de buena gana<sup>344</sup>. De igual modo, dais culto a dioses que han cometido uniones incestuosas con su madre, su hija o su hermana<sup>345</sup>. 4. Con

338. Cf. ATENÁGORAS, *Legatio*, 35; TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, III, 15.

339. Cf. Hch 15, 20; TERTULIANO, *Apol.*, 9, 13; CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Paed.*, III, 25, 2.

340. Cf. supra 9,6-7.

341. Cf. supra 27,8 y 28,6.

342. Cf. supra 9,6 y nota 62.

343. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 9, 16; ID., *Ad nat.*, I, 16. Cf. HERÓDOTO, *Historia*, III, 31; TACIANO, *Orat.*, 28; ORÍGENES, *Contra Celso*, v, 27.

344. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 9, 16.

345. Es este un lugar común al que recurre la apologética cris-

razón, pues, el incesto aparece con frecuencia entre vosotros y siempre se permite. Desgraciados, incluso sin saberlo podéis precipitaros hacia las cosas ilícitas: ya que os dedicáis a esparcir el amor con total promiscuidad, a engendrar hijos por doquier, a dejar no raras veces a los nacidos en vuestro hogar a merced de la misericordia ajena, es inevitable que os encontréis por azar con vuestros propios hijos<sup>346</sup>. Así, urdís la mentira del incesto, incluso sin tener conciencia de ello<sup>347</sup>.

5. Nosotros, en cambio, mostramos el pudor no en el rostro, sino en el alma: de buena gana permanecemos unidos con el vínculo de un único matrimonio y ejercemos el deseo de engendrar con una sola mujer, o con ninguna<sup>348</sup>. Nuestros banquetes no son sólo honestos, sino también sobrios, pues no nos excedemos en la comida ni prolongamos los banquetes bebiendo vino sin mezcla, sino que moderamos la alegría con gravedad, por medio de una conversación casta y de un cuerpo aún más casto<sup>349</sup>; y hay muchos entre nosotros que disfrutan, sin jactarse de ello, de la virginidad perpetua de un cuerpo intacto<sup>350</sup>; en suma, el deseo del incesto está tan lejos de nosotros que a algunos incluso una unión honesta les avergüenza.

6. Si rechazamos vuestros honores y vuestras púrpuras, no es porque contemos sólo con lo más bajo de la plebe, y

tiana de los primeros siglos: cf. TACIANO, *Orat.*, 8; ATENÁGORAS, *Legatio*, 20 y 32; TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, III, 3; etc.

346. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 9, 17; S. JUSTINO, *Apol.* 1, 27, 3.

347. Cf. CLEMENTE DE ALEXANDRÍA, *Paed.*, III, 21, 5.

348. Minucio Félix parece compartir aquí la tesis de muchos autores cristianos de los primeros tiempos, no sólo heterodoxos y ri-

goristas, que desaconsejaban volver a casarse tras el fallecimiento del cónyuge: cf. ARÍSTIDES, *Apol.*, 15, 7; ATENÁGORAS, *Legatio*, 33, 10; TERTULIANO, *Apol.*, 9, 19; 46, 10; ID., *De monog.*, 9 ss.; etc.

349. Cf. ID., *Apol.*, 39, 14-19.

350. Cf. ID., *Apol.*, 9, 19; ID., *Adv. Val.*, 5, 1; S. JUSTINO, *Apol.* 1, 15, 6; ATENÁGORAS, *Legatio*, 33; ORÍGENES, *Contra Celso*, I, 26 y VII, 48; etc.

si todos conocemos un único bien<sup>351</sup>, no es porque seamos conspiradores, pues mostramos la misma serenidad en grupo que individualmente<sup>352</sup>, ni tampoco somos charlatanes en los rincones por el hecho de que os avergoncéis o temáis oírnos en público<sup>353</sup>.

7. El que nuestro número aumente de día en día no es un delito que ponga de manifiesto nuestro error<sup>354</sup>, sino más bien un signo de aprobación, ya que noble y excelente género de vida es aquel que lleva a perseverar en él a quien lo practica y a adherirse al extraño. 8. Así pues, para terminar, nos distinguimos fácilmente no por una marca corporal, como creéis<sup>355</sup>, sino por el signo de la inocencia y de la modestia; nos amamos unos a otros, lo cual os aflige, porque no sabemos odiar; y nos llamamos hermanos, cosa que os produce envidia, como es propio de hombres que tienen a un único Dios por padre<sup>356</sup>, que son partícipes de la misma fe y coherederos de la esperanza<sup>357</sup>. Vosotros, en cambio, os ignoráis mutuamente, incurris en enfrentamientos de unos con otros y sólo os reconocéis hermanos para cometer fratricidio<sup>358</sup>.

### 32. *Los templos y la verdadera adoración al Dios invisible*

1. ¿Pensáis que ocultamos lo que adoramos, porque no tenemos templos ni altares<sup>359</sup>? ¿Qué imagen de Dios voy a

351. Cf. Rm 15, 5; Flp, 2, 2; TERTULIANO, *Apol.*, 39, 9.

352. Cf. ID., *Apol.*, 39, 21.

353. Todo el pasaje es una contestación a la acusación realizada más atrás por Cecilio (cf. supra 8,4).

354. Cf. supra 9,1.

355. Cf. supra 9,2 y notas

53-54.

356. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 39, 7-9.

357. Cf. Tt 3, 7; Rm 8, 17; 1 P 3, 7.

358. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 39, 10.

359. Cf. supra 10,2.

modelar, cuando, si bien lo consideras, el mismo hombre es imagen de Dios<sup>360</sup>? ¿Qué templo le voy a construir, si el mundo entero, que es obra suya, no puede contenerlo<sup>361</sup>? Y yo mismo, que como hombre habito holgadamente, ¿voy a encerrar a un ser tan majestuoso dentro de un pequeño templo<sup>362</sup>? 2. ¿Acaso no es mejor que le veneremos en nuestro interior y le consagremos en nuestro corazón<sup>363</sup>? ¿Ofreceré a Dios las ofrendas y víctimas que él ha puesto a mi disposición, para devolverle su propio don<sup>364</sup>? Sería un signo de ingratitud, pues la ofrenda agradable a Dios es un alma buena, un espíritu puro, una conciencia sincera<sup>365</sup>. 3. Pues, en efecto, quien cultiva la inocencia, ruega a Dios; quien practica la justicia, ofrece libaciones a Dios; quien se abstiene de fraudes, ofrece un sacrificio a Dios; quien salva a un hombre del peligro, ése inmola la víctima más excelente. Estos son nuestros sacrificios; estos son los misterios de Dios; así, el más religioso entre nosotros es el que es más justo.

360. Cf. Gn 1, 26-27; 1 Co 11, 7; Col 3, 10; St 3, 9; etc. La idea del hombre como imagen de Dios se halla presente no sólo en los autores cristianos, sino también entre los paganos: cf. PLATÓN, *Fedón*, 79 d; ID., *República*, vi, 501 b; CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 32, 90 y I, 37, 103; ATENÁGORAS, *De resurr.*, 12; TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, I, 4; II, 18; TACIANO, *Orat.*, 15; CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Protr.*, 4, 59, 2; etc.

361. Cf. 1 R 8, 27; Hch 7, 48-50; Hch 17, 24-25. Véase asimismo: CICERÓN, *De nat. deor.*, I, 37, 103; ID., *De rep.*, III, 9, 14; S. JUSTINO, *Dial.*, 127, 2-3; TEÓFILO DE

ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, II, 3; CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Strom.*, VII, 28, 1.

362. Cf. ARNOBIO, *Adv. nat.*, VI, 3.

363. Cf. SÉNECA, *Mor. phil. libri* (fr. 123 Haase, ap. LACTANCIO, *Div. inst.*, VI, 25, 3). Cf. 1 Co 3, 16 y 2 Co 6, 16.

364. Cf. TACIANO, *Orat.*, 4; ATENÁGORAS, *Legatio*, 13.

365. Cf. 1 Tm 1, 5; CICERÓN, *De nat. deor.*, II, 28, 71; SÉNECA, *Mor. phil. libri* (fr. 123 Haase, ap. LACTANCIO, *Div. inst.*, VI, 25, 3); S. JUSTINO, *Apol.* I, 10 y 13; ID., *Dial.*, 22 y 117; ATENÁGORAS, *Legatio*, 13; TERTULIANO, *Apol.*, 30, 5.

4. No obstante, no mostramos ni vemos al Dios al que adoramos. Precisamente por eso creemos que es Dios, porque podemos comprenderle, pero no verle<sup>366</sup>. Porque es en todas sus obras y en los movimientos todos del universo donde percibimos su poder siempre presente, ya truene, relampaguee, caigan rayos o se haga la calma. 5. No te has de extrañar, por tanto, si no ves a Dios: también el viento y la brisa mueven, agitan y ponen todo en vibración y, sin embargo, ni el viento ni la brisa aparecen ante nuestros ojos. Tampoco podemos mirar al sol, que es la causa de que todos veamos: los rayos impiden la mirada, se embotan los ojos de quien observa y, si continuas mirando largo tiempo, se extingue toda visión<sup>367</sup>. 6. ¿Cómo vas a poder resistir al mismo artífice del sol, a aquella fuente de luz, si te apartas de su fulgor y te escondes de sus rayos? ¿Pretendes ver a Dios con los ojos de la carne, cuando no puedes percibir ni captar tu propia alma, gracias a la cual vives y hablas?

7. Pero, objetas, Dios desconoce lo que el hombre hace y, situado en el cielo, no puede visitar todos y conocer a cada uno<sup>368</sup>. Te equivocas y engañas, oh hombre: ¿de dónde se halla Dios alejado, siendo así que todas las cosas celestes y terrestres y las que están fuera de esta región del orbe son conocidas por Dios y están llenas de El<sup>369</sup>? Dios está en

366. Cf. 1 Tm 6, 16; Ex 33, 20; Jn 1, 18; cf. supra 10,5 y 18,8.

367. A la habitual comparación con el sol recurre, por ejemplo, PLATÓN: *Fedón*, 99 d; *Leyes*, X, 897 d. Minucio Félix parece, sin embargo, inspirarse en un texto de JENOFONTE, *Mem.*, IV, 3, 13-14, que es a su vez citado, entre otros, por CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Protr.*, VI, 71, 3 y *Strom.*, V, 108, 5. A ella acuden también con fre-

cuencia los autores cristianos: cf. TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, I, 5 y II, 36; S. JUSTINO, *Dial.*, 128, 3; ATENÁGORAS, *Legatio*, 10; TERTULIANO, *Apol.*, 21, 12-14; etc.

368. Cf. supra 10,5 y 18,3.

369. La idea de la omnisciencia y ubicuidad de Dios se halla en muchos autores paganos, desde el primer filósofo Tales de Mileto (cf. Diels-Kranz, fr. 22), y también, como es lógico, entre los cristianos:

todas partes, no sólo próximo a nosotros, sino dentro de nosotros<sup>370</sup>. 8. Vuelve de nuevo a mirar al sol: está fijo en el cielo, pero difundido por toda la tierra; de igual modo, se halla presente por doquier y toma parte y se mezcla en todo, permaneciendo siempre intacto su fulgor. 9. ¡Cuánto más el Dios autor y observador de todo<sup>371</sup>, al que nada puede permanecer oculto, está también presente en las tinieblas y en nuestros pensamientos<sup>372</sup>, como si de otras tinieblas se tratara! No sólo actuamos bajo su mirada, sino que, por así decir, vivimos también con El<sup>373</sup>.

### 33. *La razón de la derrota de los judíos*

1. No nos enorgullecemos de nuestro gran número, pues aunque nos parece que somos muchos, para Dios, sin embargo, somos muy pocos. Nosotros hacemos distinción de razas y pueblos, mientras que para Dios el universo entero es una sola morada<sup>374</sup>. Los reyes solamente por medio de la

cf. PLATÓN, *Leyes*, x, 899 b; ARISTÓTELES, *De anima*, I, 5, 411 a; VIRGILIO, *Bucólicas*, III, 60; CICERÓN, *De leg.*, II, 10, 26; SÉNECA, *Epist.*, 65, 23-24; ATENÁGORAS, *Legatio*, 8; TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, II, 3; S. JUSTINO, *Dial.*, 127; etc.

370. Cf. SÉNECA, *Epist.*, 41, 1; 95, 47; 120, 14; VIRGILIO, *Aen.*, VI, 726; cf. infra 32,9 con las notas 373 y 374 y 33,1 in fine.

371. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 45, 7.

372. Cf. SÉNECA, *Epist.*, 41, 2 y 83, 1. Se trata, no obstante, de una idea contenida en numerosos

textos bíblicos y a la que aluden con frecuencia los autores cristianos: Sal 7, 10; Jr 17, 10; Hch 1, 24; Rm 8, 27; 1 Co 14, 25; S. JUSTINO, *Apol.*, II, 12, 4; ATENÁGORAS, *Legatio*, 31; etc.

373. Cf. Hch 17, 28.

374. Cf. supra 18,4 y nota 133. Es una idea que aparece en el estoicismo y en el cristianismo: cf. CICERÓN, *De rep.*, III, 9, 14 y VI, 15, 15; ID., *De leg.*, II, 10, 26; SÉNECA, *De benef.*, VII, 1, 7; ID., *Epist.*, 90, 28; TERTULIANO, *Apol.*, 38, 3; ID., *De pudic.*, 7, 11; *Ad Diognetum*, 5, 1-5.

actividad de sus ministros conocen todo su reino. Dios, en cambio, no tiene necesidad de informaciones<sup>375</sup>, pues no vivimos sólo ante sus ojos, sino en su seno<sup>376</sup>.

2. Dirás que de nada aprovechó a los judíos el adorar con la mayor devoción a un único Dios en sus altares y templos<sup>377</sup>. Manifiestas tu ignorancia si, olvidando o desconociendo lo antiguo, recuerdas lo más reciente, pues ellos mismos, mientras dieron culto a nuestro Dios –que es el mismo Dios de todos– 3. de una manera pura, honrada y devota, mientras se sometieron a sus saludables preceptos, pasaron de ser pocos a ser innumerables, de pobres a ricos, de servidores a reyes; bajo el mandato de Dios y ayudados por las circunstancias, siendo pocos, sin armas y puestos en fuga, derrotaron a muchos, armados, que les perseguían<sup>378</sup>.

4. Relee sus escritos<sup>379</sup> o, si prefieres a los romanos para pasar por alto los más antiguos, busca los de Flavio Josefo<sup>380</sup> o los de Antonio Juliano<sup>381</sup> sobre los judíos: sabrás entonces que por su maldad han merecido esta suerte y que nada les ha sucedido que no les fuera antes predicho que ocurriría si perseveraban en su contumacia. 5. Así comprenderás que abandonaron a Dios antes de ser abando-

375. Cf. SÉNECA, *Epist.*, 95, 47.

376. Cf. supra 32,9 y nota 373.

377. Cf. supra 10,4.

378. Probablemente se refiere al paso del mar Rojo por los judíos y el ejército egipcio que los perseguía: cf. Ex 14, 15-31.

379. Es una de las pocas referencias, aunque no del todo explícitas, que Minucio Félix hace a los libros sagrados: véase también infra 34,5 y 35,1.

380. Militar judío del siglo 1, que sobrevivió al asedio de Jerusalén por las tropas romanas el año 70. Se trasladó después a Roma, donde escribió la *Guerra de los judíos*, las *Antigüedades de los judíos* y *Contra Apión*. Sus obras fueron utilizadas y citadas con frecuencia por los primeros escritores cristianos.

381. Probablemente se trata de un procurador de Judea, que cita Flavio Josefo en su *Guerra de los judíos*, vi, 4, 3.

nados por El y que no han sido vencidos junto con su Dios, como impiamente afirmas<sup>382</sup>, sino que fueron entregados por Dios por haber desertado de sus leyes<sup>383</sup>.

### 34. *La doctrina cristiana del fin del mundo y de la resurrección*

1. Por lo demás, en cuanto al incendio del mundo, es un error propio del vulgo no creer que sobrevendrá el fuego de improviso o que se dividirá el cielo<sup>384</sup>. 2. Pues, ¿quién entre los sabios duda, quién ignora que todo lo que ha nacido muere, que lo que ha sido hecho perece? Los estoicos poseen la firme convicción de que el cielo, con todo lo que contiene, así como ha tenido un comienzo, desaparecerá por la fuerza del fuego cuando el agua dulce de las fuentes y los mares cese de alimentarlo, pues el mundo entero, una vez que se consuma el elemento líquido, arderá<sup>385</sup>. 3. Y los epicúreos son de la misma opinión en lo que respecta a la conflagración de los elementos y a la destrucción del mundo<sup>386</sup>. 4. Platón dice que las partes del mundo alternativamente se inundan o se consumen por el fuego<sup>387</sup> y, aunque afirma que

382. Cf. supra 10,4.

383. La interpretación que en este capítulo hace Minucio Félix de la historia del pueblo judío es semejante a la de otros escritores cristianos, como por ejemplo TERTULIANO, *Apol.*, 21, 4-6 y 26, 3; ID., *Adv. Iud.*, 11 y 13.

384. Cf. supra 11,1.

385. Cf. CICERÓN, *De nat. deor.*, II, 46, 118 y III, 14, 37. Entre los apologistas era frecuente remitirse a esta doctrina de los estoicos

para hacer ver que la creencia cristiana en el fin del mundo no era algo absurdo, aun señalando las diferencias entre una y otra doctrina: cf. S. JUSTINO, *Apol.* I, 20, 1-4; ID., *Apol.* II, 6(7), 3; TACIANO, *Orat.*, 3 y 6; ATENÁGORAS, *Legatio*, 19 y 22; TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, II, 38; CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Strom.*, V, 105, 1; etc.

386. Cf. LUCRECIO, *De rer. nat.*, V, 380-415.

387. Cf. PLATÓN, *Timeo* 22 c.

el mundo ha sido hecho perpetuo e indisoluble, añade que para su artífice, el único Dios, es sin embargo disoluble y mortal<sup>388</sup>. No es de extrañar, por tanto, que esta gran mole del mundo sea destruida por quien la construyó. 5. Adviertes que los filósofos sostienen lo mismo que nosotros decimos, no porque hayamos seguido sus huellas, sino porque ellos, a partir de las divinas predicciones de los profetas<sup>389</sup>, han imitado la sombra de una verdad desfigurada<sup>390</sup>.

6. De modo semejante, los más célebres de los sabios, en primer lugar Pitágoras y principalmente Platón<sup>391</sup>, han enseñado también la doctrina de la resurrección, aunque a medias y no sin corruptelas, pues pretenden que, tras la descomposición de los cuerpos, sólo las almas permanecen eternamente y emigran repetidas veces a otros cuerpos nuevos. 7. Para distorsionar la verdad, añaden también a éstas otras

388. Cf. ID., *Timeo* 41 a-b. Los apologistas cristianos se refirieron con frecuencia a este pasaje platónico: cf. S. JUSTINO, *Dial.*, 5, 4; ATENÁGORAS, *Legatio*, 6; CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Strom.*, v, 102, 5.

389. Cf. supra 33,4 y nota 379.

390. Entre los apologistas cristianos de los primeros siglos estaba muy difundida la idea de que la verdad anunciada por los profetas y contenida en el Antiguo Testamento fue plagiada por los filósofos griegos; sólo así se explicaban sorprendentes puntos en común con algunas de las doctrinas reveladas. Puede verse, por ejemplo, S. JUSTINO, *Apol.* 1, 44, 8-10; 54, 4; 59, 1-60, 10; CLEMENTE

DE ALEJANDRÍA, *Strom.*, I, 66-87 y 100-101; II, 1-3; V, 89-141; VI, 55, 4; TACIANO, *Orat.*, 31; 36, 40-41; TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, II, 8 y 37; III, 16-29; TERTULIANO, *Apol.*, 47, 3 y 14; ORÍGENES, *Com. in Cant. Cant.*, prol., 3, 4.

391. Tanto Pitágoras como Platón son citados por otros apologistas en este mismo sentido: cf. S. JUSTINO, *Dial.*, 5, 6 y 6, 1; ID., *De resurr.*, fr. 10; TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, III, 7; ATENÁGORAS, *Legatio*, 36; TERTULIANO, *Apol.*, 48, 1-2; ID., *De anima*, 28, 1; etc. Los principales textos de Platón a los que se remite la tesis de la transmigración de las almas mencionada aquí por Minucio Félix son: *Fedón*, 81 c-82 b; *Re-pública*, x, 620 c-c; *Timeo*, 42 b-c.

cosas, como que las almas de los hombres van a parar a animales domésticos, a aves o a fieras salvajes. Opinión esta que es ciertamente más digna del sarcasmo de un comediante que de la reflexión de un filósofo<sup>392</sup>. 8. Pero basta para mi propósito mostrar que también en este punto vuestros sabios están de algún modo de acuerdo con nosotros.

9. Por otro lado, ¿quién puede ser tan necio o tan estúpido que se atreva a negar que Dios, así como primero pudo hacer al hombre, puede de nuevo restablecerlo?, ¿que él nada es después de la muerte y que antes del nacimiento nada fue?, ¿que si ha sido posible nacer de la nada, también es posible ser regenerado a partir de la nada? Pues resulta más difícil que comience a ser lo que no es, que volver a realizar lo que ya ha existido<sup>393</sup>. 10. ¿Crees tú que parece también a los ojos de Dios lo que escapa a nuestros ojos embotados? Todo cuerpo, ya se convierta en polvo, se disuelva en el líquido, se reduzca a cenizas o se disipe en el vapor, desaparece para nosotros, pero no para Dios, que se ocupa de la conservación de los elementos<sup>394</sup>. En contra de lo que creéis, tampoco tememos daño alguno de la incineración<sup>395</sup>,

392. Minucio Félix parece inspirarse en un pasaje de Tertuliano, quien menciona al filósofo Liberio, que a su vez atribuye a Pitágoras esa tesis: cf. TERTULIANO, *Apol.*, 48, 1.

393. Cf. ID., *Apol.*, 48, 5-6; ID., *De resurr. carnis*, 11; S. JUSTINO, *Apol.* 1, 10, 3; 19; ID., *De resurr.*, frg. 5-6; ATENÁGORAS, *De resurr.*, 3; TEÓFIL DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, 1, 8 y 13; II, 14; etc.

394. Cf. TACIANO, *Orat.*, 6.

395. Parece que el modo primitivo de sepultura era la inhu-

mación o enterramiento, aunque desde época muy antigua coexistió con la cremación o incineración del cadáver, según muestran las excavaciones arqueológicas. No obstante, con el tiempo se fue imponiendo progresivamente la incineración, que en el siglo I d. C., es decir, aproximadamente cien años antes del tiempo en el que escribe Minucio Félix, fue considerada por el emperador Tácito como la manera propiamente romana de dar sepultura a los muertos. Por eso, aunque el texto latino habla genéricamente

pero practicamos la antigua y preferible costumbre de la inhumación<sup>396</sup>.

11. Mira además cómo, para nuestro consuelo, toda la naturaleza prepara nuestra resurrección futura. El sol se oculta y renace, los astros desaparecen y vuelven a aparecer, las flores se marchitan y reviven, después de la caducidad los árboles se cubren de hojas, las semillas sólo reverdecen una vez que se han podrido; de igual modo, el cuerpo se comporta en este mundo como los árboles en invierno, que ocultan su verdor bajo la apariencia de sequedad<sup>397</sup>.

12. ¿Qué prisa tienes de que, estando todavía en el crudo invierno, reviva y retorne? También nosotros hemos de esperar la primavera del cuerpo<sup>398</sup>. No se me escapa que muchos, conscientes de sus méritos, más que creer, desean no ser nada después de la muerte, prefiriendo desaparecer totalmente antes que ser regenerados para padecer el castigo<sup>399</sup>. Su error aumenta por no tener en cuenta la libertad que se les ha concedido en este mundo<sup>400</sup> y la grandísima

sólo de *sepultura*, la costumbre predominante en la época y el contexto mismo del pasaje permiten determinar con toda claridad que se trata de la incineración. Además, se refiere a una afirmación anterior de Cecilio (11, 4), en el que éste habla de *ignium sepulturas*, aludiendo claramente a la incineración.

396. Este es un testimonio muy antiguo de la costumbre cristiana de enterrar los cadáveres, práctica que ha prevalecido ininterrumpidamente hasta el día de hoy: cf. *Código de Derecho Canónico*, n. 1176 § 3 y *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2301.

397. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 48, 7-8; ID., *De resurr. carnis*, 12; TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, 1, 13; SÉNECA, *Epist.*, 36, 10-11; 102, 23.

398. Cf. supra 11,8.

399. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 48, 4; ID., *De resurr. carnis*, 34; S. JUSTINO, *Apol.* 1, 18, 1-2; TACIANO, *Orat.*, 6 y 12; ATENÁGORAS, *Legatio*, 36; ID., *De resurr.*, 2, 18; 20; etc.

400. Cf. TEÓFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, 11, 27; S. JUSTINO, *Apol.* 1, 28 y 43; ID., *Apol.* 11, 6(7), 5; ID., *Dial.*, 141, 1; TACIANO, *Orat.*, 7; ORÍGENES, *Contra Celso*, IV, 3 y 70; V, 21; etc.

paciencia de Dios, cuyo juicio es tanto más justo cuanto más tarda en llegar<sup>401</sup>.

### 35. *El fuego del infierno y el castigo de los crímenes*

1. Y, sin embargo, los libros de los más sabios y los versos de los poetas recuerdan a los hombres aquel río ígneo de la laguna Estigia<sup>402</sup>, con contornos de fuego, que ha sido preparada para los tormentos eternos, según han dado a conocer las revelaciones de los demonios y los oráculos de los profetas<sup>403</sup>. 2. Por eso, según ellos, el mismo rey Júpiter jura devotamente por las riberas ardientes y los oscuros torbellinos<sup>404</sup>, ya que tiembla ante el castigo que sabe de antemano que está destinado a él y a sus adoradores<sup>405</sup>. 3. Esos tormentos no tienen medida ni término. Allí un fuego inteligente<sup>406</sup> abrasa los miembros y los restablece, los destru-

401. Cf. 2 P 3, 9; Rm 2, 4-5. La idea de la paciencia de los dioses era también proverbial entre los paganos: cf., por ejemplo, TITO LIVIO, *Ab urbe cond.*, III, 56, 7.

402. Es el nombre del río y de la laguna del infierno en la mitología romana (cf. VIRGILIO, *Aen.*, VI, 438-9) y griega, aunque en esta última recibe otro nombre, Pyrifleghe-ton (cf. HOMERO, *Odisea*, X, 513 y PLATÓN, *Fedón*, 113 b y 114 a), que es el que menciona TERTULIANO, *Apol.*, 47, 12 e *Id.*, *Ad nat.*, I, 19.

403. Cf. supra 33,4 y nota 379.

404. Cf. HOMERO, *Ilíada*, XIV, 271; *Id.*, *Odisea*, V, 184 ss.; VIRGILIO, *Aen.*, VI, 323-324 y IX, 104-6.

405. Más atrás dejó sentado Octavio que Júpiter es un demonio: cf. supra, 27,6. La condena de Júpiter y de los demás falsos dioses de los paganos, así como de quienes les dan culto aparece en TERTULIANO, *Apol.*, 23, 14; *Id.*, *De spect.*, 30, 3; S. JUSTINO, *Apol.*, I, 18, 1; TACIANO, *Orat.*, 14; ATENÁGORAS, *Legatio*, 12; etc.

406. De acuerdo con el testimonio de S. Agustín (*De civ. Dei*, VIII, 5), los cristianos tomaron de los estoicos la expresión «fuego inteligente» para referirse al fuego del infierno. Cf. TERTULIANO, *Scorp.*, 3; *Id.*, *Apol.*, 48, 14; CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Protr.*, I, 8, 3; II, 22, 7; IV, 53, 1-4; *Id.*, *Paed.*, III, 44, 2; etc.

ye y alimenta. Así como el fuego de los rayos toca los cuerpos y no los aniquila, o como el fuego del Etna y del Vesubio y de todas las tierras que arden quema sin consumirse, de modo semejante, aquel fuego castigador no se alimenta destruyendo los cuerpos sometidos a las llamas, sino atormentándolos sin consumirlos<sup>407</sup>. 4. Nadie, a no ser que sea un sacrílego, puede tener dudas de que quienes desconocen a Dios merecen ser atormentados como impíos e injustos, pues ignorar al padre y señor de todas las cosas no es menor crimen que ofenderle<sup>408</sup>. 5. Y pese a que el hecho de ignorar a Dios es suficiente para el castigo, de igual modo que su conocimiento ayuda a obtener el perdón, cuando, no obstante, los cristianos nos comparamos con vosotros, aunque la disciplina se ha relajado en algunos de los nuestros<sup>409</sup>, vemos con todo que somos mucho mejores que vosotros<sup>410</sup>. 6. Pues vosotros, que prohibís el adulterio, lo cometéis, nosotros en cambio nacemos varones sólo para nuestras mujeres<sup>411</sup>; vosotros castigáis los crímenes una vez cometidos, mientras que entre nosotros pensar en ellos ya es un pecado<sup>412</sup>; vosotros teméis los testimonios ajenos, nosotros sólo el de nuestra conciencia<sup>413</sup>, sin la que no podemos vivir; por

407. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 48, 14-15.

408. Cf. supra 11,5-6. Cf. 2 Ts 1, 8-9; Rm 1, 20-21; S. JUSTINO, *Apol.* 1, 19, 6 y 28, 3-4; CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Protr.*, x, 89, 3; TERTULIANO, *Apol.*, 40, 10-12; ID., *De paenit.*, 5, 4; ARÍSTIDES, *Apol.*, 17.

409. TERTULIANO, *Apol.*, 46, 17.

410. Cf. supra 31,5; TERTULIANO, *Apol.*, 39.

411. Cf. ID., *Apol.*, 46, 10.

412. Una idea de clara im-

pronta evangélica (cf. Mt 5, 28 ss.), que es recogida por los apologistas: cf. S. JUSTINO, *Apol.* 1, 15, 5; TÉOFILO DE ANTIOQUÍA, *Ad Autol.*, III, 13; ATENÁGORAS, *Legatio*, 31-33; TERTULIANO, *Apol.*, 36, 4. También se encuentran algunos ecos de ella entre los autores paganos: cf. SÉNECA, *De const. sap.*, 7, 4; ID., *De benef.*, v, 14, 2; JUVENAL, *Sat.*, XIII, 209-210; etc.

413. Cf. SÉNECA, *Exhort.* (fr. 14 Haase, ap. LACTANCIO, *Div. inst.*, VI, 24, 16-17).

último, las cárceles están llenas a rebosar de un número ingente de los vuestros, mientras que los únicos cristianos que hay allí son los acusados por su religión o los apóstatas<sup>414</sup>.

### 36. *La doctrina pagana del destino y la actitud cristiana ante la adversidad*

1. Que nadie busque en el destino un consuelo o una excusa, pues aunque su suerte dependa de la fortuna, su espíritu en cambio es libre y lo que se juzga en el hombre son sus actos, no su rango<sup>415</sup>. 2. Pues, ¿qué otra cosa es el destino sino lo que Dios ha manifestado acerca de cada uno de nosotros<sup>416</sup>? El, como conoce por adelantado nuestra naturaleza<sup>417</sup>, dispone el destino de acuerdo con los méritos y cualidades de cada uno. Así, lo que se castiga en nosotros no es el nacimiento, sino la disposición de nuestro espíritu. Pero, por el momento, ya basta acerca del destino o, si resulta insuficiente, en otra ocasión discutiremos sobre ello de modo más profundo y completo<sup>418</sup>.

3. Por lo que respecta al hecho de que muchos nos consideren pobres<sup>419</sup>, no es para nosotros una infamia, sino una gloria, pues el espíritu se debilita con el lujo y se fortalece con la frugalidad. 4. Además, ¿se puede considerar pobre a quien no tiene necesidades, no codicia lo ajeno y es rico a

414. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 44, 3.

415. Cf. supra 11,5-6. Cf. S. JUSTINO, *Apol.* I, 43; ID., *Apol.* II, 6(7) y 9; TACIANO, *Orat.*, 7 y 8; ATENÁGORAS, *Legatio*, 24; ORÍGENES, *Contra Celso*, II, 20; etc.

416. Cf. FRONTÓN, *De nep. amisso*, 2, 4; VARRO, *De lingua lat.*,

vi, 52.

417. Cf. Rm 8, 29.

418. Alusión a una obra del propio Minucio Félix sobre el destino, que se ha perdido, y que es mencionada por S. Jerónimo. Véanse las notas 12-15 de la Introducción.

419. Cf. supra 12,2 y 16,5.

los ojos de Dios? Más bien es pobre aquel que, teniendo mucho, desea todavía más<sup>420</sup>. 5. Te diré, pues, lo que pienso: nadie puede ser tan pobre como cuando nació<sup>421</sup>. Las aves viven sin patrimonio y día a día encuentran su alimento<sup>422</sup> y, sin embargo, han nacido para nosotros, que lo poseemos todo, si no nos dejamos llevar por la ambición<sup>423</sup>. 6. Por lo tanto, así como quien recorre un camino avanza más a gusto cuanto más ligero va, del mismo modo es más feliz en este camino de la vida quien marcha aliviado por la pobreza y no agobiado bajo el peso de las riquezas<sup>424</sup>. 7. Además, si considerásemos útiles las riquezas, se las pediríamos a Dios, pues bien podría concedernos bastante aquel a quien todo le pertenece. Pero nosotros preferimos despreciar las riquezas que abrazarlas, apetecemos más la inocencia, pedimos la paciencia, preferimos ser buenos a ser pródigos.

8. El hecho de que experimentemos y padezcamos las debilidades propias del cuerpo humano no es para nosotros un castigo, sino ocasión de combatir<sup>425</sup>. El valor, en efecto, se robustece ante las debilidades<sup>426</sup> y la desgracia es muchas veces escuela de virtudes<sup>427</sup>; además, sin la práctica del esfuerzo se anquilosa el vigor del alma y del cuerpo<sup>428</sup>. Por eso, todos vuestros hombres valerosos, que proponéis como

420. Cf. SÉNECA, *Epist.*, 2, 6 y 119, 6; ID., *Ad Helv. de consol.*, x, 11; AULO GELIO, *Noctes Atticae*, XIII, 24; TACIANO, *Orat.*, 11; CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Paed.*, II, 39, 4; ID., *Strom.*, VII, 18, 2; etc.

421. Cf. SÉNECA, *De prov.*, VI, 6; 1 Tm 6, 7.

422. Cf. Mt 6, 26 y Lc 12, 24.

423. Cf. VALERIO MÁXIMO, *Facta et dicta mem.*, IV, 4 praef.; CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Strom.*,

VII, 18, 2; *Ad Diognetum*, 5, 13.

424. Cf. SÉNECA, *De prov.*, VI, 1-2; ID., *Ad Helv. de consol.*, XII, 2; ID., *Epist.*, 44, 7.

425. Cf. supra 12,2. Cf. Jb 7, 1; SÉNECA, *De prov.*, IV, 12; ID., *Epist.*, 96, 5; CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Strom.*, IV, 78, 2.

426. Cf. 2 Co 12, 9.

427. Cf. SÉNECA, *De prov.*, IV, 6.

428. Cf. ID., *De prov.*, II, 2 y 4.

modelo, fueron célebres por sus penalidades. 9. De modo semejante, no es que Dios no pueda acudir en nuestra ayuda o nos desprecie<sup>429</sup>, puesto que gobierna y ama a todos los suyos, sino que se sirve de las adversidades para probar y examinar a cada uno<sup>430</sup>, de los peligros para sopesar sus disposiciones e indaga la voluntad humana hasta el momento último de la muerte, seguro de que nada puede perecer para él. Así como el oro se prueba con el fuego, nosotros somos probados en las tribulaciones<sup>431</sup>.

### 37. *El valor del martirio y la renuncia a los placeres y espectáculos paganos*

1. Qué hermoso espectáculo para Dios<sup>432</sup>, cuando el cristiano se enfrenta al dolor, cuando encara las amenazas, suplicios y tormentos, cuando desprecia sonriente el estrépito de la muerte y el horror que inspira el verdugo, cuando hace valer su libertad frente a reyes y príncipes y sólo se somete al único Dios, a quien pertenece, cuando, triunfante y victorioso, desafía a quien pronunció la sentencia contra él. Porque al final venció quien obtuvo aquello por lo que luchó<sup>433</sup>. 2. ¿Qué soldado no desafiaría más audazmente el peligro bajo la mirada de su general? En efecto, nadie recibe el premio antes de haber superado la prueba<sup>434</sup>. Pero el general no da lo que no tiene: no puede prolongar

429. Cf. *supra* 12,2.

430. Cf. SÉNECA, *De prov.*, II, 6 y IV, 7.

431. Cf. Pr 17, 3; Sb 3, 6; Jb 23, 10; M 3, 2-3; 1 P 1, 6-7; SÉNECA, *De prov.*, V, 10.

432. Minucio Félix adapta aquí un pasaje de SÉNECA, *De prov.*, II, 7-9, del que ya se había

servido Tertuliano en su elogio del mártir cristiano: cf. TERTULIANO, *Ad mart.*, 1, 3; ID., *De fuga*, 1, 5. El contenido del pasaje se inspira muy probablemente en un texto de S. Pablo: cf. 1 Co 4, 9.

433. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 50, 2.

434. Cf. 2 Tm 2, 5.

la vida, sólo puede condecorar a los soldados. 3. Ahora bien, quien es soldado de Dios, no es abandonado en el dolor ni se extingue con la muerte. Así, el cristiano puede parecer desgraciado, pero no puede serlo<sup>435</sup>. Vosotros mismos eleváis al cielo a hombres agobiados por la desgracia, como Mucio Scévola<sup>436</sup>, quien, habiendo errado en la persona del rey, hubiera perecido a manos de los enemigos si no hubiera perdido su propia mano derecha. 4. Y cuántos de los nuestros soportaron hasta el final sin lamento alguno que no sólo la mano derecha, sino todo el cuerpo les fuera quemado y reducido a cenizas, cuando en su poder estaba el ser soltados. 5. ¿Comparo a los hombres con Mucio, con Aquilio<sup>437</sup> o con Régulo<sup>438</sup>? Pero, en nuestro caso, incluso los niños y las mujercitas, gracias a la capacidad para soportar el dolor que les es inspirada<sup>439</sup>, se burlan de las cruces y de los tormentos, de las fieras y de todos los fantasmas de los suplicios. 6. ¿Y no sois capaces de comprender, desgraciados, que nadie hay que quiera soportar un castigo sin razón o que pueda resistir los tormentos sin la ayuda de Dios?

435. Cf. SÉNECA, *De prov.*, III,1.

436. Según relata Tito Livio (*Ab urbe cond.*, II, 12), Cayo Mucio Scévola (s. VI a. C.) entró en la tienda del rey etrusco Porsenna con intención de asesinarle, pero al no saber quién era, golpeó a su secretario, que se hallaba junto a él. Al ser detenido y amenazado con la tortura, introdujo voluntariamente su mano derecha en el fuego, añadiendo que así castigaba el error cometido por esa misma mano y dando al mismo

tiempo una clara señal de su determinación de no proporcionar información alguna, lo que le valió la libertad. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 50, 5; SÉNECA, *De prov.*, III,4.

437. Manius Aquilius cónsul y legado romano, fue hecho prisionero el año 88 a. C. por Mitrídates y sometido a grandes humillaciones y terribles tormentos: cf. APIANO, *De bello Mithrid.*, 21; PLINIO EL VIEJO, *Nat. hist.*, XXXIII, 48.

438. Cf. supra 26, 3 y nota 266.

439. Cf. supra 12,4.

7. Quizá os engaña el hecho de que entre quienes ignoran a Dios abundan las riquezas, rebosan los honores, se acumula el poder. Esos desdichados son llevados más alto, para que caigan más bajo<sup>440</sup>. En efecto, son cebados como víctimas para el sacrificio y coronados como ofrendas para el tormento: y si algunos ciertamente son elevados al poder y al dominio, eso es para que los excesos de poder de su mente pervertida corrompan descaradamente su inteligencia. 8. Pues, sin el conocimiento de Dios, ¿qué felicidad puede ser permanente, siendo así que existe la muerte? Es semejante al sueño, que se escapa antes de ser capturado<sup>441</sup>. 9. ¿Eres rey<sup>442</sup>? Aun así, temes tanto como eres temido<sup>443</sup> y, aunque estés rodeado de numeroso séquito, estás solo ante el peligro. ¿Eres rico? No conviene fiarse de la fortuna y, además, las muchas provisiones no son una ayuda para el breve camino de la vida, sino una carga<sup>444</sup>. 10. ¿Te vanaglorias de títulos y púrpuras? Es un vano error propio del hombre y un inútil culto al prestigio mostrar una púrpura resplandeciente y un alma sucia<sup>445</sup>. ¿Eres de noble linaje, elogias a tus antepasados? Todos somos, sin embargo, iguales por nacimiento y sólo nos distinguimos por la virtud<sup>446</sup>.

11. Nosotros, que somos juzgados por nuestras costumbres y nuestro sentido del pudor, con razón nos abstenemos de los malos placeres, de vuestras ceremonias y espectáculos<sup>447</sup>, cuyo origen sagrado conocemos y cuyos per-

440. Cf. SÉNECA, *De brev. vitae*, xvii, 4; TITO LIVIO, *Ab urbe cond.*, xxx, 30, 23.

441. Cf. SÉNECA, *Ad Polyb. de consol.*, x, 3; ID., *Epist.*, 101, 5.

442. En la construcción de este párrafo y del siguiente, Minucio Félix parece imitar a APULEYO, *De deo Socratis*, xxiii, 175.

443. Cf. SÉNECA, *De ira*, ii, 11, 3; ID., *De clem.*, i, 19, 5; ID., *Epist.*, 14, 10. En el primer texto, Séneca atribuye esta expresión a Laberio.

444. Cf. supra 36,6.

445. Cf. supra 31,6.

446. Cf. supra 16,5.

447. Cf. supra 12,5 y nota 83.

judiciales encantos condenamos<sup>448</sup>. ¿Quién no se horroriza al ver en las carreras de carros la locura del pueblo disputando unos con otros, o en las luchas de gladiadores una verdadera escuela de homicidio<sup>449</sup>? 12. En las representaciones teatrales no es menor la locura ni la desvergüenza; unas veces, el actor narra o representa adulterios, otras, un comediante afeminado incita al amor mientras lo parodia; el mismo actor deshonra a vuestros dioses escenificando violaciones, gemidos, odios y con sus dolores simulados, con sus gestos y movimientos vanos provoca vuestras lágrimas<sup>450</sup>. De este modo, en la realidad reclamáis el homicidio y lo lloráis en la ficción.

38. *Serenidad ante la muerte. Superioridad del cristianismo sobre la filosofía*

1. El que nosotros rechazamos los restos de los sacrificios y las copas utilizadas en las libaciones, no es una confesión de temor<sup>451</sup>, sino una afirmación de verdadera libertad. Pues, aunque todo lo que nace, en cuanto obra inviolable de Dios, no hay acción alguna que lo corrompa<sup>452</sup>, nosotros nos abstenemos, sin embargo, para que nadie piense que nos sometemos a los demonios, a los que se ofrecen libaciones<sup>453</sup>, o que nos avergonzamos de nuestra religión.

2. ¿Quién puede dudar de que a nosotros nos agradan las flores de primavera, siendo así que recogemos la rosa de primavera, la azucena y cualquier otra flor de color y aroma agradables? Las usamos ya sea dispersas, frescas y sueltas,

448. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 38, 4-5; ID; *De corona*, 13, 7; ID., *De spect.*, 5 ss.

449. Cf. *supra* 30,6.

450. Cf. TERTULIANO, *Apol.*,

15, 1-3.

451. Cf. *supra* 12,5.

452. Cf. 1 Tm 4, 4; TERTULIANO, *De cult. fem.*, II, 5, 4.

453. Cf. 1 Co 10, 18-20.

o bien reunidas en guirnalda alrededor del cuello. Pero comprended que no coronemos nuestras cabezas, pues acostumbramos a aspirar con el olfato el agradable perfume de una flor, no a desperdiciarla en el cogote o en los cabellos<sup>454</sup>. 3. Tampoco coronamos a los muertos<sup>455</sup>. En este punto, admiro grandemente en vosotros cómo entregáis una antorcha al que se halla ya exánime pero aún conserva el sentido o una corona al que está ya sin sentido, cuando el que es ya dichoso no tiene necesidad de ello y el desgraciado no se alegra con flores. 4. Nosotros, en cambio, rodeamos los funerales de la misma serenidad con la que vivimos y no colocamos una corona efímera, sino que esperamos de Dios una corona viva hecha de flores eternas<sup>456</sup>; tranquilos, modestos, seguros de la bondad de nuestro Dios, somos reconfortados por la esperanza de la felicidad futura<sup>457</sup> y por la confianza en su grandeza presente. Así, resucitaremos felices y vivimos ya de la contemplación del porvenir<sup>458</sup>.

5. Por consiguiente, por mucho que Sócrates, el bufón ateniense<sup>459</sup>, reconozca que nada sabe<sup>460</sup>, aunque se glorificaba del testimonio de un demonio impostor<sup>461</sup>, por mucho que haya reflexionado Arcesilao, así como Carnéades<sup>462</sup>, Pirrón<sup>463</sup> y toda la multitud de los Académicos<sup>464</sup>, aunque Si-

454. Cf. supra 12,6. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 42, 6; ID., *De corona*, 5; CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Paed.*, II, 70, 4.

455. Cf. S. JUSTINO, *Apol.* 1, 24, 2.

456. Cf. 1 P 5, 4; 1 Co 9, 25; St 1, 12; Sb 5, 15-16.

457. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 19, 8 (fr. Fuld.).

458. Cf. 1 Ts 4, 13-18.

459. Cf. CICERÓN, *De nat.*

*deor.*, I, 34, 93. Según Cicerón, fue el epicúreo Zenón (s. II-I a. C.) quien llamó así a Sócrates.

460. Cf. supra 13,2 y nota 89.

461. Cf. supra 26,9 y nota 275.

462. Sobre Arcesilao y Carnéades véase supra 13,3 y nota 90.

463. Pirrón (ca. 360-270 a. C.) fue el fundador del escepticismo no académico.

464. Cf. supra 13,3 y nota 90.

mónides<sup>465</sup> hubiera diferido eternamente el juicio, nosotros condenamos la arrogancia de los filósofos<sup>466</sup>, a quienes hemos conocido como corruptos, adúlteros y tiranos y siempre elocuentes contra sus propios vicios<sup>467</sup>. 6. Nosotros preferimos la sabiduría por su espíritu, no por su aspecto externo, no ponemos la grandeza en la elocuencia, sino en el modo de vida, y nos gloriamos de haber alcanzado lo que aquellos con enorme esfuerzo buscaron, sin poderlo encontrar. 7. ¿Por qué hemos de ser ingratos y perjudicarnos a nosotros mismos, si la verdad acerca de la divinidad ha llegado a la madurez en nuestra época<sup>468</sup>? Gocemos del bien que poseemos y rectifiquemos el juicio acerca de lo bueno: que se reprima la superstición, se repare la impiedad y se preserve la verdadera religión<sup>469</sup>».

465. Cf. supra 13, 4 y nota 91.

466. Cf. SÉNECA, *Epist.*, 94, 9.

467. Cf. TERTULIANO, *Apol.*, 46, 10-16; TACIANO, *Orat.*, 25; S. JUSTINO, *Apol.* 1, 4, 8-9; AULO GELIO, *Noctes Atticae*, XIII, 8, 5; SÉNECA, *Epist.*, 29, 5; ID., *Exhort.* (fr. 18 Haase, ap. LACTANCIO, *Div. inst.*, III, 15, 11). El inesperado y violento ataque que Octavio dirige aquí contra los filósofos ha llamado la atención de los comentaristas, pues se aparta del talante mesurado del diálogo y del empeño de Octavio en buscar puntos en común con la filosofía.

Se ha tratado de explicar este hecho de diversas maneras, bien apelando a razones de orden literario, haciendo notar que Octavio limita su ataque a los filósofos escépticos o señalando la influencia del tono del pasaje de Tertuliano, citado al comienzo de esta nota, en el que se inspira principalmente Minucio Félix, aunque sea habitual en otros apologistas. Véase sobre este punto el apartado 4 de la Introducción, especialmente la nota 92.

468. Cf. Ga 4,4.

469. Cf. supra 13,5.

## CONCLUSIÓN

### CONVERSIÓN DE CECILIO A LA RELIGIÓN CRISTIANA

#### 39. *Admiración de Minucio y Cecilio ante las razones de Octavio*

1. Después de la alocución de Octavio, permanecemos durante un rato atónitos y en silencio con el rostro en tensión<sup>470</sup> y yo, por mi parte, me hallaba desbordado de admiración hacia él, porque había sido capaz de exponer con argumentos, con ejemplos y con la autoridad de los textos aquellas cosas que son más fáciles de sentir que de explicar, y porque había refutado a los malintencionados con las mismas armas de los filósofos con las que ellos se pertrechan<sup>471</sup>, mostrando que la verdad no sólo es algo asequible, sino también amable.

#### 40. *Felicitación de Cecilio, que manifiesta su disposición a hacerse cristiano*

1. Mientras pensaba yo en silencio estas cosas, exclamó Cecilio: «Felicito a Octavio con todas mis fuerzas, pero me

470. Cf. VIRGILIO, *Aen.*, II, 1.

471. Esta frase es clave para la interpretación del diálogo y de la intención que en él persigue Mi-

nucio Félix. Véanse sobre este punto los apartados 3.6 y 4 de la Introducción.

felicito también a mí mismo, sin esperar el veredicto. Ambos hemos vencido: aunque no sin descaro, hago mía la victoria, pues así como él me ha vencido, yo he triunfado también sobre el error. 2. Por lo que respecta a la cuestión principal, reconozco la providencia, me rindo ante Dios y me muestro de acuerdo con la integridad de una secta<sup>472</sup> que ya es la nuestra. No obstante, quedan aún algunas cosas que no son un obstáculo para la verdad, pero que son necesarias para una instrucción completa<sup>473</sup>. De ellas trataremos mañana, pues el sol ya está declinando, para estar así más claramente de acuerdo en todo».

3. «En lo que a mí respecta –dije–, me alegro mucho por todos nosotros, porque también para mí Octavio ha vencido, pero además me ha ahorrado la muy desagradable tarea de tener que emitir un juicio. No puedo, sin embargo, premiar el valor de sus palabras con elogios, pues el testimonio de un solo hombre es débil. Tiene de su lado el extraordinario don de Dios, bajo cuya inspiración ha hablado y de cuya ayuda se ha beneficiado».

4. Después de esto nos separamos alegres y contentos: Cecilio de haber creído, Octavio de haber vencido y yo de que el uno hubiera creído y el otro vencido.

472. En el sentido de grupo religioso, confesión o creencia determinada.

473. Véase el final del apartado 3.6 de la Introducción.

## *ÍNDICES*

## ÍNDICE BÍBLICO\*

|                   |       |                  |       |
|-------------------|-------|------------------|-------|
| <b>Génesis</b>    |       | 5, 15-16:        | 38,4. |
| 1, 26-27:         | 32,1. | 13, 3:           | 18,4. |
| 2, 1:             | 19,4. |                  |       |
| <b>Éxodo</b>      |       | <b>Jeremías</b>  |       |
| 14, 15-31:        | 33,3. | 17, 5:           | 29,3. |
| 33, 20:           | 32,4. | 17, 10:          | 32,9. |
| <b>1 Reyes</b>    |       | <b>Baruc</b>     |       |
| 8, 27:            | 32,1. | 6, 7:            | 24,6. |
|                   |       | 6, 10-11.21:     | 24,9. |
| <b>Job</b>        |       | <b>Malaquías</b> |       |
| 7, 1:             | 36,8. | 3, 2-3:          | 36,9. |
| 23, 10:           | 36,9. |                  |       |
| <b>Salmos</b>     |       | <b>Mateo</b>     |       |
| 7, 10:            | 32,9. | 5, 28:           | 35,6. |
| 115 (113 B) 2:    | 12,4. | 6, 26:           | 36,5. |
| 146 (145), 3-4:   | 29,3. |                  |       |
| <b>Proverbios</b> |       | <b>Lucas</b>     |       |
| 17, 3:            | 36,9. | 12, 24:          | 36,5. |
| <b>Sabiduría</b>  |       | <b>Juan</b>      |       |
| 3, 6:             | 36,9. | 1, 18:           | 32,4. |

\* Como ya se ha indicado en la Introducción (cf. 3.3), Minucio Félix no cita explícitamente ningún texto bíblico. Las referencias que aquí se indican, y que recogen las incluidas en las notas, son

siempre remisiones indirectas a pasajes de la Sagrada Escritura. Los números de la segunda columna hacen referencia a los parágrafos del *Octavio* y a sus respectivas divisiones.

**Hechos de los Apóstoles**

|            |             |
|------------|-------------|
| 1, 24:     | 32,9.       |
| 7, 48-50:  | 32,1.       |
| 17, 24:    | 18,4; 32,1. |
| 17, 25:    | 32,1.       |
| 17, 28:    | 32,9.       |
| 17, 32-33: | 11,2.       |

**Romanos**

|           |        |
|-----------|--------|
| 1, 20-21: | 35,4.  |
| 2, 4-5:   | 34,12. |
| 8, 17:    | 31,8.  |
| 8, 27:    | 32,9.  |
| 8, 29:    | 36,2.  |
| 9, 20-21: | 18,4.  |

**1 Corintios**

|            |       |
|------------|-------|
| 3, 16:     | 32,2. |
| 4, 9:      | 37,1. |
| 9, 25      | 38,4. |
| 10, 18-20: | 38,1. |
| 11, 7:     | 32,1. |
| 14, 25:    | 32,9. |
| 15, 35:    | 11,7. |

**2 Corintios**

|        |       |
|--------|-------|
| 6, 16: | 32,2. |
| 12, 9: | 36,8. |

**Gálatas**

|       |       |
|-------|-------|
| 4, 4: | 38,7. |
|-------|-------|

**Efesios**

|       |       |
|-------|-------|
| 5, 3: | 29,1. |
|-------|-------|

**Colosenses**

|        |       |
|--------|-------|
| 3, 10: | 32,1. |
|--------|-------|

**1 Tesalonicenses**

|           |       |
|-----------|-------|
| 4, 13-18: | 38,4. |
|-----------|-------|

**2 Tesalonicenses**

|         |       |
|---------|-------|
| 1, 8-9: | 35,4. |
|---------|-------|

**1 Timoteo**

|        |       |
|--------|-------|
| 1, 5:  | 32,2. |
| 4, 4:  | 38,1. |
| 6, 7:  | 36,5. |
| 6, 16: | 32,4. |

**2 Timoteo**

|       |       |
|-------|-------|
| 2, 5: | 37,2. |
|-------|-------|

**Tito**

|       |       |
|-------|-------|
| 3, 7: | 31,8. |
|-------|-------|

**Santiago**

|        |       |
|--------|-------|
| 1, 12: | 38,4. |
| 3, 9:  | 32,1. |

**1 Pedro**

|         |       |
|---------|-------|
| 1, 6-7: | 36,9. |
| 3, 7:   | 31,8. |
| 5, 4:   | 38,4. |

**2 Pedro**

|        |        |
|--------|--------|
| 3, 7:  | 11,1.  |
| 3, 9:  | 34,12. |
| 3, 10: | 11,1.  |

**Apocalipsis**

|          |       |
|----------|-------|
| 18, 8-9: | 11,1. |
|----------|-------|

## ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

- Académicos: 13,3; 38,5.  
Acca Laurentia: 25,8.  
Admeto: 23,5.  
Africa: 26,4; 30,3.  
Alejandro Magno: 21,3.  
Alia: 7,4.  
Anaxágoras: 19,6.  
Anaxímenes: 19,5.  
Anfiarao: 26,5.  
Antístenes: 19,7.  
Antonio Juliano: 33,4.  
Apis: 28,8.  
Apolo: 21,1; 22,5; 23,5; 26,6.  
Aquilio: 37,5.  
Arcesilao: 13,3; 38,5.  
Argos: 25,9.  
Aristón: 19,13.  
Aristóteles: 19,9.  
Astarté: 6,1.  
Atenas: 31,3.  
  
Belo: 6,1.  
Belona: 30,4.  
Bretaña: 18,3.  
Briareo : 23,4.  
Busíride: 30,4.  
  
Camilo: 5,12.  
Cannas: 26,3.  
Capitolio: 6,2.  
Carneádes: 13,3; 38,5.  
Cartago: 25,9.  
  
Casio: 23,9.  
Cástor: 27,4.  
Cástores: 22,7.  
Catilina: 30,5.  
Cecilio: 1,5; 2,4; 4,1-2; 5,1; 14,1;  
15,1; 16,4; 17,1; 40,1; 40,4.  
Centauros: 20,3.  
Ceres: 6,1; 21,1-2; 22,2.  
César (Cayo Julio): 26,4.  
Cibeles: 22,4.  
Cíclope: 23,5.  
Cinocéfaló: 22,2.  
Cirta: 9,6.  
Claudio: 7,4.  
Cleantes: 19,10-11.  
Cloacina: 25,8.  
Clodio: 26,2.  
Consus: 25,8.  
Coribantes: 22,3.  
Craso: 7,4.  
Creta: 23,5; 23,10; 23,13; 25,9.  
Crisipo: 19,10.  
Curtio: 7,3.  
  
Decios: 7,3.  
Delfos: 21,1.  
Demócrito: 19,8.  
Demóstenes: 26,6.  
Diágoras (de Melos): 8,2.  
Diana: 6,1; 22,5; 25,9.  
Dícteo: 21,1.  
Díndimo: 22,4.

- Diodoro: 23,9.  
 Diógenes (de Apolonia): 19,5.  
 Diógenes (de Babilonia): 19,12.  
 Dionisio: 5,12.  
 Egipto: 18,3; 24,7; 25,9.  
 Eleusis: 21,1.  
 Eneas: 23,6.  
 Ennio: 26,6.  
 Epicuro: 19,8.  
 Epona: 28,7.  
 Erígona: 22,7.  
 Escila: 20,3.  
 Esculapio: 6,1; 22,5; 22,7.  
 Espeusipo: 19,7.  
 Estigia: 35,1.  
 Estratón: 19,8.  
 Eta: 22,7.  
 Etna: 35,3.  
 Eufrates: 18,3.  
 Evémcro: 21,1.  
 Fálaris: 5,12.  
 Faros: 21,1.  
 Fcretrio (Júpiter): 22,6.  
 Fiebre: 25,8.  
 Flaminio: 7,4; 26,2.  
 Flavio Josefo: 33,4.  
 Flora: 25,8.  
 Frontón: 31,2.  
 Ganimedes: 23,7.  
 Hamón: 22,6.  
 Heráclides Póntico: 19,9.  
 Hércules: 22,7; 23,5.  
 Hesíodo: 19,11.  
 Hidra: 20,3.  
 Hierón: 13,4.  
 Homero: 19,11; 23,2-3.  
 Hostanes: 26,11.  
 Hostilio: 25,8.  
 Ianuario (Octavio): 15,2.  
 Ida: 7,3; 25,9.  
 Indo : 18,3.  
 Isis : 21,1; 21,3; 22,1; 28,7; 28,9.  
 Italia: 23,10.  
 Janículo: 23,11.  
 Jano: 22,5; 23,10-11;.  
 Jenófanes: 19,7.  
 Jenofonte: 19,13;.  
 Juba: 24,1.  
 Juno: 8,4; 19,10; 22,5; 23,4; 24,3; 25,9; 26,2.  
 Júpiter: 7,3; 18,11; 19,10; 19,12; 21,1; 21,3; 22,3; 22,6; 23,4; 23,6-7; 23,13; 24,3; 25,9; 27,4; 27,6; 29,5; 30,4-5; 35,2.  
 Lacial (Júpiter): 22,6; 23,4.  
 Lacio: 23,11.  
 Laomedonte: 23,5.  
 Líber: 21,2.  
 Líbera: 22,2.  
 Madre (Cibeles): 6,1; 7,3; 25,9.  
 Mancino: 26,3.  
 Manes: 6,2.  
 Mantua: 19,2.  
 Marco Minucio Félix: 3,1; 5,1.  
 Marón (Publio Virgilio): 19,2.  
 Marte: 23,3; 23,7; 25,9.  
 Melos: 8,2.  
 Mercurio: 6,1; 22,5; 30,4.  
 Mesopotamia: 18,3.  
 Mileto: 19,4.  
 Minerva: 19,12; 22,5; 24,3.  
 Mucio Scévola: 37,3; 5.  
 Natalis (Cecilio): 16,1-2.  
 Nepote: 23,9.  
 Neptuno: 19,10; 22,5; 23,5.  
 Nilo: 18,3.

- Octavio: 1,1; 3,1; 3,4; 4,3-4;  
14,1; 15,1; 16,1; 39,1; 40,1;  
40,3-4.  
Orfeo: 19,11.  
Osiris: 21,3.  
Ostia: 2,3.  
  
Pan: 22,5.  
Partos: 7,4.  
Paulo (Lucio Paulo Emilio):  
26,3.  
Perseo (rey de Macedonia): 7,3.  
Perseo de Citio: 21,2.  
Pico: 25,8.  
Pílumno: 25,8.  
Pirro: 26,6.  
Pirrón: 38,5.  
Pitágoras: 19,6; 34,6.  
Pítico (Apolo): 26,6.  
Pitonisa: 26,6.  
Platón: 19,14; 23,2; 26,12; 27,1;  
34,4; 6.  
Plauto: 14,1.  
Ponto: 30,4.  
Próculo: 24,1.  
Pródico: 21,2.  
Protágoras: 8,3.  
Protesilao: 11,8.  
  
Quimera: 20,3.  
  
Régulo: 26,3; 37,5.  
Roma: 2,1; 7,5.  
  
Rómulo: 24,1; 25,2; 25,4; 25,8.  
Rutilio: 6,12.  
  
Samos: 25,9.  
Sarpedón: 23,4.  
Saturnia: 23,11.  
Saturno: 22,5; 23,9-10; 27,6; 30,3-4.  
Serapis: 2,4; 21,3; 27,6; 28,9.  
Simónides: 13,3-4; 38,5.  
Sócrates: 5,12; 13,1; 26,9; 38,5.  
  
Tacio: 25,8.  
Tales de Mileto: 19,4.  
Táuride: 6,1; 25,9.  
Teodoro de Cirene: 8,2.  
Teofrasto: 19,9.  
Thalo: 23,9.  
Tiberino: 25,8.  
Timeo: 19,14.  
Tiresias: 26,5.  
Tracia: 25,9.  
Trasimeno: 7,4.  
Trivia: 22,5.  
Troya: 23,3.  
  
Venus: 21,2; 23,3-4; 23,7.  
Vesta: 25,10.  
Vesubio: 35,3.  
Virgo: 22,7.  
Volumno: 25,8.  
Vulcano: 19,10; 21,3; 22,5.  
  
Zenón (de Citio): 19,10-11.

## ÍNDICE TEMÁTICO

- aborrecimiento (véase: odio/aversión).
- adivino (véase: mago).
- adorar/venerar: 6,1-3; 8,2; 9,3-4; 12,4; 20,6; 24,7; 25,6; 26,11; 27,6; 28,8; 28,10; 29,2; 29,6; 29,8; 32,1; 32,4; 33,2; 35,2.
- alma/espíritu: 1,3; 11,7; 16,5; 19,1-2; 19,4; 19,6-7; 19,10; 19,14; 26,8-9; 26,12; 27,1-2; 27,8; 31,5; 32,2; 32,6; 34,6-7; 36,1-3; 36,8; 37,10; 38,6.
- altar/templo/lugar sagrado: 6,3; 7,5; 8,4; 9,4; 10,2; 10,4; 12,5; 24,11; 25,4-5; 27,1; 27,2; 27,3; 32,1; 33,2.
- amor: 1,3; 1,4; 26,12; 29,5; 31,8; 37,12.
- antepasados/antigüedad: 6,1; 8,1; 19,4; 20,2; 20,5; 23,1; 23,9; 23,12; 24,1; 24,10; 25,3; 30,3; 33,4; 37,10.
- átomos (véase: elementos).
- audacia/osadía: 5,6; 6,2; 8,1; 8,5; 11,2; 13,5; 25,5; 37,2.
- augurios/auspicios: 7,1; 7,4; 18,6; 25,2; 25,12; 26,1; 26,3-4; 26,7.
- autoridad: 5,12; 6,2; 8,2; 16,6; 20,2; 23,1; 23,7; 27,1; 39.
- aversión (véase: odio).
- azar/casualidad: 5,13; 7,1; 9,7; 16,5; 17,3; 25,10; 26,7; 31,4.
- banquete: 9,6; 12,5; 28,2; 31,1; 31,5.
- castidad: 6,2; 7,3; 20,6; 25,10; 29,1; 31,1; 31,5; 37,11.
- castigo/tormento: 8,5; 9,4; 11,5-6; 12,4; 22,4; 24,6; 25,10; 26,1; 27,2; 27,5; 28,3; 28,8; 34,12; 35,1-6; 36,2; 36,8; 37,1; 37,5-7.
- casualidad (véase: azar).
- ceremonia/culto/rito: 6,1-3; 7,1-2; 7,5; 8,4; 9,4; 10,4; 12,6; 20,5-6; 22,1; 22,4; 23,13; 24,5; 24,7-8; 24,10-11; 25,6-8; 27,2; 28,2; 28,7; 29,4; 30,5; 31,3; 33,2; 37,10-1.
- cielo/celeste: 5,5-7; 5,10; 11,1; 11,3; 12,7; 13,1; 16,5; 17,2; 17,4-5; 18,4-5; 18,7; 18,11; 19,2; 19,4; 19,10; 19,14; 23,6-7; 23,12; 24,4; 26,8; 26,12; 27,2; 32,7-8; 34,1-2; 37,3.
- consagrar/dedicar: 6,2; 7,1; 23,7; 24,1; 24,5; 24,8; 25,8; 28,7; 29,6; 32,2.
- costumbre/modo de vida: 5,1; 9,1; 9,3; 10,5; 20,6; 30,4; 31,7; 34,10; 37,11; 38,6.
- corona/coronar: 3,1; 12,6; 24,11; 37,7; 38,2-4.
- crimen/delito: 9,2; 9,4-5; 10,2; 25,2-4; 28,11; 31,7; 35,4; 35,6.

- cristiano/cristianismo: 10,5; 18,11;  
 20,1; 27,7; 28,2; 28,4-5; 35,5-6;  
 37,1; 37,3.  
 cruz: 9,4; 12,4; 29,2; 29,6-8; 37,5.  
 cuento (véase: fábula/leyenda).  
 cuerpo: 2,3; 5,5; 11,4; 11,7; 12,6;  
 18,1; 20,3; 22,4; 26,12; 27,2;  
 27,5; 27,7; 28,9; 30,1; 31,5;  
 31,8; 34,6; 34,10-12; 35,3;  
 36,8; 37,4.  
 culto (véase: ceremonia/rito).  
 dedicar (véase: consagrar).  
 delito (véase: crimen).  
 demonio: 26,9-12; 27,1; 27,3; 27,  
 5-7; 28,2; 28,5-6; 29,5; 31,1;  
 35,1; 38,1; 38,5.  
 deshonestidad (véase: impureza).  
 destino/suerte: 5,10; 7,5; 11,5-6;  
 12,7; 19,11; 27,1; 33,4; 36,1-2.  
 Dios/dioses: 5,7; 6,1-2; 7,4-6; 8,1-4;  
 10,3-5; 11,6; 11,9; 12,2;  
 12,4-6; 13,4; 16,2; 17,1-2;  
 17,11; 18,2-3; 18,7; 18,9-11;  
 19,2; 19,4-15; 20,1-2; 20,5;  
 21,1-3; 22,1; 22,4-5; 22,7; 23,4;  
 24,1-4; 24,6-11; 24,12; 25,5-8;  
 25,12; 26,8; 26,11-12; 27,2;  
 27,7-8; 28,7; 29,2; 29,4-6; 29,8;  
 30,3; 31,3; 31,8; 32,1-7; 32,9;  
 33,1-3; 33,5; 34,4; 34,9-10;  
 34,12; 35,4-5; 36,2; 36,4; 36,7;  
 36,9; 37,1; 37,3; 37,6-8; 37,12;  
 38,1; 38,4; 40,2-3.  
 dolor/sufrimiento: 4,1; 11,4; 12,3;  
 22,1; 27,6; 37,1; 37,3; 37,5;  
 37,12.  
 elementos/átomos: 5,7-8; 11,1;  
 17,1; 19,2; 19,8; 19,10; 34,2-3;  
 34,10.  
 engaño (véase: falsedad/mentira).  
 error: 1,4; 3,1; 5,6; 7,1; 11,5; 14,5-6;  
 18,11; 19,10; 20,2; 23,1;  
 24,10; 26,7-8; 27,2; 31,7; 32,7;  
 34,1; 34,12; 37,3; 37,10; 40,1.  
 escondido (véase: oculto/secreto).  
 espectáculo: 4,1; 12,5; 37,1; 37,11.  
 espíritu (véase: alma).  
 estatua/imagen: 1,2; 7,3; 10,2;  
 19,8; 20,5; 24,5-6; 24,10-11;  
 27,1; 29,5; 32,1.  
 eternidad: 11,1; 11,3; 11,5; 18,7;  
 22,5; 34,6; 35,1; 38,4.  
 fábula/leyenda/cuento: 7,5; 11,2;  
 18,6; 20,2; 20,4; 22,4; 23,1;  
 23,8; 24,3.  
 falsedad/mentira/engaño: 9,4-5;  
 11,2; 11,5; 11,9; 12,1; 14,4-5;  
 15,2; 20,3; 23,8; 24,5; 26,7;  
 27,1; 27,6; 28,2-3; 28,6; 29,4;  
 31,1; 31,4; 32,3; 32,7; 37,7.  
 fama/gloria/honor: 1,4; 4,6; 6,2;  
 7,3; 8,4; 13,3; 16,5; 20,1; 20,3;  
 22,1; 28,8; 31,1; 31,6; 36,3;  
 37,7; 38,5-6.  
 felicidad: 5,5; 5,11; 11,5; 36,6;  
 37,8; 38,3-4.  
 filosofía/filosofar: 5,4; 8,2; 13,1;  
 13,3; 21,2.  
 filósofo: 14,1; 16,5; 19,3-4; 20,1-2;  
 26,9; 27,1; 34,5; 34,7; 38,5;  
 39.  
 fortuna: 5,13; 6,1; 16,5; 18,6; 36,1;  
 37,9.  
 fuerza/vigor: 10,4; 14,3; 15,1;  
 16,1; 19,7; 19,11; 20,6; 21,1;  
 23,8; 25,1; 25,4; 34,2; 36,8;  
 40,1.  
 gloria (véase: fama/honor).  
 gobierno (véase: poder).  
 honor (véase: fama/gloria).

- imagen (véase: estatua).  
 impiedad (véase: irreligiosidad).  
 impureza/deshonestidad: 9,7; 24,7;  
     25,10; 27,1; 28,10; 37,12.  
 incesto: 9,2; 9,6-7; 25,2; 28,2-3;  
     28,5; 31,1; 31,3-5.  
 inmortal: 8,1; 12,3; 26,12.  
 inteligencia/mente/razón: 1,5; 11,7;  
     16,5-6; 17,2-4; 17,6; 18,7;  
     19,2; 19,4; 19,6-11; 20,2; 23,8;  
     24,5; 24,13; 27,2; 27,8; 28,5;  
     29,8; 35,3; 37,7.  
 irreligiosidad/impiedad: 7,6; 8,1-  
     2; 25,3; 28,5; 33,5; 38,7.
- judíos: 10,4; 33,2; 33,4.
- leyenda (véase: fábula/cuento).
- magos/adivinos: 7,6; 26,5; 26,10-  
     11; 27,1.  
 mente (véase: inteligencia/razón).  
 mentira (véase: falsedad/engaño).  
 miedo/temor: 5,7; 6,1; 7,3; 8,2;  
     8,5; 12,4-5; 21,3; 23,6; 23,10;  
     24,2; 24,6; 24,10; 27,8; 28,2;  
     28,9; 31,6; 34,10; 35,6; 37,9;  
     38,1.  
 modo de vida (véase: costumbre).  
 muerte/mortal: 8,5; 11,2-3; 11,5;  
     12,1; 18,10; 19,1; 20,5; 22,1;  
     23,4; 24,1; 24,3-4; 26,5; 26,12;  
     28,8; 29,3; 30,1-2; 34,4; 34,9;  
     34,12; 36,9; 37,1; 37,3; 37,8;  
     38,2.  
 mundo/orbe/universo: 5,7; 5,12;  
     6,1-2; 9,1; 11,1; 12,5; 12,7;  
     17,2-3; 18,4; 18,7; 19,2; 19,9;  
     19,11; 19,14; 20,2; 20,6; 21,2;  
     32,1; 32,4; 32,7; 33,1; 34,1-4;  
     34,11-12.
- natural/naturaleza: 5,7; 6,1; 8,1;  
     11,1; 13,4; 16,5; 17,2; 18,11;  
     19,6; 19,8; 19,10-12; 26,8;  
     26,12; 27,8; 29,8; 34,11; 36,2.
- oculto/escondido/secreto: 5,13;  
     8,4; 9,2; 9,4; 10,2; 10,5; 12,7;  
     21,3; 23,11-12; 27,1-2; 27,8;  
     32,1; 32,6; 32,9; 34,11.
- odio/abhorrecimiento/aversión:  
     12,5; 14,6; 27,8; 31,8; 37,12.
- oráculo: 5,5; 7,5; 13,1-2; 26,5-7;  
     27,1; 35,1.
- orbe (véase: mundo/universo).  
 origen (véase: principio).  
 osadía (véase: audacia).
- plebe/vulgo: 3,1; 7,3; 16,5; 18,11;  
     19,10; 24,5; 31,6; 34,1.
- poder/gobierno: 6,2; 8,2; 10,4;  
     12,5; 17,4; 18,5; 18,7; 18,11;  
     19,7; 19,9; 19,14; 20,2; 21,3;  
     24,1; 25,12; 26,8; 32,4; 36,9;  
     37,4; 37,7.
- poeta: 7,5; 11,9; 19,1; 23,1; 26,9;  
     35,1.
- principio/origen: 5,7; 8,1; 18,7;  
     19,1; 19,4; 19,10; 20,5; 21,1;  
     23,12; 25,1-2; 30,2-3; 37,11.
- providencia: 5,12; 17,8; 18,4-5;  
     19,10; 20,2; 40,2.
- razón (véase: inteligencia/mente).  
 religión/religiosidad: 1,5; 5,5; 5,7;  
     5,9; 6,1-2; 7,2; 8,1; 9,2-4; 10,1;  
     13,5; 20,5; 24,11-12; 25,1-2;  
     25,6-8; 25,10; 26,3; 26,8; 28,7;  
     29,2; 29,8; 32,3; 33,3; 35,2;  
     35,6; 38,1; 38,7.
- resucitar/resurrección: 11,2; 11,7;  
     12,6; 20,3; 22,7; 34,6; 34,11;  
     38,4.

rito (véase: ceremonia/culto).

romano: 6,1; 7,4-5; 10,3; 10,4;  
12,5; 22,1; 23,9; 24,10; 25,1;  
25,5-9; 26,1; 30,4; 33,4.

sabiduría/sabio: 1,4; 4,4; 5,5;  
12,7; 13,1-2; 16,5; 19,4; 21,1;  
34,2; 34,6; 34,8 35,3; 38,6.

sacrilegio: 9,5; 17,2; 25,6-7; 28,3.

sacrificio: 30,4; 32,3; 38,1.

sagrado: 5,9; 6,1; 8,4; 9,2; 9,5;  
12,5; 20,5; 22,4; 27,1; 28,8;  
28,10; 37,11.

sangre: 7,4; 9,5; 22,6; 23,4; 24,12;  
25,3; 30,1; 30,4-6.

secreto (véase: oculto/escondido).

sentimiento/sentidos/órganos  
sensoriales: 1,2; 2,4; 11,4;  
17,2; 17,6; 17,11; 18,8; 23,6;  
24,7; 26,12; 32,4; 32,6; 38,3;  
39.

suerte (véase: destino).

superstición: 1,5; 2,4; 6,2; 5,7; 9,2;  
10,3; 13,5; 24,10; 25,1; 25,8;  
33,2; 38,7.

sufrimiento (véase: dolor).

temor (véase: miedo).

templo (véase: altar/lugar sagrado).

terreno/tierra: 3,3; 3,5; 5,5-7; 5,9;  
11,4; 17,2; 17,9; 18,4-5; 18,10;  
19,2; 19,14; 23,12; 24,4; 26,8;  
26,11-12; 29,2; 32,7-8; 35,3.

tormento (véase: castigo).

universo (véase: mundo/orbe).

venerar (véase: adorar).

verdad/verdadero: 1,4-5; 5,2-3;  
5,13; 6,1; 9,3; 10,1; 13,4; 14,2-  
4; 14,7; 16,1; 16,3-4; 16,6;  
18,7; 18,11; 19,13; 23,1; 23,6;  
23,8; 26,7; 26,11; 27,2; 27,7;  
28,3; 28,6; 29,2; 31,1; 34,5;  
34,7; 37,12; 38,1; 38,7; 39;  
40,2.

vigor (véase: fuerza).

vulgo (véase: plebe).

## ÍNDICE GENERAL

|                                                                                                |    |
|------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| INTRODUCCIÓN .....                                                                             | 5  |
| 1. El autor y la época .....                                                                   | 5  |
| 2. Estructura y contenido del diálogo .....                                                    | 10 |
| 3. La singularidad del <i>Octavio</i> .....                                                    | 19 |
| 3.1. La forma dialogal .....                                                                   | 19 |
| 3.2. Estilo y valor literario .....                                                            | 20 |
| 3.3. Fuentes e influencias .....                                                               | 22 |
| 3.4. La cuestión de la historicidad .....                                                      | 27 |
| 3.5. Minucio Félix y Tertuliano .....                                                          | 30 |
| 3.6. Una exposición incompleta del cristianismo:<br>objetivo y destinatarios del diálogo ..... | 33 |
| 4. Filosofía y religión en Minucio Félix .....                                                 | 38 |
| 5. Transmisión del texto y principales ediciones y traducciones .....                          | 46 |

### MINUCIO FÉLIX OCTAVIO

#### PREÁMBULO

|                                                                          |    |
|--------------------------------------------------------------------------|----|
| <i>Escenificación del diálogo y presentación de los personajes</i> ..... | 53 |
| 1. Nostalgia del amigo muerto .....                                      | 53 |
| 2. Visita de Octavio y excursión a Ostia .....                           | 54 |
| 3. Crítica a la superstición de Cecilio .....                            | 55 |
| 4. Cecilio propone un debate sobre la religión .....                     | 56 |

## PRIMERA PARTE

|                                                                                                      |    |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| <i>Intervención del pagano Cecilio. Defensa del paganismo y ataque a la religión cristiana</i> ..... | 58 |
| 5. El azar como única explicación de lo real .....                                                   | 58 |
| 6. Elogio de la tradición religiosa romana .....                                                     | 61 |
| 7. Pruebas del poder de las divinidades romanas .....                                                | 63 |
| 8. Ataque a los cristianos, acusados de conspiradores .....                                          | 65 |
| 9. Carácter abominable de los ritos y costumbres cristianas .....                                    | 67 |
| 10. Secretismo de la religión cristiana e impotencia de su Dios .....                                | 70 |
| 11. Creencia cristiana en el fin del mundo y en la resurrección .....                                | 71 |
| 12. La vida miserable y desgraciada de los cristianos .....                                          | 74 |
| 13. Ventajas de la actitud escéptica .....                                                           | 76 |

## INTERMEDIO

|                                                            |    |
|------------------------------------------------------------|----|
| <i>Intervención de Minucio, juez de la contienda</i> ..... | 78 |
| 14. Peligros de la elocuencia y valor de la verdad .....   | 78 |
| 15. Discusión e invitación a Octavio .....                 | 80 |

## SEGUNDA PARTE

|                                                                                                                      |    |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|----|
| <i>Intervención del cristiano Octavio. Refutación de las acusaciones de Cecilio y defensa del cristianismo</i> ..... | 81 |
| 16. Contradicciones de Cecilio y universalidad de la verdad .....                                                    | 81 |
| 17. El orden y variedad del universo manifiestan que existe Dios .....                                               | 83 |
| 18. Providencia, unicidad, inmensidad de Dios .....                                                                  | 87 |
| 19. Los poetas y los filósofos han afirmado la existencia de Dios .....                                              | 90 |

|                                                                                      |     |
|--------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| 20. Creencias absurdas de los romanos acerca de los dioses .....                     | 96  |
| 21. Los dioses no fueron sino meros hombres .....                                    | 97  |
| 22. Cultos y ceremonias ridículas de la mitología pagana .....                       | 100 |
| 23. Carácter puramente legendario de las creencias romanas .....                     | 103 |
| 24. La veneración romana de las estatuas de los dioses .....                         | 106 |
| 25. La superioridad romana no es fruto de su piedad, sino de su crueldad .....       | 110 |
| 26. Los auspicios y augurios son obra de los demonios .....                          | 114 |
| 27. Los dioses paganos son en verdad demonios .....                                  | 117 |
| 28. Los demonios son los instigadores de los ataques a los cristianos .....          | 119 |
| 29. Refutación de las acusaciones: la adoración de las cruces .....                  | 122 |
| 30. La falsa acusación de infanticidio y de inmolación de niños .....                | 124 |
| 31. La acusación de incesto: la pureza y sobriedad de vida de los cristianos .....   | 127 |
| 32. Los templos y la verdadera adoración al Dios invisible .....                     | 129 |
| 33. La razón de la derrota de los judíos .....                                       | 132 |
| 34. La doctrina cristiana del fin del mundo y de la resurrección .....               | 134 |
| 35. El fuego del infierno y el castigo de los crimenes .....                         | 138 |
| 36. La doctrina pagana del destino y la actitud cristiana ante la adversidad .....   | 140 |
| 37. El valor del martirio y la renuncia a los placeres y espectáculos paganos .....  | 142 |
| 38. Serenidad ante la muerte. Superioridad del cristianismo sobre la filosofía ..... | 145 |

## CONCLUSIÓN

|                                                                                           |     |
|-------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| <i>Conversión de Cecilio a la religión cristiana</i> .....                                | 148 |
| 39. Admiración de Minucio y Cecilio ante las razones<br>de Octavio .....                  | 148 |
| 40. Felicitación de Cecilio, que manifiesta su disposi-<br>ción a hacerse cristiano ..... | 148 |

*ÍNDICES*

|                                 |     |
|---------------------------------|-----|
| ÍNDICE BÍBLICO .....            | 153 |
| ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS ..... | 155 |
| ÍNDICE TEMÁTICO .....           | 159 |

# Editorial Ciudad Nueva

---

## BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

- 1 - Orígenes, COMENTARIO AL CANTAR DE LOS CANTARES,  
2.ª Ed., 326 págs.
- 2 - Gregorio Nacianceno, HOMILÍAS SOBRE LA NATIVIDAD,  
2.ª Ed., 154 págs.
- 3 - Juan Crisóstomo, LAS CATEQUESIS BAUTISMALES,  
2.ª Ed., 256 págs.
- 4 - Gregorio Nacianceno, LA PASIÓN DE CRISTO,  
2.ª Ed., 208 págs.
- 5 - San Jerónimo, COMENTARIO AL EVANGELIO DE SAN MARCOS,  
2.ª Ed., 136 págs.
- 6 - Atanasio, LA ENCARNACIÓN DEL VERBO,  
2.ª Ed., 160 págs.
- 7 - Máximo el Confesor, MEDITACIONES SOBRE LA AGONÍA DE  
JESÚS,  
2.ª Ed., 136 págs.
- 8 - Epifanio el Monje, VIDA DE MARÍA,  
2.ª Ed., 192 págs.
- 9 - Gregorio de Nisa, LA GRAN CATEQUESIS,  
2.ª Ed., 172 págs.

- 10 - **Gregorio Taumaturgo**, ELOGIO DEL MAESTRO CRISTIANO,  
2.<sup>a</sup> Ed., 180 págs.
- 11 - **Cirilo de Jerusalén**, EL ESPÍRITU SANTO,  
3.<sup>a</sup> Ed., 112 págs.
- 12 - **Cipriano**, LA UNIDAD DE LA IGLESIA,  
144 págs.
- 13 - **Germán de Constantinopla**, HOMILÍAS MARIOLÓGICAS,  
196 págs.
- 14 - **Cirilo de Alejandría**, ¿POR QUÉ CRISTO ES UNO?,  
2.<sup>a</sup> Ed., 184 págs.
- 15 - **Juan Crisóstomo**, HOMILÍAS SOBRE EL EVANGELIO DE SAN  
JUAN,  
354 págs.
- 16 - **Nicetas de Remesiana**, CATECUMENADO DE ADULTOS,  
148 págs.
- 17 - **Orígenes**, HOMILÍAS SOBRE EL ÉXODO,  
228 págs.
- 18 - **Gregorio de Nisa**, SOBRE LA VOCACIÓN CRISTIANA,  
132 págs.
- 19 - **Atanasio**, CONTRA LOS PAGANOS,  
128 págs.
- 20 - **Hilario de Poitiers**, TRATADO DE LOS MISTERIOS,  
122 págs.
- 21 - **Ambrosio**, LA PENITENCIA,  
2.<sup>a</sup> Ed., 152 págs.
- 22 - **Gregorio Magno**, LA REGLA PASTORAL,  
420 págs.

- 23 - **Gregorio de Nisa**, SOBRE LA VIDA DE MOISÉS,  
252 págs.
- 24 - **Nilo de Ancira**, TRATADO ASCÉTICO,  
252 págs.
- 25 - **San Jerónimo**, LA PERPETUA VIRGINIDAD DE MARÍA,  
104 págs.
- 26 - **Cesáreo de Arlés**, COMENTARIO AL APOCALIPSIS,  
190 págs.
- 27 - **Atanasio**, VIDA DE ANTONIO,  
148 págs.
- 28 - **Evagrio Póntico**, OBRAS ESPIRITUALES,  
296 págs.
- 29 - **Andrés de Creta**, HOMILÍAS MARIANAS  
192 págs.
- 30 - **Gregorio Nacianceno**, LOS CINCO DISCURSOS TEOLÓGICOS,  
288 págs.
- 31 - **Gregorio de Nisa**, VIDA DE MACRINA - ELOGIO DE BASILIO,  
176 págs.
- 32 - **Basilio de Cesarea**, EL ESPÍRITU SANTO,  
280 págs.
- 33 - **Juan Damasceno**, HOMILÍAS CRISTOLÓGICAS Y MARIANAS,  
232 págs.
- 34 - **Juan Crisóstomo**, COMENTARIO A LA CARTA A LOS GÁLATAS,  
200 págs.
- 35 - **Gregorio Nacianceno**, FUGA Y AUTOBIOGRAFÍA,  
272 págs.
- 36 - **Dídimo el Ciego**, TRATADO SOBRE EL ESPÍRITU SANTO,  
208 págs.

- 37 - **Máximo el Confesor**, TRATADOS ESPIRITUALES,  
256 págs.
- 38 - **Tertuliano**, EL APOLOGÉTICO,  
256 págs.
- 39 - **Juan Crisóstomo**, SOBRE LA VANAGLORIA LA EDUCACIÓN DE  
LOS HIJOS Y EL MATRIMONIO,  
268 págs.
- 40 - **Juan Crisóstomo**, LA VERDADERA CONVERSIÓN,  
232 págs.
- 41 - **Ambrosio de Milán**, EL ESPÍRITU SANTO,  
280 págs.
- 42 - **Gregorio Magno**, LIBROS MORALES /1,  
408 págs.
- 43 - **Casiodoro**, INICIACIÓN A LAS SAGRADAS ESCRITURAS,  
240 págs.
- 44 - **Pedro Crisólogo**, HOMILÍAS ESCOGIDAS,  
256 págs.
- 45 - **Jerónimo**, COMENTARIO AL EVANGELIO DE MATEO,  
352 págs.
- 46 - **León Magno**, CARTAS CRISTOLÓGICAS,  
288 págs.
- 47 - **Diadoco de Fótice**, OBRAS COMPLETAS,  
208 págs.
- 48 - **Orígenes**, HOMILÍAS SOBRE EL GÉNESIS,  
368 págs.
- 49 - **Gregorio de Nisa**, LA VIRGINIDAD,  
192 págs.

50 - PADRES APOSTÓLICOS

640 págs.

51 - **Orígenes**, HOMILÍAS SOBRE EL CANTAR DE LOS CANTARES,

128 págs.

52 - **Minucio Félix**, OCTAVIO,

176 págs.

*Próximos volúmenes\*:*

— **Juan Crisóstomo**, HOMILÍAS SOBRE EL EVANGELIO DE  
SAN JUAN/2

— **Juan Damasceno**, LA FE ORTODOXA

— **Juan Crisóstomo**, SOBRE EL MATRIMONIO ÚNICO

— **Juan Crisóstomo**, COMENTARIO A LOS SALMOS

— **Gregorio Magno**, LIBROS MORALES/2

— **Rufino**, COMENTARIO AL SÍMBOLO

\* El presente orden no prejuzga el orden real de aparición ni el título definitivo de las obras.

## **Editorial Ciudad Nueva**

---

### **FUENTES PATRÍSTICAS**

#### **SECCIÓN TEXTOS:**

- 1 - Ignacio de Antioquía, CARTAS - Policarpo de Esmirna, CARTA - CARTA DE LA IGLESIA DE ESMIRNA A LA IGLESIA DE FILOMELIO**  
2ª Ed., 320 págs.
- 2 - Ireneo de Lión, DEMOSTRACIÓN DE LA PREDICACIÓN APOSTÓLICA**  
264 págs.
- 3 - DIDACHÉ - DOCTRINA APOSTOLORUM - EPÍSTOLA DEL PSEUDOVERNABÉ**  
256 págs.
- 4 - Clemente de Roma, CARTA A LOS CORINTIOS - HOMILÍA ANÓNIMA (SECUNDA CLEMENTIS)**  
240 págs.
- 5 - Clemente de Alejandría, EL PEDAGOGO**  
746 págs.
- 6 - Hermas, EL PASTOR**  
314 págs.
- 7 - Clemente de Alejandría, STROMATA I**  
478 págs.
- 8 - Novaciano, LA TRINIDAD**  
320 págs.
- 9 - Gregorio de Elvira, TRATADOS SOBRE LOS LIBROS DE LAS SANTAS ESCRITURAS**  
480 págs.
- 10 - Clemente de Alejandría, STROMATA II-III**  
560 págs.

- 11 - **Gregorio de Elvira, LA FE**  
200 págs.
- 12 - **Ambrosio de Milán, SOBRE LAS VÍRGENES Y SOBRE LAS VIUDAS**  
328 págs.
- 13 - **Gregorio de Elvira, COMENTARIO AL CANTAR DE LOS CANTARES Y OTROS TRATADOS EXEGÉTICOS**  
272 págs.

#### SECCIÓN ESTUDIOS:

- 1 - **Antonio Orbe, ESTUDIOS SOBRE LA TEOLOGÍA CRISTIANA PRIMITIVA**  
920 págs.
- 2 - **Ramón Trevijano, ESTUDIOS SOBRE EL EVANGELIO DE TOMÁS**  
456 págs.

## **Biblioteca de Patrística**

Los Padres siguen constituyendo hoy en día un punto de referencia indispensable para la vida cristiana.

Testigos profundos y autorizados de la más inmediata tradición apostólica, partícipes directos de la vida de las comunidades cristianas, se destaca en ellos una riquísima temática pastoral, un desarrollo del dogma iluminado por un carisma especial, una comprensión de las Escrituras que tiene como guía al Espíritu. La penetración del mensaje cristiano en el ambiente sociocultural de su época, al imponer el examen de varios problemas a cual más delicado, lleva a los Padres a indicar soluciones que se revelan extraordinariamente actuales para nosotros.

De aquí el «retorno a los Padres» mediante una iniciativa editorial que trata de detectar las exigencias más vivas y a veces también más dolorosas en las que se debate la comunidad cristiana de nuestro tiempo, para esclarecerla a la luz de los enfoques y de las soluciones que los Padres proporcionan a sus comunidades. Esto puede ser además una garantía de certezas en un momento en que formas de pluralismo mal entendido pueden ocasionar dudas e incertidumbres a la hora de afrontar problemas vitales.

La colección cuenta con el asesoramiento de importantes patrólogos españoles, y las obras son preparadas por profesores competentes y especializados, que traducen en prosa llana y moderna la espontaneidad con que escribían los Padres.